

HOURLIA **BOUTELDJA**

LOS BLANCOS, LOS JUDÍOS Y NOSOTROS

HACÍA UNA POLÍTICA DEL *AMOR REVOLUCIONARIO*

Akal / Inter Pares

Akal / Inter Pares

Serie Poscolonial

Director: Ramón Grosfoguel

Diseño interior y cubierta: RAG

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

La edición del presente libro ha contado con la colaboración de Diálogo Global.



© 2017, Houria Bouteldja

Ramón Grosfoguel, por el prefacio

Anabelle Contreras Castro, por la traducción (con la colaboración de
Claire M. Lienart)

D. R. © 2016, La Fabrique Éditions

D. R. © 2017, Edicionesakal México, S. A. de C. V.

Calle Tejamanil, manzana 13, lote 15,
colonia Pedregal de Santo Domingo, Sección VI,
delegación Coyoacán, CP 04369,

Ciudad de México

Tel.: +(0155) 56 588 426

Fax: 5019 0448

www.akal.com.mx

ISBN: 978-607-97537-8-8

Impreso en México

Houria Bouteldja

Los blancos, los judíos y nosotros

Hacia una política
del *amor revolucionario*

Prefacio de Ramón Grosfoguel

Traducción de Anabelle Contreras Castro

con la colaboración de Claire Lienart



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

PREFACIO

El manifiesto descolonial de Houria Bouteldja: Del grito secular moderno occidental “Patria o muerte” a la invocación sagrada “*Allahou Akbar*”

RAMÓN GROSFOGUEL

“¡Escucha, blanco!”, aquí encontrarás las claves de tu propia descolonización y la salida al entrapamiento en el que te ha metido la civilización “capitalista/imperialista/patriarcal/occidentocéntrica/cristianocéntrica/moderna/colonial”; y la autora de este libro te hace una oferta “amorosa” imprescindible (si es que quieres salir de las guerras y del infierno en los que estamos)...

Aunque se trata de un libro escrito al interior del contexto francés, no deja de tener lecciones implacables tanto para los espacios metropolitanos imperialistas como para los espacios periféricos neocolonialistas donde la supremacía blanca se ha materializado. Si la Modernidad occidental como proyecto civilizatorio produce privilegios para los blancos metropolitanos —y genera al mismo tiempo genocidios, epistemicidios, ecologicidios y muerte para el resto de las vidas (humanas y no humanas) en el planeta—, Houria Bouteldja se pregunta:

[...] ¿qué ofrecerles a los Blancos a cambio de su ocaso y de las guerras que se les anuncian? Sólo hay una respuesta: la paz, y sólo hay un medio: el *amor revolucionario*. Las líneas que siguen no son más que una enésima tentativa —seguramente desesperada— por suscitar esa esperanza.

No se trata de otra salida típica de los falsos profetas “*new age*”, donde la palabra “amor” entra en el circuito mercantil

del capitalismo y en los códigos de dominación racial del imperialismo, sino de una salida revolucionaria que implica el fin de la civilización actual y la fundación de una nueva por medio de una revolución política descolonizadora. Parafraseando a los zapatistas: si la presente civilización produce un mundo donde un solo mundo es posible y los demás son imposibles, se trataría de producir una civilización donde otros mundos sean posibles y éste que tenemos se haga imposible. Pero la autora no da margen de escapatoria a los discursos de “inocencia” que siempre han permitido a los blancos de derecha y de izquierda escapar a su responsabilidad histórica. Para la autora, el discurso de “inocencia” es uno de los mecanismos producidos por lo que ella denomina el *campo político blanco*, que incluye desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, pasando por todas las corrientes políticas entre medio como campos constitutivos de lo que llama el *sistema inmunitario blanco*:

Yo los veo, los frecuento, los observo. Todos ustedes tienen esa cara de *inocencia*. Ahí reside su última victoria, haber logrado exonerarse de toda culpa. [...] Nosotros somos culpables, ustedes inocentes. [...] Ustedes son ángeles porque tienen el poder para declararse ángeles y el de convertirnos en bárbaros. [...] El indígena expoliado es vulgar, el Blanco expoliador es refinado. En una punta de la cadena está la barbarie, en la otra la civilización. Es bueno eso de ser inocente: permite jugar a la candidez y estar siempre del lado amable...

Los privilegios de la blanquitud se construyen sobre un sistema de opresión imperialista que ciega a la mayoría de los blancos con respecto de las opresiones que generan en el resto del mundo. Como dice Houria del filósofo francés más conocido del siglo xx (en relación a sus complicidades con el racismo genocida que el colonialismo sionista ejerce contra el pueblo palestino):

Decidirse por la derrota o por la muerte del opresor, así sea judío, ése fue el paso que Sartre no supo dar, ésa es su falla. El Blanco resiste. [...] Sartre morirá anticolonialista y sionista. Morirá Blanco. [...] Sartre no supo ser radicalmente traidor a su raza. No supo ser Genet...

Tampoco se trata de una política sectaria esencialista “anti-blanca” que no permite alianzas políticas con la izquierda blanca. La invitación a una alianza política está siempre abierta en este manifiesto descolonial y en la práctica política de los movimientos descoloniales. Pero para avanzar en una alianza política se requiere previamente la creación de movimientos descoloniales autónomos que generen la fuerza política que permita negociar desde una posición de fuerza. Ésa es la clave del éxito de todo movimiento de sujetos racializados. Como Abdelmalek Sayad —pensador descolonial de Argelia citado en este libro— nos dice: “existir significa existir políticamente”. Sin política descolonial autónoma, no hay revolución descolonial, y sin alianzas políticas más allá de las fuerzas políticas descoloniales no es posible la transformación civilizatoria que exige el proyecto político descolonial.

Esto último no es un reconocimiento retórico, sino esencial para la política descolonial. Hacer política descolonial no es manifestarse por Facebook con insultos y ataques cotidianos contra todo el mundo; eso será terapia individualista, pero no tiene nada que ver con hacer política. Dicha terapia hará sentir bien por unas horas a quien lo hace, pero no tiene nada que ver con hacer política descolonial. La revolución descolonial requiere de una transformación revolucionaria de la subjetividad, de los paradigmas, la ética y las estructuras de dominación. Atacar con insultos a los demás no tiene nada que ver con la política del *amor revolucionario* de la que habla Houria Bouteldja en este libro.

Un punto de aclaración: la “izquierda blanca” existe tanto en Europa, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Canadá, como en América Latina, África, Asia y el Caribe, porque no se trata de un color de piel, sino de una epistemología, de una práctica política, de un modo eurocéntrico de ver, pensar, ser y estar en el mundo; se puede ser negro, mestizo, indígena o asiático, y ser parte de la izquierda blanca. Pero el asunto crucial aquí es que no puede haber alianza política con dignidad sin la crítica al eurocentrismo, al colonialismo, y al racismo que produce el paternalismo condescendiente de la izquierda blanca hacia los sujetos inferiorizados racialmente. Por ejemplo, veamos el conflicto hoy en Bolivia y Ecuador entre los movimientos indígenas que luchan por el “Buen Vivir” y la izquierda occidentalizada administrando los Estados cuyo horizonte de lucha es el “desarrollismo” y el “extractivismo”. La izquierda blanca en el poder, ante este choque de proyectos políticos, se comporta de manera condescendiente y paternalista frente a las demandas del movimiento indígena, y en ocasiones hasta con represión. Igualmente, veamos las dificultades de la izquierda blanca en relacionarse con sujetos racializados en sus propios territorios. Al mismo tiempo la alianza con la izquierda blanca es, más que fundamental, indispensable. Sin racializados descoloniales no hay revolución descolonial, pero sin blancos descoloniales tampoco. Como dice uno de los autores citados en este libro, Sadri Khiari, teórico y militante del Partido de los Indígenas de la República (PIR):

Ya que ella es la compañera indispensable de los indígenas, la izquierda es su primer adversario.

Pero igualmente podemos plantear que este libro también nos dice: “¡Escucha, colonizado!”; “¡Escucha, indígena!”; “¡Escucha, negro!”; “¡Escucha, gitano!”; “¡Escucha árabe!”;

“¡Escucha, judío!”; “¡Escucha...!”. Aquí están las claves de su liberación también. No dejen de leer este manifiesto descolonial para el siglo *xxi* en la mejor tradición de Frantz Fanon, Sylvia Wynter, Aimé Césaire, Kwame Nkrumah, Leila Khaled, Amílcar Cabral, Angela Davis, Gloria Anzaldúa, Alí Shariati, Malcolm X, Audre Lorde, James Baldwin, Jean Genet, Ella Shohat y todos los luchadores y luchadoras descoloniales del siglo *xx*. La autora tampoco da escapatoria a los sujetos colonizados; denuncia lo absurdo y limitado de los múltiples subterfugios y caminos de (auto)engaño que produce la estrategia de intentar blanquearse. No hay nada que ganar —y sí mucho que perder— en los proyectos miméticos de blanqueamiento mental, existencial, político y/o epistémico: imitación de modelos occidentalocéntricos, asimilación cultural a los valores occidentales o internalización del eurocentrismo epistémico de izquierda o de derecha.

Quizás deberíamos decir “¡Escucha, occidentalizado!” para hablar de los blancos y no-blancos que hemos internalizado la occidentalización en nuestros cuerpos y mentes, porque en este libro no se salva nadie: ni la izquierda blanca, ni el feminismo, ni el movimiento LGTBT, ni los propios sujetos colonizados, ni las poblaciones racialmente inferiorizadas dentro de las metrópolis (a los que llama “indígenas aristocráticos”); ni los movimientos de liberación nacional del siglo *xx*, ni el socialismo del siglo *xx*, ni los judíos que escapando del Holocausto alemán/occidental buscan su salvación en el sionismo contemporáneo, ni el islamismo político, ni la socialdemocracia, ni los neofascistas, ni la derecha clásica, ni los anarquistas... En fin, que no se salvan las versiones de derecha o izquierda de la Modernidad occidental ni las múltiples mentiras imperiales de esta civilización, tales como los discursos de “democracia”, “libertad”, “derechos humanos” o “civilización”, con las cuales justifican la carnicería de millones de seres humanos a escala planetaria. Nadie tiene una

posición o salida cómoda porque en este entramado complejo que constituye la dominación occidental del mundo, nadie es inocente.

Para la autora, no se salvan ni los oprimidos ni los opresores. Todos tenemos diversos grados de responsabilidad, pero con la salvedad de no reproducir ni el relativismo imperialista blanco de que “todo vale” o “todos estamos igualmente oprimidos” (intentando borrar los privilegios de la blanquitud producidos por las jerarquías de dominación), ni los universalismos occidentalocéntricos coloniales que hacen de los valores blancos los “universalmente” superiores, justificando las jerarquías entre oprimidos y opresores. El “relativismo” y el “universalismo” son estrategias de evasión que constituyen dos caras de la misma moneda del *sistema inmunitario blanco*. El *pluriversalismo* como universalismo descolonial sería una salida a este dilema.

Pero tampoco se trata de un libro que hace críticas sin dejarnos alternativas. La propuesta que nos hace la autora es de fundamental importancia: para salir de la blanquitud y de su civilización Moderna occidental compuesta por múltiples jerarquías de dominación a escala planetaria, propone un proyecto que sea simultáneamente anti-racista político, feminista descolonial, anti-imperialista radical, epistémicamente anti-eurocéntrico, anti-sionista intransigentemente crítico al mismo tiempo del anti-semitismo, y defensor del amor revolucionario como proyecto que nos permita la construcción de una nueva civilización más allá de las lógicas civilizatorias de muerte de la Modernidad occidental. Es decir, se trata de construir un proyecto político *anti-sistémico* hacia la fundación de una nueva civilización más justa, más democrática, y ecológicamente respetuosa de la vida.

Ya no es suficiente con decir que “somos anti-capitalistas”. Si el capitalismo es racista, genocida, patriarcal, epistemicida, ecológicida, eurocentrado, es porque está organizado y atra-

vesado desde su interior por las lógicas civilizatorias de la Modernidad occidental. El capitalismo no es el fundamento del sistema como nos dice la izquierda blanca. El capitalismo histórico es la estructura económica de algo más fundamental: la civilización-mundo moderna occidental con sus múltiples jerarquías de dominación. Ésta es el fundamento del capitalismo histórico y no al revés. En el giro descolonial, es la Modernidad —con sus múltiples jerarquías de dominación a escala mundial— lo que constituye el fundamento de la civilización-mundo en que estamos metidos y que se hizo planetaria al destruir todas las otras civilizaciones. Como dice la autora, si la izquierda blanca “Nos dicen expansión capitalista, por lo tanto lucha de clases sociales, nosotros respondemos: expansión colonial, por lo tanto lucha de razas sociales”.

Luego de varios siglos de expansión colonial europea a partir de 1492, todas las civilizaciones existentes —con sus diversas formas de economía, autoridad política, ideología, cosmovisión, de relacionarse con otras formas de vida; con tecnologías más ecológicas y formas más igualitarias de relaciones de clase, género y sexualidad— fueron destruidas y se impuso la civilización de muerte que tenemos hoy. De ahí que en la perspectiva del giro descolonial no hace ningún sentido hablar de “choque de civilizaciones” (proyecto de la derecha pro-imperialista blanca), de “lucha anti-capitalista” (proyecto de la izquierda radical blanca) o de “luchar por más modernidad” (proyecto de la socialdemocracia blanca).

El “choque de civilizaciones” es una gran ficción porque hoy día existe una sola civilización planetaria. Tampoco hace sentido hablar de una exclusiva “lucha anti-capitalista” que no ponga en cuestión el proyecto civilizatorio de la Modernidad porque se termina reproduciendo nuevamente todo contra lo cual se está luchando. Esto último quedó demostrado con el fracaso del socialismo y los movimientos de liberación del siglo xx, que terminaron siendo proyectos eurocéntricos que

reprodujeron el paradigma de la izquierda occidentalizada al plantearse una lucha centrada contra el capitalismo sin cuestionar las jerarquías de dominación raciales, patriarcales, eurocéntricas, cartesianas, ecológicas, pedagógicas, epistemológicas, cristianocéntricas, etc. de la Modernidad. Fueron proyectos “anti-capitalistas modernos” o “anti-capitalistas eurocéntricos” luchando hacia la gran falacia de una “modernidad anti-capitalista”. Digo “falacia” porque la Modernidad produce el capitalismo histórico realmente existente, y si no desarrollas una lucha anti-sistémica contra las jerarquías de dominación de la Modernidad, vuelves a reproducir las mismas jerarquías contra las cuales estás luchando, incluido el capitalismo histórico en su forma de capitalismo de Estado, como pasó con el socialismo del siglo xx. No existe Modernidad sin capitalismo histórico, ni lucha anti-capitalista que pueda salvar la Modernidad. Finalmente, la lucha de la derecha clásica por “más modernidad” no nos hace falta porque la Modernidad no es un proyecto emancipatorio, sino un proyecto civilizatorio responsable del desastre planetario que tenemos hoy. Por tanto, no hace falta más Modernidad ni posmodernidad, porque ambos constituyen proyectos que no dejan de ser una crítica eurocéntrica al eurocentrismo dejando intacto el sistema civilizatorio de la Modernidad occidental.

Tampoco se trata de romantizar el pasado y volver a un pasado idílico pre-moderno, lo cual es imposible. Lo que se propone es un proyecto político más allá de la Modernidad o, como dice el filósofo de liberación latinoamericano Enrique Dussel, un proyecto hacia la “Transmodernidad” desde la diversidad epistémica del mundo. Es ésta la invitación que nos hacen todos los pensadores y pensadoras descoloniales, incluida la autora de este libro. Este proyecto no es de unos años, ni siquiera de unas décadas. Se trata de un proyecto de largo plazo, de uno o dos siglos. Si el proyecto civilizatorio de la Modernidad tomó varios siglos en formarse y consolidarse,

la Transmodernidad tomará igualmente varios siglos en formarse y consolidarse. La política descolonial hoy tiene la Transmodernidad como horizonte de lucha en el largo plazo y la lucha contra las jerarquías de dominación de la Modernidad occidental como horizonte de lucha en el corto y mediano plazo. De manera que si la Transmodernidad es un proyecto cuya temporalidad es de larga duración, tiene como requisito la lucha *antisistémica* hoy cuya temporalidad es de mediana duración.

Houria Bouteldja es una de las más importantes activistas y pensadoras descoloniales de nuestros tiempos. Es la portavoz del Partido de los Indígenas de la República (PIR) en Francia. El PIR es un movimiento descolonial autónomo que lucha por la descolonización de Francia llamando en el plano nacional a un “internacionalismo doméstico”, y en el plano internacional a un “internacionalismo descolonial”. Su grito musulmán de “*Allahou Akbar*”, con el que finaliza el libro, es una crítica al mito secular/religioso de la Modernidad y significa lo siguiente:

Allah es el/la más grande porque es la fuerza creadora de vida con inteligencia que está más allá de todo este mundo terrestre efímero y contingente. Es una fuerza que está más allá y que ningún ser humano puede alcanzar. Esta invocación es un llamado a la humildad contra la soberbia y arrogancia de los *ego conquiro* occidentalizados, y, sobretodo, a no idolatrizar/fetichizar/sacralizar ningún poder terrestre. Es una crítica a la idolatría y al fetichismo que los poderes terrestres producen al sacralizarse. *Allahou Akbar* es un llamado a desacralizar todas las relaciones de dominación que nos rodean desde los faraones hasta los imperios y el Estado-nación moderno. Como dice Enrique Dussel en su teología de la liberación, la condición de posibilidad de la crítica radical es ser ateo ante todo poder terrestre. Si sacralizas el imperio, eres un creyente del Dios de los opresores. La crítica a la Modernidad es tam-

bién una crítica radical al falso secularismo que nos intenta distanciar de Allah, la Pacha o el Ubundu como principios cosmológicos holísticos de la producción y reproducción de la vida, para reemplazarlos por los falsos dioses de la Modernidad como el capital, el Estado moderno, el imperio, el hombre blanco, el dualismo cartesiano, la ciencia moderna, la cultura/valores/epistemología occidental y el dólar/euro, todas deidades destructoras de la vida. La crítica descolonial es sobre todo una crítica a los dioses de la religión planetaria menos reconocida: el culto a la Modernidad.

La Modernidad siempre crea la idea de “pueblos con problemas” —“el problema judío”, “el problema indio”, “el problema negro”, “el problema musulmán”—, mientras los dioses de la Modernidad son propuestos como “solución”. Lo que nos recuerda Houria Bouteldja es que el problema es la Modernidad y no los pueblos que ésta inferioriza. No se puede ser descolonial si todavía idolatramos la Modernidad y la vemos como proyecto a imitar bajo la ilusión de un proyecto emancipatorio. La Modernidad es ante todo un proyecto civilizatorio colonial de muerte. El binario secular/religioso es el mito impuesto por la civilización moderna occidental en sus proyectos coloniales para destruir las espiritualidades/saberes/epistemologías de los pueblos, con el fin de facilitar la imposición de los falsos dioses de la Modernidad. Si la Modernidad en su expansión colonial desencantó el mundo, la descolonización transmoderna significa re-encantarlo.

Otro punto de aclaración: *indígena* en este libro es el término que fue usado por el imperio francés para nombrar a todos los pueblos dominados y explotados en sus colonias; de manera que no se refiere únicamente a los pueblos originarios, sino a todos los pueblos colonizados por el imperio francés desde los vietnamitas hasta los antillanos. En castellano sería más adecuado traducir el uso de “indígenas” en este libro como equivalente a “sujetos coloniales” o “sujetos colonizados”. El

PIR usa el término “indígena” como identidad política para nombrar a todas las poblaciones que aunque nacidas y/o criadas dentro de Francia son todavía racialmente inferiorizadas. Los indígenas de hoy viven condiciones indignas parecidas a las de la época del colonialismo francés, cuando existían las leyes racistas del “indigenato”. El lema del PIR es “somos los indígenas de la República francesa” para denunciar que seguimos viviendo bajo el yugo del racismo colonial aunque las administraciones coloniales hayan terminado en gran parte del planeta, y aunque estemos habitando al interior de la república francesa que se reclama defensora de los derechos humanos, de la libertad individual y de los derechos ciudadanos. La hipocresía de estos discursos es evidente. Esos derechos son reconocidos a las poblaciones blancas de la República y pisoteados diariamente a los no-blancos. En fin, que para el PIR la categoría *indígena* nombra una identidad política y no una identidad esencialista/culturalista. Los sujetos raciales/coloniales fuera (neocolonialismo) y dentro (colonialismo interno) de los centros metropolitanos siguen viviendo bajo el yugo del racismo de la colonialidad del poder.

Si la explotación de clases produce lucha de clases sociales, y la dominación de género produce lucha de géneros sociales, la dominación racial produce lucha de razas sociales. No importa cuántas veces Houria Bouteldja haya aclarado que las “razas” son construcciones políticas/sociales y que categorías identitarias como “blanco”, “negro”, “indígena”, “indio”, forman parte integrante de un sistema de dominación racial, todavía hay gente que por equivocación o mala fe sigue leyendo en sus escritos un reduccionismo epidérmico o un esencialismo reduccionista. El anti-racismo que se defiende en este libro no es uno moral, sino político, porque el racismo es siempre institucional, estructuralmente imbricado con jerarquías de dominación de género, clase, epistemológicas, pedagógicas, espaciales, ecológicas, religiosas, etcétera.

El uso de “descolonialidad” hoy día no es reducible a un proyecto de “independencia y soberanía” frente a una administración colonial, como se entendía en el siglo xix y xx. Es eso y mucho más porque la *colonialidad*, al ser el lado oscuro de la Modernidad, tiene una multiplicidad de jerarquías de dominación que no se reducen al colonialismo. *Descolonialidad* ya no es el grito secular/moderno de “Patria o muerte” hacia la creación de un Estado-nación. Crear estados-naciones es repetir la autoridad política de la Modernidad, cuya pretensión es producir una correspondencia de uno a uno entre la identidad del Estado y la de las poblaciones dentro de su territorio. Esta ficción no existe en ninguna parte y ha creado más problemas que soluciones dondequiera que se ha impuesto. De ahí la lucha descolonizadora de los pueblos indígenas en las américas por constituir estados plurinacionales como respuesta a los problemas del Estado-nación. Pero “plurinacionalismo”, si bien se opone radicalmente al asimilacionismo, tampoco es equivalente al “multiculturalismo liberal”, donde el poder central de la nación blanca dominante le da migajas a los grupos inferiorizados racialmente o a las naciones sin Estado para que “brinquen y salten” en su “carnaval”, pero a cambio de que “no cuestiones quién manda aquí”. El “multiculturalismo liberal” es un reconocimiento culturalista superficial a las identidades oprimidas, pero sin cambiar las jerarquías de dominación. El concepto *plurinacionalidad* de los movimientos indígenas latinoamericanos es muy distinto: es el reconocimiento horizontal y sin jerarquías al hecho de que somos múltiples naciones coexistiendo dentro de un solo Estado y que deben entonces estructurarse como estados plurinacionales. Se trata de un reconocimiento a la autodeterminación y soberanía popular de cada nación sin que una se imponga sobre la otra. Para esto es fundamental partir de la diferencia epistémica de cada nación para desde ahí construir posibilidades de vivir juntos respetando las

diferencias. El reconocimiento a la soberanía popular puede resultar en la creación de estados independientes que no reproduzcan nuevamente el concepto moderno/colonial de Estado-nación o resultar en la descolonización de los estados-naciones actuales hacia estructuras plurinacionales dentro de su territorio, donde todos manden obedeciendo a sus respectivas comunidades. En resumen, que el Estado-nación, en su vertiente asimilacionista o multicultural liberal, es la estructura por excelencia de autoridad política de la Modernidad en donde el que manda, manda sin obedecer a las comunidades. Descolonizar la autoridad política de la Modernidad significa organizar estados más comunitarios, más comunales, más democrático-participativos, más allá de la prisión del Estado-nación.

Por otro lado, Houria Bouteldja también nos recuerda que si bien no todo anti-imperialismo y anti-colonialismo es descolonial, todo descolonial tiene que ser —ante todo— radicalmente anti-imperialista y anti-colonialista. Pero lo “descolonial” se hace moda. Hay mal llamados “decoloniales” hoy que son muy coloniales en la medida en que no son radicalmente anti-imperialistas ni anti-colonialistas, como demuestra el debate sobre Venezuela. Repiten todas las tesis coloniales de la derecha neoliberal pro-imperial, pero de manera más perversa, porque lo hacen a nombre de una visión supuestamente “descolonial”. Pero hay también los “descoloniales” que intentan eliminar el anti-racismo político radical de la visión descolonial. Descolonialidad sin anti-racismo político es como café sin cafeína o un panal sin miel. En el fondo de estas manifestaciones “descoloniales coloniales”, o de “colonialistas descoloniales”, se trata de liberales que piensan desde las categorías del individuo atomizado, la democracia liberal y las libertades individuales de las que gozan los blancos a costa de la dominación y explotación del resto de la humanidad. Reducir identidades y grupos que siempre se han

constituido en la realidad social como colectivos a “individuos atomizados” es uno de los grandes mitos del liberalismo como ideología dominante de la civilización-mundo moderna occidental.

En este libro Houria Bouteldja le declara la guerra abierta al liberalismo como uno de los mecanismos por excelencia del imperialismo para hacer invisible la dominación racial a escala planetaria. El sistema imperialista está organizado a través de la supremacía blanca. Si la dominación racial imbricada con el sistema imperialista mundial produce por un lado a los “condenados de la tierra”, simultáneamente produce de otro lado a los “afortunados de la tierra”. Los privilegios raciales de los Unos se producen por la violencia y la desposesión sobre los Otros. Riqueza para los Unos significa pobreza para los Otros. La democracia para los Unos se fabrica por medio de la violencia, el despojo y el despotismo sobre los Otros. Las libertades y los derechos individuales liberales que otorgan los privilegios de la blanquitud para unos pocos en el planeta se producen por medio del autoritarismo y el saqueo hacia los Otros mayoritarios. Los estados liberales occidentales no son democracias sino plutocracias que viven del robo a escala planetaria. No hay paños tibios ni salidas engañosas en este libro. Si te causa repugnancia e indignación, si te escandaliza lo que dice, si te provoca náusea, no te equivoques: es la voz de protesta del blanco que llevamos por dentro. Y puedo escuchar el llamado de Houria Bouteldja ante esta voz diciéndonos: por una política del amor revolucionario que pone como prioridad el bien de la humanidad, ¡traiciónala!

Agradecimientos

¡Felices sean los agrietados, porque ellos dejarán pasar la luz!

Quisiera aquí agradecer a tres grandes locos que Dios ha tenido la bondad de poner en mi camino, sin los cuales este libro no hubiera podido existir. Entiendo por “locos” a aquellos militantes radicales que actúan por un ideal, sin reflexionar demasiado sobre las consecuencias de sus actos, que corren riesgos sin preocuparse mucho por su interés inmediato y que hacen la vida más ligera porque, con ellos, militar es también divertido. Quienes han tenido la suerte de encontrarles saben de lo que hablo.

Pienso en primera instancia en Youssef Boussoumah, militante increíble de la causa palestina, a quien le debo haber paliado, pacientemente, mi incultura política; a Ramón Grosfoguel, mi hermano, profesor en la Universidad de Berkeley, por su fe, su compromiso inquebrantable y su profunda amistad, y a Sadri Khiari, mi *alter ego*, a quien tengo la sensación de deberle lo esencial. Si por razones evidentes no hubiese dedicado este libro a mi padre, es a él a quien hubiera rendido este homenaje.

Mi profunda gratitud va también a todos los militantes del PIR, tanto a quienes hemos reencontrado recientemente como a aquellos del comienzo, y en particular a Mebdi Meftab, Hassan Mezine, M'baïreb Lisette, Nadia Tengout y Atman Zerkaoui. Que los otros me perdonen por no evocarlos a to-

dos. Mi agradecimiento va a todos los militantes de la red descolonial euro-americana, en la cual pongo mucha esperanza, y en particular a Marta Araujo, Paola Bacchetta, Hatem Bazian, Claire Grosfoguel, Sandew Hira, Nelson Maldonado-Torres, Arzu Meraldi, Andrea Meza, Kwamé Nimako, Nordine Saidi, Salman Sayyid, Boaventura de Sousa Santos y Silvia Rodríguez Maeso.

De la misma manera, me gustaría agradecer a otros hermanos, hermanas, amigos, compañeros de ruta que han cruzado el camino de los *indígenas*,¹ y que creo responsables de este libro. Pienso especialmente en toda la galaxia “islamo-izquierdista” y en los anticolonialistas que frecuento.

Ellos son, a la vez, demasiado pocos para pensar en las relaciones de fuerzas políticas y muy numerosos para ser citados aquí en su totalidad. Pienso en particular en Hamid Amara, Omar Bendorra, Hassan Benghabrit, Henri Brawn, Walid Charara, Raphaël Confiat, Christine Delphy, Alain Gresh, Laurent Lévy, Franco Lolli, Gus Massiah, Saidou Zepetista, Joby Valente... Los otros seguramente se reconocerán.

Un enorme agradecimiento a René Monzat, Saadne Sadgui, Christophe Montaucieux y a Félix Boggio Ewanjé-Épée por su atenta lectura, los consejos brindados y su amistad.

Otro enorme gracias a mis editores. En primer lugar, a Eric Hazan, por su entusiasmo y su preciosa y generosa confianza, así como a Stella Magliani-Belkacem por su profesionalidad, su amistad y su gran dedicación.

Un último saludo amistoso a todos los militantes de la inmigración, de ayer y de hoy; en particular a Ali el Baz y Saad Abssi, pero también a aquellos que conocí y que nos han de-

¹ *Indígena* es el término usado por el imperio francés para nombrar a los “sujetos coloniales”. Tiene un significado distinto al que se usa en América, donde se refiere a los pueblos autóctonos del territorio. En Francia se usa para todos los “colonizados”. [N. de la T.]

jado. Pienso en Mouloud Aounit y en Hamida Ben Sadia. Y porque hay que saludar a los muertos, mi último homenaje irá a Larbi Ben M'hidi, por quien experimento una profunda admiración, y a Fernand Iveton, cuyo sacrificio no termina de moverme y trastornarme. Precisamente antes de ser guillotinado, declaró: "La vida de un hombre, la mía, cuenta poco. Lo que cuenta es Argelia, su porvenir. Y Argelia será libre mañana. Estoy persuadido de que la amistad entre franceses y argelinos se resolverá". Él estaba lejos de contar, y mi dolor es profundo. Que ellos descansen en paz.

Algunas precisiones sobre el texto que sigue: baso mi experiencia y mi sensibilidad en la historia y el presente de la inmigración magrebí, arabo-bereber-musulmana. Es a partir de esta trayectoria que hablo. Por otra parte, tomo prestada la fórmula *amor revolucionario* de Chela Sandoval, una militante chicana a quien se la escuché por primera vez. No sé qué contenido le daba ella, pero la expresión me gustó. Finalmente, las categorías que utilizo: "blancos", "judíos", "mujeres indígenas" e "indígenas" son sociales y políticas. Éstas son producto de la historia moderna de igual manera que "obremos" o "mujeres", y no informan nada sobre la subjetividad o cualquier determinismo biológico de los individuos, pero sí sobre su condición y estatus.

¡Fusilen a Sartre!

“¡Fusilen a Sartre!” El filósofo francés adopta una posición a favor de la independencia de Argelia y desata la ira de miles de viejos combatientes en los Campos Elíseos, aquel 3 de octubre de 1960. Sartre no es Camus. Su primera revuelta, confiesa, fue descubrir a sus catorce años que las colonias eran “un manoseo del Estado” y una “actividad absolutamente deshonrosa”. Y agrega: “La libertad que me constituía como hombre constituía el colonialismo como abyección”.¹ En materia de colonialismo y de racismo, fiel a su conciencia de adolescente, no se equivocará casi nunca. Se le volverá a ver movilizado contra el “cáncer” del Apartheid, contra el régimen segregacionista de Estados Unidos, apoyando la Revolución cubana y en el Viet Minh. Se declarará, incluso, *porta-valijas* del Frente de Liberación Nacional (FLN).² No, él no es, definitivamente, ese Camus contra el cual el argelino y poeta Kateb Yacine pronunciará un requisitorio implacable. “Abatir un europeo es dar dos golpes de una sola pedrada, eliminar al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido: lo

¹ S. de Beauvoir, *La ceremonia del adiós*; seguido de Conversaciones con Jean Paul Sartre: agosto-septiembre 1974, EDHASA, 2001.

² *Porta-valijas*: militantes blancos que ayudaron materialmente al FLN argelino, especialmente cargando valijas de billetes o de armas. [N. de la T.]

que queda es un hombre muerto y un hombre libre”.³ Sartre no jugó jamás de pacifista. Lo demostró una vez más en 1972, durante los Juegos Olímpicos de Múnich. Acorde con sus compromisos en Argelia, considera que el terrorismo es, ciertamente, “un arma terrible”, pero que a los oprimidos no les queda otro camino. Para él, el atentado de Septiembre Negro, que le quitó la vida a once miembros del equipo israelí, es “perfectamente exitoso”, dado que la cuestión palestina fue así posicionada ante millones de telespectadores por todo el mundo, “más trágicamente de lo que nunca lo fue en la ONU, en donde los palestinos no están representados”.⁴

A Sartre le voló la sangre. No me cuesta nada imaginar su desgarró al tomar posición en favor de Septiembre Negro. Él se mutiló el alma. Pero el golpe mortal no fue dado. Sartre sobrevivió porque el hombre del prólogo a *Los condenados de la tierra* no terminó su obra: matar al Blanco. Sartre no es Camus, pero tampoco Genet, pues, más allá de su empatía por los colonizados y su legítima violencia, para él nada podría destronar la legitimidad de la existencia de Israel.

En 1948 se posicionó a favor de la creación del Estado hebreo y defendió la paz sionista, por “un Estado independiente, libre y pacífico”. A semejanza de Simone de Beauvoir, apoya la inmigración de judíos a Palestina.⁵ “Es necesario darle armas a los hebreos: he aquí la tarea inmediata de las Naciones Unidas”, proclama. No podemos desentendernos de la causa hebrea, a menos de que aceptemos que se nos

³ J. P. Sartre, “Prefacio a Frantz Fanon”, en *Los condenados de la tierra* [http://matxingunea.org/media/pdf/Fanon_Los_condenados_de_la_tierra_def_web_2.pdf].

⁴ *Id.*, “A propósito de Múnich”, *La causa del pueblo / Yo acuso* 29 (15 de octubre, 1972).

⁵ S. de Beauvoir, *La fuerza de las cosas*, Madrid, DeBolsillo, 2011.

trate, a nosotros también, de asesinos.⁶ Y prosigue: “No hay un problema judío, es un problema internacional. Considero que el deber de los arios es ayudar a los judíos.⁷ El problema le concierne a toda la humanidad. Sí, es un problema humano”. En 1949 dirá: “Es necesario celebrar que un Estado israelí autónomo venga a legitimar las esperanzas y luchas de los judíos del mundo entero [...] la formación del Estado palestino⁸ debe ser considerada como uno de los eventos más importantes de nuestra época, uno de los pocos que hoy permite conservar la esperanza”.⁹

¿La esperanza de quién?

El, que proclamaba: “Es el antisemita quien hace al judío”, prolonga el proyecto antisemita bajo su forma sionista y participa en la construcción de la mayor prisión para los judíos. Con prisa por enterrar Auschwitz y por salvar el alma del hombre blanco, cava la tumba del judío. El palestino estaba ahí por casualidad, y él lo aplasta. La buena conciencia blanca de Sartre... es ella la que le impide completar su obra: liquidar al Blanco. Para exterminar al Blanco que lo tortura, hubiese sido necesario que Sartre escribiera: “Abatir a un israelí es dar dos golpes de una sola pedrada, eliminar al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido: lo que queda es un hombre muerto y un hombre libre”. Decidirse por la derrota o por la muerte del opresor, así sea judío, ése fue el paso que Sartre no supo dar, ésa es su falla. El Blanco resiste. ¿Acaso no es el filosemitismo el último refugio del humanismo blanco?

⁶ Mensaje dirigido a la Liga Francesa por Palestina, 25 de febrero de 1948.

⁷ “En el proceso de los amigos de Stern: ‘¿El problema judío? Un problema internacional’, declara Jean Paul Sartre”, *Franc-Tireur* (14 de febrero), citado en N. Lamouchi, *Jean Paul Sartre y el Tercer mundo*.

⁸ “Estado palestino”, por decir “Israel” en esa época.

⁹ *Hillel* 7, 2ª serie (junio, 1949), publicado en *Les Écrits de Sartre*, París, Gallimard, p. 212.

En su editorial para *Les Temps Modernes*, dedicado al “conflicto” israelí-palestino,¹⁰ algunos días antes de la guerra de 1967, Sartre persiste y firma. Su fidelidad al proyecto sionista, aunque contrariada por los excesos de Israel, permanece intacta. Josie Fanon, viuda de Frantz Fanon, le reprocha haberse asociado a los “clamores histéricos de la izquierda francesa”, y le pide a François Maspero eliminar el prefacio de Sartre a *Los condenados de la tierra* en las ediciones posteriores. “Ya no hay nada más en común entre Sartre y nosotros, entre Sartre y Fanon. Sartre, quien en 1961 soñara unirse a aquellos que hacen la historia del hombre, se ha pasado al otro campo, al de los asesinos, al de aquellos que matan en Vietnam, en Oriente Medio, en África, en América Latina”.¹¹ No, Sartre no es Genet, y Josie Fanon lo sabía.

¿No protestó, en 1975, con Mitterand, Mendès France y Malraux —una mancuerna de lujo— contra la resolución de la ONU que equiparaba precisamente el sionismo y el racismo?¹²

¡Árabes bastardos! Su obstinación en negar la existencia de Israel retarda “la evolución de Oriente Medio hacia el socialismo”... y aleja las perspectivas de una paz que aliviaría la nostalgia sartriana y su infeliz conciencia. En 1976, su deseo se verá cumplido. El presidente egipcio Anwar el-Sadat visitará el memorial de los mártires del holocausto nazi. El mismo año le fue concedido a Sartre el título de doctor *honoris causa* por la Universidad de Jerusalén, en la Embajada de Israel. Sartre morirá anticolonialista y sionista. Morirá Blanco. No obstante, ésa no será la última de sus paradojas.

¹⁰ Editorial “Por la verdad”, *Les Temps Modernes* 253 bis (junio de 1967).

¹¹ J. Fanon, “A propósito de Fanon, Sartre, el racismo y los árabes”, *El Moujabid* (10 de junio de 1967).

¹² *Le Nouvel Observateur* 17 (22 de noviembre de 1975).

En sí, él es una alegoría de la izquierda francesa de la posguerra.

Sartre no forma parte de la ola de los “nuevos filósofos”¹³, y no puede ser tomado por responsable del advenimiento de la socialdemocracia y de su misión cardinal: la de enterrar al socialismo para salvar al capitalismo. Si la izquierda actual estuviera hecha a la imagen de sus compromisos, no podríamos más que felicitarnos por ello. Pero, a pesar de todo, estamos en el derecho de pensar que su blanquitud dibujó su inflexión.

Sartre no supo ser radicalmente traidor a su raza. No supo ser Genet... quien se regocijó de la debacle francesa en 1940, frente a los alemanes, y más tarde en Saigón y en Argelia, y de la paliza en Dien Bien Phu. Porque, veamos, esa Francia ocupada era también una Francia colonial, ¿no es así?

La Francia de la Resistencia era también aquella que había sembrado el terror en Sétif y Guelma, un 8 de mayo de 1945 (el mismo día de la liberación contra los nazis), luego en Madagascar y después en Camerún. “En cuanto a la debacle de la armada francesa, era igualmente la del gran Estado Mayor, que había condenado a Dreyfus, ¿no?” Porque, ciertamente, hay un conflicto de clase, pero también hay un conflicto de raza.

Lo que me gusta de Genet es que Hitler le tiene sin cuidado y, paradójicamente, logra ser, desde mi punto de vista, amigo radical de dos grandes víctimas históricas del orden blanco: los judíos y los colonizados. No hay rastro alguno de filantropía en él, ni a favor de los judíos ni de los Black Panthers ni de los palestinos, sino una rabia profunda contra la injusticia que les fue infligida por su propia raza. ¿No se le dio en Francia la

¹³ *Nuevos filósofos* fue un grupo de filósofos franceses que en los años setenta se pasaron de la izquierda a la derecha defendiendo el capitalismo, el imperialismo, la democracia liberal y el sionismo. [N. de la T.]

bienvenida a la abolición de la pena de muerte con una cínica indiferencia, mientras que el decoro mandaba sentir una emoción devota y celebrar ese nuevo paso hacia la civilización? La posición de Genet cae como un hacha sobre la cabeza del hombre blanco: "Como Francia no hará esa política llamada Norte-Sur, así como no se preocupará mayormente por los trabajadores inmigrantes o las viejas colonias, la política francesa no me interesará para nada. Si se les corta o no la cabeza a los hombres blancos no me interesa especialmente".¹⁴ Esto debido a que "hacer una democracia en el país al que otrora se llamara metrópolis es, finalmente, hacer una democracia contra los países negros o árabes". Hay una cierta estética en esa indiferencia hacia Hitler. Es una visión. ¿Había que ser poeta para alcanzar esa gracia? La disposición compulsiva de los principales partidos políticos por hacer del dirigente nazi un accidente de la historia europea y por reducir Vichy y todas las formas de colaboración a simples paréntesis, no podía engañar al "Ángel de Reims".¹⁵ Como ya bien lo dije, era "indiferencia", nada de empatía o colusión. ¿Podría él injuriar a Hitler y excusar a Francia de haberse mostrado tan brutal en Indonesia, Argelia y Madagascar? "Embriagador", así es como él describe su sentimiento por la derrota francesa ante Hitler. ¿Era posible regocijarse, alegremente, por el fin del nazismo mientras se acepta su génesis colonial y la continuación del proyecto imperialista bajo otras formas? ¿Se podría aislar, impunemente, el gesto nazi del resto de la historia de crímenes y genocidios occidentales? ¿Se tenía el derecho moral de descargar los barcos franceses, ingleses y estadounidenses para cargar el barco alemán? Las palabras de Césaire emergen hacia la superficie: "El nazismo es una forma de colonización del hom-

¹⁴ Conversación con Jean Genet y Bertrand Poirot-Delpech, realizada en 1982.

¹⁵ Como lo apoda Poirot-Delpech.

bre blanco por el hombre blanco, un contragolpe para los europeos colonizadores: una civilización que justifica la colonización [...] llama a su Hitler, quiero decir, llama su castigo". En efecto, Hitler, escribe Césaire, "aplicó a Europa procedimientos colonialistas que hasta entonces sólo concernían a los árabes de Argelia, a los culíes de India y a los negros de África".

Lo que amo de Genet es, también, que no experimenta ningún sentimiento condescendiente con respecto a nosotros. Sabe discernir la propuesta invisible hecha a los Blancos por los militantes radicales de la causa negra, de la causa palestina, de la causa del Tercer mundo. Sabe que todo indígena que se dirija contra el hombre blanco le ofrece a éste, en el mismo movimiento, la posibilidad de salvarse a sí mismo. Deduce que tras la resistencia radical de Malcolm X está su propia salvación. Genet lo sabe, y cada vez que un indígena le ofreció esa oportunidad, él la aprovechó. Es por ello que, más allá de la muerte, Malcom X ama a Genet. Entre estos dos hombres no hay más que la palabra "paz", que cobra sentido en tanto está irrigada por el amor revolucionario.

Pero Malcom X no puede amar a Genet sin antes *amar a los suyos*. Ése es su legado a todos los no Blancos del mundo; gracias a él yo soy una heredera.

Antes que nada, tenemos que amarnos.

¿Por qué escribo este libro? Sin lugar a dudas porque me hace perdonar mis primeras cobardías de esta maldita condición de indígena. Como aquella vez en que, de colegiala, yendo de camino hacia un viaje de estudios a Nueva York, le pedí a mis padres, que me acompañaban al aeropuerto, permanecer ocultos a la vista de mis profesores y compañeros de clase porque "los otros padres no acompañaban a sus hijos". Vil mentira barata. Sentía vergüenza de ellos, que se veían demasiado pobres y demasiado inmigrantes, con sus cabezas de árabes, mientras que ellos estaban orgullosos de verme despegar hacia el país del Tío Sam. Y no protestaron. Se escon-

dieron y yo creí, ingenuamente, que se habían tragado la mentira. Hoy me doy cuenta de que me acompañaron en ella. La han sostenido, incluso, sin protestar, para permitirme ir más lejos que ellos. Además, avergonzarse de sí, entre nosotros, es como una segunda piel. "Los árabes son la última raza después de los sapos", decía mi padre, frase que seguramente escuchó en un sitio de construcción y que hizo suya por su convicción de colonizado. En el aeropuerto, él no iba a decirse. Luego se lo llevó un cáncer por asbesto, un cáncer de obrero. Sí, debo hacerme perdonar por él.

¿Por qué escribo este libro? Porque no soy inocente. Vivo en Francia, vivo en Occidente. Soy blanca; nada puede absolverme. Odio la buena conciencia blanca; la maldigo. Se ubica a la izquierda de la derecha, en el corazón de la socialdemocracia, es ahí en donde reina hace ya tiempo, florecida y resplandeciente. Hoy está añeja, gastada. Sus viejos demonios la atrapan y las máscaras caen. Pero aún respira. Gracias a Dios no ha logrado conquistar mi territorio. No procuro ninguna escapatoria. Ciertamente, el encuentro con el gran Sur me aterroriza, pero me rindo. No esquivo la mirada de los sin-papeles y no desví la mía de los muertos de hambre que encallan en nuestras costas, vivos o muertos. Prefiero hablar sin tapujos: soy criminal. Pero de extrema sofisticación. No tengo sangre en mis manos, eso sería demasiado vulgar. Ningún sistema de justicia del mundo me llevará ante los tribunales. Yo delego mi crimen. Entre mi crimen y yo está la bomba. Soy quien detenta el fuego nuclear. Mi bomba amenaza al mundo de los metecos y protege mis intereses. Entre mi crimen y yo están, primeramente, la distancia geográfica y, luego, la distancia geopolítica. Pero están también las grandes instancias internacionales: la onu, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), las multinacionales, el sistema bancario. Entre mi crimen y yo están las instancias nacionales: la democracia,

el Estado de derecho, la República, las elecciones. Entre mi crimen y yo están las ideas bellas: los derechos humanos, el universalismo, la libertad, el humanismo, la laicidad, la memoria de la Shoah, el feminismo, el marxismo, el tercermundismo. Y hasta los *porta-valijas*, que están en la cima del heroísmo blanco y a quienes aún respeto. Me encantaría respetarlos todavía más, pero son ya rehenes de la buena conciencia, títeres de la izquierda blanca. Entre mi crimen y yo están la renovación y la metamorfosis de las grandes ideas, en caso de que el “alma bella” caducara: el comercio justo, la ecología, el comercio orgánico. Entre mi crimen y yo están el sudor y el sueldo de mi padre, los subsidios familiares, los permisos con goce de sueldo, los derechos sindicales, las vacaciones escolares, los campamentos de verano, el agua caliente, la calefacción, el transporte, mi pasaporte... Estoy separada de mi víctima —y de mi crimen— por una infranqueable distancia. Y esa distancia se expande. Los puntos de control de Europa se han desplazado hacia el sur. Transcurridos cincuenta años desde las independencias, es el Magreb el que mata a sus propios conciudadanos y a los negros de África. (Por poco digo a “mis hermanos africanos”, pero ya no osaría hacerlo una vez confesado mi crimen.) Adiós Bandung. A veces sucede que la distancia entre mi crimen y yo se reduce. Hay bombas que explotan en el metro, torres abatidas por aviones que se desploman como un castillo de naipes, periodistas de una célebre editorial que son diezmados. Pero, inmediatamente, la buena conciencia hace lo suyo. “Todos somos americanos”, “todos somos *Charlie*”, es el grito del corazón de los demócratas, la unión sagrada. Ellos son todos americanos, todos son *Charlie*. Todos son Blancos.

Si yo fuese juzgada por mi crimen, no actuaría como si estuviese ofendida mi virtud, pero alegraría circunstancias atenuantes. Yo no soy del todo blanca, yo estoy blanqueada. Es-

toy ahí porque he sido vomitada por la historia, porque los Blancos estaban en mi casa, y siguen estando ahí. ¿Qué es lo que soy? Una *indígena de la República*. Soy, ante todo, una víctima. Perdí mi humanidad en 1492 y luego en 1830,¹⁶ y me paso toda la vida reconquistándola. No todos los periodos son de igual crudeza —en lo que a mí respecta—, pero mi sufrimiento es infinito. Después de haber visto descender sobre mí la ferocidad blanca, sé que nunca jamás me hallaré de nuevo. Mi integridad está perdida, por mí misma y por la humanidad, eternamente. Soy una bastarda y no tengo más que una conciencia que despierta mis recuerdos de 1492. Una memoria transmitida de generación en generación que resiste a la industria del engaño. Gracias a ella sé, con la seguridad de la fe y una intensa alegría, que los “indios” eran los “gentiles”. Es verdad, mi bomba protege mis intereses de indígena aristócrata, pero, de hecho, no soy más que su beneficiaria accidental y no su principal destinataria, lejos de ello, ni mucho menos mis padres inmigrados. Estoy en el más bajo estrato de los beneficiarios. Sobre mí están los beneficiarios Blancos, el pueblo Blanco propietario de Francia: proletarios, funcionarios, clases medias. Mis opresores. Son ellos los pequeños accionarios de la vasta empresa de expoliación del mundo. Por encima está la clase de grandes propietarios, los capitalistas, los grandes financieros que supieron negociar con las clases subalternas blancas, a cambio de su complicidad, un mejor reparto de la riqueza del gigantesco *hold-up* y la participación —bien delimitada— en el proceso de decisión política al que, orgullosamente, se llama “democracia”. Mis conciudadanos Blancos creen en la democracia. Tienen *intereses* para creer en ella, y es por eso que es una divinidad entre ellos. No obstante, su conciencia está arrugada y busca

¹⁶ Año de inicio de la conquista y colonización francesa de Argelia. [N. de la T.]

más comodidad. Dormir en paz es algo esencial. Y aún mejor es despertarse con orgullo por el genio propio. El infierno son los otros. Había que inventar el humanismo, y entonces fue inventado. Y luego el Sur; lo conozco, lo soy. Mis padres se lo llevaron consigo al instalarse en Francia. Se ha quedado en ellos, y se ha aferrado a mí para no dejarme nunca. Se instaló en mi cabeza y juró no abandonarme jamás. E incluso juró torturarme. Tanto mejor; sin él no sería más que una advenediza. Pero está ahí y me observa con sus grandes ojos.

¿Por qué escribo este libro?

Porque comparto la angustia de Gramsci: “El viejo mundo se muere. El nuevo está lejos de aparecer, y es en este claroscuro que surgen los monstruos”. El monstruo fascista nació de las entrañas de la Modernidad occidental. Ciertamente, Occidente no es más aquello que una vez fue. China ha despertado. No encuentro razón alguna para alegrarme por ello, pero estoy segura, por el contrario, de que el ocaso de los usurpadores del Olimpo es una buena noticia para la humanidad. Sin embargo, les temo terriblemente, a ellos y a su manía de estirar el brazo derecho en tiempos de crisis aguda. ¿Cómo nos triturará en sus convulsiones? Para conjurar su suerte funesta hay quienes dirán que “el hombre africano no ha entrado de manera suficiente en la historia”, y otros dirán que “no todas las civilizaciones valen por igual”, o incluso celebrarán “la obra positiva de Francia en las colonias”. Es el canto del cisne. Resuenan las palabras de Césaire: “Una civilización que justifica la colonización [...] llama a su Hitler [...], a su castigo”. De ahí mi pregunta: ¿qué ofrecerles a los Blancos a cambio de su ocaso y de las guerras que se les anuncian? Sólo hay una respuesta: la paz, y sólo hay un medio: el *amor revolucionario*. Las líneas que siguen no son más que una enésima tentativa —seguramente desesperada— por suscitar esa esperanza. En realidad, sólo mi excesiva vanidad me permite creer en ello, vanidad que comparto con Sadri Khiari,

otro dulce soñador que enunció lo siguiente: “Ya que ella es la compañera indispensable de los indígenas, la izquierda es su primer adversario”.¹⁷

Hay que acabar con esto.

“¡Fusilen a Sartre!” No son los nostálgicos de la Argelia francesa quienes lo proclaman. Soy yo, la indígena.

¹⁷ S. Khiari, *Pour une politique de la racaille: immigrés-e-s, indigènes, et jeunes de banlieues*, París, Éditions Textuel, 2006.

Ustedes, los Blancos

MAFALDA: Hoy en el diario sale una noticia deprimente:
“En todo el mundo trabajan 43 millones de chicos que trabajan
bajo condiciones deficientes”. ¿Te das cuenta? ¡Y es un informe de
la Organización Mundial del Trabajo y qué se yo!
¡43 millones de chicos deben trabajar para vivir!

SUSANITA: Y ¿tenemos nosotros la culpa? ¡No!
¿Podemos solucionar semejante problema? ¡No!
Lo único que podemos hacer es indignarnos y decir:
“¡Qué barbaridad!”.

¡QUÉ BARBARIDAD!

Listo. Decí vos también tú “qué barbaridad”,
así nos despreocupamos de ese asunto y podemos ir a jugar en
paz.¹

Pienso, luego existo. Pienso, luego existo... Dios.

¿Quién se esconde detrás del “yo” cartesiano? Para la época en la que fue pronunciada esta fórmula, América ya había sido “descubierta” hacía doscientos años. Descartes estaba en Ámsterdam, el nuevo centro del *sistema-mundo*. ¿Es concebible extraer ese “yo” del contexto político de su enunciación? No, responde el filósofo sudamericano Enrique Dussel. Ese “yo” es un “yo” conquistador. Está armado. Tiene a un lado

¹ Quino, *Toda Mafalda*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2000.

el poder del fuego y al otro la Biblia. Es un predador y sus victorias lo embriagan. “Debemos convertirnos en amos y señores de la naturaleza”, continúa Descartes. El “yo” cartesiano se afirma, quiere desafiar a la muerte. De ahí en adelante, será él quien ocupará el centro. Yo pienso, luego soy yo quien decide; yo pienso, luego soy yo quien domina; yo pienso, luego soy yo quien somete, quien saquea, quien roba, quien viola, quien comete genocidio. Yo pienso, luego soy yo el hombre moderno, viril, capitalista e imperialista. El “yo” cartesiano arroja los fundamentos filosóficos de la *blanquitud*. Será quien secularice los atributos de Dios y quien los transfiera hacia el dios Occidente, que, en el fondo, no es más que una parábola del hombre Blanco.

Es así que ustedes han nacido.

Yo nunca he podido decir “nosotros” incluyéndolos a ustedes. Ustedes no lo merecen. E incluso si lo hiciera, por forzar el destino, ustedes no me reconocerían. No soy una de ustedes, pero, como no estoy mendigando, no les pido nada. Y, sin embargo, no logro decidirme a excluirlos. No tengo el poder ni la voluntad para hacerlo. La exclusión es una prerrogativa de ustedes. No soy ustedes y me rehúso a serlo. Lo único que realmente quiero es escaparme de ustedes en tanto me sea posible.

Yo los veo, los frecuento, los observo. Todos ustedes tienen esa cara de *inocencia*. Ahí reside su última victoria, haber logrado exonerarse de toda culpa. Y esa victoria llega a ser sublime en el momento en el que, volviendo su mirada hacia nosotros, nos ven interrogarnos e interrogar a nuestros hermanos, sobre nuestra propia culpa. “Si somos colonizados es, simplemente, porque somos colonizables”.² Nosotros somos culpables, ustedes inocentes. Y ustedes han hecho de noso-

² Referente al concepto “colonizabilidad” (*colonisabilité*), de Malek Bennabi.

tros los guardianes de su inocencia. Esa inocencia me golpea. Un recién nacido es menos inocente, y hasta podría parecer más cruel aún. Ustedes se han convertido en ángeles, ángeles exentos de toda justicia terrestre. Ustedes hacen de sus víctimas verdugos y de la impunidad su reino. Ustedes son ángeles porque tienen el poder para declararse ángeles y el de convertirnos en bárbaros.

Ángeles de bondad llenos, ¿saben lo que es el odio?
 Los puños crispados en la sombra y las lágrimas de hiel
 cuando la venganza bate su infernal llamado
 y de nuestras facultades se erige capitana.
 Ángeles de bondad llenos: ¿saben lo que es el odio?³

El 8 de agosto de 1945, en la portada de *Le Monde* se leía: “Una revolución científica: los americanos lanzan su primera bomba atómica sobre Japón”. Fueron los ángeles quienes escribieron esas líneas. 56 años más tarde, el 11 de septiembre de 2001, son esos mismos ángeles los que exclaman: “Todos somos estadounidenses”. Nosotros somos todos estadounidenses... somos todos blancos. Blancos como la nieve, como el color de la *inocencia*. Inocentes. Los culpables se reconocerán. Yasser Arafat, el líder palestino, se reconoció y donó, inmediatamente, su sangre a los inocentes del 11 de septiembre. Les donó la sangre de los palestinos, la mía y la de Gerónimo.⁴ En el momento de escribir estas letras estoy en Australia, en un pueblo auténticamente inocente. Según las estadísticas, es uno de los países del mundo con mayor índice

³ Ch. Baudelaire, “Reversibilidad”, en *Las flores del mal*, Madrid, Akal, 2017.

⁴ Gerónimo: chamán y guerrero apache nacido en Nuevo México. Luchó contra el ejército mexicano y luego contra el norteamericano. Pasó a la historia como un gran estratega. [N. de la T.]

de desarrollo humano. Se vive bien aquí. Los aborígenes han sido exterminados. Aquellos que quedan ahogan su culpa en el alcohol, y también su indigencia. Quedan pocos, que no fueron contados por considerárseles parte de la fauna. Su esperanza de vida es de 46 años; la media nacional, de 78. En la calle, ellos no me miran. Van por su camino como fantasmas. Habitan un mundo paralelo, el de los bárbaros. Y yo, que lo soy también un poco, los miro. ¿Qué se puede hacer? Nada. Ya es demasiado tarde.

A veces suceden cosas.

“No hay homosexuales en Irán.” Habla Ahmadineyad. Esa afirmación me perforó el cerebro. Yo la destaco y la admiro. “No hay homosexuales en Irán.” Estoy petrificada. Hay gente que permanece fascinada ante una obra de arte por largo tiempo. Con esto me pasa igual. Ahmadineyad, mi héroe. El mundo da cuenta del choque. Los medios occidentales, los observadores americanos, europeos; la izquierda, la derecha; los hombres, las mujeres, los homosexuales. La civilización está indignada. “No hay homosexuales en Irán.” Esas palabras lastiman los tímpanos. Son terribles y de una exquisita mala fe. Para poder apreciarlas hace falta ser un poco “lanzador de zapatos”. (Debo confesar una emoción sórdida.)

Admiremos la escena. Nada es más sublime. Eso sucede en el 2008, en Estados Unidos, en Columbia University, Nueva York, una célebre institución de izquierda. Ahmadineyad está en un viaje oficial y tiene que pronunciar un discurso en la onu, en el mismo momento en el que Abu Ghraib se ubica en el corazón de toda polémica.

La voz: “Irán lincha a los homosexuales en plaza pública”. Ahmadineyad: “No hay homosexuales en Irán”. Estupefacción.

Indignación general. O casi. Supongo. Los cínicos blancos comprenden, los anti-imperialistas lo soportan y los otros —la buena conciencia— reciben el golpe sin mostrar la herida. El sentimiento que sigue: el odio. Y yo me regocijo. Normalmente tendría que aprovechar este momento del relato para ser complaciente: “No soy homófobo y no tengo particular simpatía por Ahmadineyad”. Pero no haré nada. No es ahí donde está el problema. La única y verdadera cuestión es la de los indios americanos. Mi herida original. “Los *cowboys* son los buenos y los indios los malos.” Toro Sentado fue aniquilado por esa mentira, el héroe de la célebre batalla de Little Bighorn, asesinado en 1890. Y su descendiente, Leonard Peltier, se pudre en un calabozo. Sus ancestros se quebraron contra esa mentira que los abatió. Para acabar con ella habría sido necesario que cada indio tocara la puerta de cada ciudadano del mundo para convencerlos —uno a uno— de que los verdaderos agresores eran los *cowboys*, y suplicarles que lo creyeran. Y mientras tocaba la puerta, dolorosamente:

La voz: “No hay humo sin fuego. Es más complejo que eso”.

Un gran nudo se forma en el fondo de la garganta de los indios y los ojos se llenan de lágrimas. Pero como su fe es inmensa, sucede que algunos de nosotros escuchamos el golpe en la puerta.

“No hay homosexuales en Irán.” Esta frase, pronunciada en Bamako o en Pekín, en el mejor de los casos no despertaría interés; en el peor, desgraciadamente sí. Pero fue pronunciada en el corazón del imperio. En el reino de los inocentes. Quien la pronuncia es un indígena arrogante y lo hace en un momento crucial de la historia de Occidente: su declive. La estética de la escena consiste en todo eso a la vez. Para empezar,

en su profunda dualidad. “El maniqueísmo del colono produce el maniqueísmo del colonizado”, decía Fanon. Además, eso ocurre en una universidad de renombre, de la izquierda, sin duda a la vanguardia del pensamiento progresista. Eso, ante neo-conservadores, no habría tenido gracia, ¿verdad? ¿Qué fue lo que dijo Ahmadiyad? No dijo nada. Mintió, eso fue todo. Mintió con toda honestidad. Y eso es enorme. Al mentir, y asumir su mentira ante una asamblea que sabe que él miente, se torna invencible. Ante la afirmación: “No hay tortura en Abu Ghraib”, el eco responde: “No hay homosexuales en Irán”. La retórica persa al estilo de los progresistas blancos acierta. Las dos mentiras se anulan; la verdad estalla. Y la buena conciencia se descompone, se convierte en mueca y no quedan más que la repulsión... y los poetas. Pero cuán repulsiva es esa izquierda. Qué fea es. “Los colonizados saben, a partir de ahí, que tienen una ventaja sobre los colonialistas. Saben que sus amos provisionales mienten”, decía Césaire. El indio sonrío y yo también. Retenemos nuestras lágrimas. Me regocijo con poco. Es una mentira artesanal frente a una mentira imperial. Sí, es miserable.

LE NOUVEL OBSERVATEUR: ¿Qué le diría usted al francés racista que tiene miedo?

JAMES BALDWIN: Le diría buenos días.⁵

Yo me pregunto: ¿Tienen ustedes miedo? ¿Por qué? Ustedes nos tienen miedo. Tienen miedo... eso es irracional. Ustedes son parte de las naciones todopoderosas que los protegen. Parte de los pueblos que dominan el planeta. Los medios que garantizan ese poder son una plétora que comienza por los arsenales nucleares con los cuales están ampliamente cubiertos, seguida por su corolario, la disuasión nuclear, y por el

⁵ *Le Nouvel Observateur* (abril, 1983).

corolario del corolario, el tratado de no proliferación. Entonces, ¿de qué tienen miedo?

Ustedes lo saben.

Ustedes tienen un saber enterrado en los pliegues del alma, en las profundidades de sus entrañas. Un saber que se transmite; una herencia. Si no, ¿lo llamarían ustedes lastre? Ustedes saben de los crímenes cometidos en su nombre, o con su complicidad. No se trata de una memoria directamente consciente. Es más bien difusa. Dormita. A veces abre un ojo y enseguida vuelve a cerrarlo. Los ojos de ustedes están muy cerrados. El miedo es indefinible. Es el malestar blanco. La cabeza lo reprime, pero el corazón palpita. Reconoce en los rostros de toda persona no Blanca, en la fábrica, en la escuela, en la calle, a un sobreviviente de la empresa colonial y, al mismo tiempo, la *posibilidad* de una venganza. Es por eso que ustedes tienen miedo. ¿Deberíamos tranquilizarlos? Es inútil. Ni sus arsenales militares lo lograron.

Ustedes tienen miedo, pero mantienen su comodidad. Ahí radica su dilema. Ustedes no quieren renunciar a la infinidad de privilegios de la dominación colonial. Sus privilegios son materiales, estatutarios, institucionales, políticos y simbólicos. En relación con el nivel social igualitario, siempre es mejor ser blanco. El primero de los privilegios que ustedes tienen y, de lejos, el más precioso es la vida. Es un valor incalculable. Está protegida por su moral, sus leyes, sus armas. La muerte de ustedes es una fatalidad que hiere su narcisismo. A escala individual, ustedes no existen. Ustedes son una potencia colectiva. Sólo existen sostenidos por los poderes nacionales o imperiales que les garantizan la supremacía; son lo absoluto, el centro, lo universal. Cuando ustedes contemplan el mundo, deploran la distancia que debe recorrer todavía lo relativo, lo periférico, lo particular, para alcanzarlos.

Ustedes saben que son Blancos cuando se casan con un anti-lano, cuando comparten un *mafé*⁶ en casa de la novia senegalesa, o cuando se pasean por Saint-Denis,⁷ Bamako o Tánger. Ustedes siempre saben quién es Blanco. Y quién no lo es. Nosotros estamos provistos del mismo saber. Paradójicamente, ustedes “descubrirán” que son blancos —sobre todo los franceses— cuando nosotros los llamemos “Blancos”. De hecho, ustedes no descubrirán nada, precisamente repudian ser nombrados, situados, de modo que se devele su culpabilidad y se torne vulnerable su inmunidad.

La *blanquitud* es una fortaleza inexpugnable. Sus arquitectos la concibieron para afrontar toda suerte de desafíos y para resolver toda clase de contradicciones. Todo Blanco es constructor de esa fortaleza. A veces es necesario matar y hacer morir de hambre. A veces hay que acariciar. En principio hay que tomar y robar. Al comienzo, estilo gánster, bruto, matón; y con el tiempo se aprenden los buenos modales. Entre el beneficiario final y el primer expoliado hay toda una cadena de intermediarios. De eslabón en eslabón, de estrato en estrato se afinan las maneras. El indígena expoliado es vulgar, el Blanco expoliador es refinado. En una punta de la cadena está la barbarie, en la otra la civilización. Es bueno eso de ser inocente: permite jugar a la candidez y estar siempre del lado amable. Porque, además de ser inocentes, ustedes son humanistas. Y eso no es el menor de sus talentos. Ustedes interpretan ese papel con un brío y una maestría sin igual.

No puedo más que inclinarme ante ello.

El humanismo es una de las piezas maestras de su sistema inmune. “El sistema inmune de un organismo es un sistema biológico constituido por un conjunto coordinado de elementos de reconocimiento y de defensa, que discrimina lo ‘suyo’

⁶ *Mafé*: comida típica de Senegal. [N. de la T.]

⁷ Saint-Denis: barrio de no-blancos en el norte de París.

de lo 'no suyo'. Aquello que sea reconocido como 'no suyo' será destruido." O bien se define como un "sistema complejo de defensa del organismo contra las enfermedades, una de las propiedades del sistema inmune es su capacidad para reconocer las sustancias extrañas al cuerpo y desencadenar medidas de defensa". Atacados por todas partes, suscitando odios en los cuatro puntos cardinales del planeta, arrinconados para que justifiquen sus conquistas, socavados por resistencias multiformes y, sobre todo, por las luchas de independencia, confrontados con su fealdad intrínseca y con lo que ustedes consideran el paroxismo de su locura —el nazismo—, ustedes han tenido que dotarse de un aparato de defensa global y estructural que asegure la continuidad del proyecto imperial, así como la longevidad y la sobrevivencia de su cuerpo social. Ese aparato político-ideológico es el *sistema inmune blanco*. Innumerables anticuerpos han sido, así, secretados. Entre ellos el humanismo y el monopolio de lo ético. Los más antirracistas son ustedes. ¿No celebraron muchas veces la lucha de Martin Luther King contra la segregación? Los más indignados por el antisemitismo son ustedes. ¿No han sacrificado mil veces a Louis-Ferdinand Céline, a Klaus Barbie y a tantos otros en las hogueras de la plaza pública? Ustedes son los más anticolonialistas. ¿No se postraron ante el coraje y la abnegación de Nelson Mandela? Los más sensibles al "subdesarrollo" de África, ustedes. ¿No vertieron toneladas de arroz sobre el continente de la miseria para después preconizar que no hay que darle el pez al africano sino enseñarle a pescar? Ustedes son los mayormente implicados en las causas humanitarias. ¿Acaso no han cantado por África? Los más feministas son ustedes. ¿No fijaron su atención en la suerte de las mujeres afganas y les prometieron salvarlas de la barba de los talibanes? Ustedes son los más antihomóforos. ¿No se han entregado en cuerpo y alma a la defensa de los homosexuales en el mundo árabe? ¿Cómo podríamos elevarnos no-

sotros hasta su nivel? Nosotros somos gnomos y ustedes gigantes.

Ustedes pretenden, incluso, haber *cargado nuestras valijas*.⁸ No desperdician ocasión para recordárnoslo. Quienes lo han hecho son nuestros hermanos, y les debemos nuestro respeto, pero ¿puedo sugerir que, en realidad, ellos nunca *nos* han cargado las valijas? Jamás. En realidad, no han hecho más que cargar las propias... o las de ustedes, si así lo quieren creer. Sartre pidió a Richard Wright que le definiera el problema negro y éste le respondió: “¿Cuál problema negro? No hay un problema negro en Estados Unidos, lo que hay es un problema blanco”. Entonces, voy a replantear la pregunta: ¿por qué no se deciden ustedes a cargar sus propias valijas? Pues si su propia historia los ha hecho Blancos, nada les obliga a seguirlo siendo.

BERTRAND POIROT-DELPECH: ¿Se es culpable al ser blanco? ¿Es una suerte de pecado original?

JEAN GENET: No creo que eso sea el pecado original, en todo caso de eso no habla la Biblia. No, es un pecado absolutamente deliberado.

B. P.-D.: Usted no ha querido ser blanco, que yo sepa.

J. G.: ¡Ah! en ese sentido, al nacer blanco y estar contra los blancos, he jugado sobre todos los tableros a la vez. Me alegra cuando a los blancos les duele, y estoy protegido por el poder blanco, porque también tengo la epidermis blanca y los ojos azules, verdes y grises.⁹

⁸ Alusión a los militantes franceses blancos cargadores de maletas con armas y dinero para el Frente de Liberación Nacional durante la guerra de Argelia. [N. de la T.]

⁹ Entrevista con Jean Genet y Bertrand Poirot-Delpech realizada en 1982.

Es un pecado "absolutamente deliberado"...

Y los viejos pecados tienen largas sombras.

Yo se los concedo de buen grado: ustedes no escogieron ser Blancos. No son verdaderamente culpables; sólo responsables. Si hay un fardo que amerita ser cargado es ése. La raza blanca fue inventada por las necesidades de sus burguesías emergentes, ya que toda alianza entre esclavos —que entonces no eran negros— y proletarios —que entonces no eran Blancos— se convertía en una amenaza para ellas. En el contexto de la conquista de América, nada predestinaba a sus ancestros a llegar a ser Blancos. Por el contrario, todas las condiciones para la alianza entre esclavos y proletarios estaban reunidas. Faltó poco para que se diera. Ante dicha amenaza, quienes habían constituido la burguesía en América les propusieron a ustedes un trato: interesarse en la trata de negros y, con ello, solidarizarse con la explotación de esclavos. Así, la burguesía inventó una comunidad de intereses entre ella y ustedes —o sus ancestros, si se quiere—. Es así que, de forma progresiva, al institucionalizarse, la raza blanca fue inventada. De hecho, la raza, en manos de los burgueses Blancos, es un instrumento de gestión; y en las de ustedes, un salario, una distinción. Desde entonces eso que nos separa no es ni más ni menos que un conflicto de intereses entre razas, tan poderoso y estructurado como el de clase.

Como habrán comprendido, no me refiero a ustedes indistintamente. Ustedes están atravesados por numerosas contradicciones además de la de clase. Hablo solamente de dos categorías presentes en ustedes: para empezar, la de los proletarios, los desocupados, los campesinos, los desclasados, que renuncian progresivamente a la política o se desplazan, inexorablemente, del comunismo hacia la extrema derecha; la de las minorías regionales, aplastadas por siglos de centralis-

mo demente, y la del conjunto de marginados, ya sea que les gustemos a ustedes o no. En una palabra: la categoría de los sacrificados de la Europa de los mercados y del Estado, cada vez menos providencial y más cínica. Y en segundo lugar hablo de la de los revolucionarios que tienen consciencia de la barbarie que viene; porque ya está a la vuelta de la esquina. Nos va a devorar. Creo que la hora ha llegado. Todo tiene un final. El sistema inmune de ustedes se debilita. El barniz se agrieta. El estatuto social de ustedes se degrada. El capitalismo, bajo su forma neoliberal, continúa su obra implacable, corroe sus logros sociales o, por decirlo de una manera más justa, sus privilegios. Hasta aquí, por salvar la *socialdemocracia*, es decir, sus intereses de clase media blanca, ustedes nos han utilizado. Nos han convocado al voto útil y les hemos obedecido al votar por el socialismo. Les hemos obedecido al defender los valores republicanos. Les hemos obedecido, sobre todo, al no hacerle el juego al Frente Nacional. Hemos obedecido. En otros términos, nosotros nos hemos sacrificado para salvarlos a ustedes. Dos espantosas guerras mundiales les han dejado marcas dolorosas. “¡Eso nunca más!” Ustedes aún gritan ese voto pío como si fuese un disco rayado, pero esos cánticos ya no tienen más impacto que el graznido de los pájaros. Ya no quieren alimentar el vientre de la bestia inmundada porque, por el pasado, ella los ha devorado a ustedes; pero es la bestia inmundada la que los alimenta y con la cual ustedes devoran el mundo. Entonces, ustedes respaldan el *statu quo* y nosotros pagamos la cuenta. Mientras que el blando vientre de ustedes se aferra a la socialdemocracia, surgen radicales de los suyos. Una parte de ellos mira hacia el fascismo y la otra hacia nosotros. Pero esta alianza entre iguales les repugna. En general, ustedes no nos toleran si no estamos custodiados por ustedes, pero será posible en la hora final, y ustedes estarán obligados a considerarnos. Por supuesto, siempre podrán elegir el fascismo, pero, como toda elección, no es inevitable. Aprovecho

este momento de intimidad para hacerles una confesión: desdén la izquierda seguramente tanto como ella a ustedes... quizá más. La desprecio ferozmente. Ante el resentimiento en ustedes, su miedo al desclasamiento, sus frustraciones — legítimas o no —, ella ha respondido, a esos que entre ustedes eran pueblerinos y “trabajadores racistas ordinarios”,¹⁰ con la mano amarilla del sos Racismo, una suerte de talismán, o quizá de diente de ajo, ¿quién sabe? ¡Incapaces! Pretendiendo luchar contra ustedes, ella los ha alimentado. A veces se les ha adelantado y ustedes se han quedado sin habla ante su pasión islamofóbica. En cuanto a la izquierda obrera, ésta renunció a ustedes, y ustedes a ella. De eso no los culpo. (Por cierto, del resto tampoco, ya que no soy moralista.) Ustedes encuentran refugio en los brazos de la santa nación contra esa Europa que los traiciona y que algunos no dudan en calificar de “contrarrevolución” de forma anticipada.¹¹ Pero, ¿cuánto tiempo piensan que los protegerá contra los ataques del capital? No mucho tiempo más.

Si las cosas estuvieran bien hechas, el deber de los más conscientes entre ustedes sería hacernos una propuesta para evitar lo peor. Pero las cosas están mal hechas. Es a nosotros a quienes incumbe esa tarea. Más que en una nación blanca, engreída y egoísta, ¿pensaron ustedes en un internacionalismo doméstico,¹² más armado contra los estragos del neolibe-

¹⁰ La palabra que la autora utiliza es *beauf*, que pertenece al argot, y es de uso común en Francia. Se origina a partir de un personaje, de la revista *Charlie Hebdo*, en la década de 1970. El término se refiere al estereotipo de un hombre francés de clase trabajadora, iletrado, que bebe y habla mucho a partir de prejuicios racistas, sexistas y chauvinistas. [N. de la T.]

¹¹ S. Khiari, *La contre-révolution coloniale en France: de De Gaulle à Sarkozy*, París, La Fabrique, 2009.

¹² *Id.*, “Internacionalismo decolonial, antirracismo y anticapitalismo”. Coloquio “Pensar la emancipación”, octubre de 2012.

ralismo? Por más que me torture, no puedo imaginar qué ofrecimiento sería suficientemente “generoso” para hacerlos encarar esta perspectiva. ¿Qué podría hacerlos renunciar a la defensa de sus intereses de raza, esos que los consuelan de su desclasamiento y gracias a los cuales tienen la satisfacción de dominar(nos)? Dejando la paz de lado, no veo qué podría lograrlo. Por *paz* entiendo lo contrario de “guerra”, de “sangre”, de “odio”. Entiendo por ello: vivir todos juntos de forma pacífica. Me acuerdo de esa escena surrealista de la película *Brasil*. En ella se ve a una familia burguesa, blanca, que festeja en un selecto restaurante. A su alrededor, a sólo unos metros, hay una escena de guerra terrorífica; cuerpos mutilados, destrozados. La familia son ustedes; la guerra es, por supuesto, esos millones de muertos en Iraq, en el Congo y en Ruanda, pero geográficamente aún más cerca de nosotros están el 11 de septiembre, los atentados contra *Charlie Hebdo*, el supermercado kosher o el Bataclan, el desempleo, el martirio griego. La barbarie que viene no nos salvará, pero tampoco los salvará a ustedes.

Ustedes siempre pasan a nuestro lado y a menudo no nos ven. Ya no creo que la sucesión de encuentros fallidos entre ustedes y la inmigración se deba a un simple azar. Empiezo a comprender que el lugar del verdadero encuentro no puede estar más que en el cruce de nuestros intereses comunes —el miedo a la guerra civil y al caos—, ahí donde podrían aniquilarse las razas y donde podría encararse nuestra igual dignidad. Como cedo al sentimentalismo, me pregunto si no está ahí el lugar del amor. El amor revolucionario. Las almas románticas dirán que el amor es siempre desinteresado. Pero precisamente por eso, ¿cómo encarar el amor entre nosotros si los privilegios de unos descansan sobre la opresión de los otros?

A partir de ahí, todo será permitido. ¿Por qué habríamos de quedarnos enclaustrados en las fronteras del Estado-na-

ción? ¿Por qué no reescribir la historia, desnacionalizarla, desracializarla? Su patriotismo los fuerza a identificarse con su Estado. Ustedes festejan sus victorias y lloran sus derrotas; pero, ¿cómo hacer una historia juntos si nuestras victorias son sus derrotas? Si los invitáramos a compartir con nosotros la independencia de Argelia y la victoria de Dien Bien Phu, ¿aceptarían ustedes des-solidarizarse de sus Estados guerreros? Tenemos una propuesta más interesante, que les ha sido hecha en el pasado, hace mucho tiempo, por C. L. R. James, quien era ya un adepto al amor revolucionario:

Ellos son mis ancestros, mi pueblo. Ellos pueden ser los ancestros de ustedes, si es que los quieren como tales.

James les ofrece como memoria sus antepasados negros, que se levantaron contra ustedes y, al liberarse ellos, se liberaron ustedes mismos. Él dice, en síntesis: cambien de panteón, es así que haremos historia y un futuro juntos. Eso suena, por lo menos, mejor que aquello de “nuestros ancestros los galos”, ¿no les parece?

Un día mi abuela, de visita en Francia, se fue al hospital a ver a mi padre —su hijo—, que salía de una operación y compartía habitación con un señor —blanco— que probablemente agonizaba. Movidita por la compasión, ella se precipitó y lo abrazaba como una madre abrazaría a su hijo. Más tarde se arrepintió. ¿Había pecado al abrazar a un impío? ¿Iría a castigarla Dios y a cerrarle a él las puertas del Paraíso? ¿Sería ella traidora? Recuerdo que mi padre dudó, y que la tranquilizó, pero que se dirigió al Todopoderoso.

Ese recuerdo se me grabó, lleno de aprendizajes. En principio, en el impulso espontáneo de besarlo hay una promesa, el olvido y la superación de la contienda colonial entre mi abuela —quien vivió la larga noche colonial y los horrores de la guerra de Argelia— y ese hijo por un instante. El instante

es furtivo pero real, y luego, en un segundo momento, retorna la razón indígena, la resistencia. Él no es realmente de los nuestros.

El negro venía a pedirle al blanco un techo, cinco dólares o una carta al juez. Y era amor lo que el Blanco le pedía al negro. Pero difícilmente era capaz de dar aquello que él mismo venía a buscar. El precio era muy elevado. Había mucho que perder. Y el negro lo sabía. Cuando se sabe eso de un hombre, a ustedes les es imposible odiarlo, pero, a menos de que él no se convierta en su semejante, a ustedes les será imposible amarlo.¹³

El amor y la paz tienen precio. Hay que pagarlo.

¹³ J. Baldwin, *La próxima vez, el fuego*, Ciudad Sudamericana, 1964.

Ustedes, los judíos

Pero ¿quién es Hitler?
Mi primo, del pueblo.

Un día, un juez israelí, Moshe Landau, célebre por haber presidido el juicio de Adolf Eichmann, dijo: “Odio a los árabes, me recuerdan mucho a los [judíos] sefardíes”. Perfidia exquisita, ¿no? Me provoca parafrasearlo: odio a los judíos, me recuerdan mucho a los árabes.

Es cierto, ustedes me son muy familiares. No tanto por nuestra pertenencia común a la “gente del Libro” (frase coránica que se refiere a los judíos y cristianos), ni tampoco por tener un ancestro común, el profeta Abraham. Esa genealogía me interpela, pero no de forma política. Lo que hace que ustedes sean verdaderos “primos” es su relación con los Blancos. Su condición al interior de las fronteras geopolíticas de Occidente. Cuando los observo, nos veo a nosotros. Sus perfiles existenciales están trazados. Como nosotros, ustedes están contenidos. No se reconoce a un judío porque se declare judío, sino por su sed de querer fundirse en la blanquitud, de respaldar a su opresor y de querer encarnar los cánones de la Modernidad.

Igual que nosotros.

Si el judío está fascinado con los cristianos no es tanto por sus virtudes, que poco aprecian, sino porque representan el anonimato, la humanidad sin raza.¹²³

¹ J.-P. Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Barcelona, Seix Barral, 2005.

Yo los reconozco a ustedes entre miles. Su costumbre de cumplir en exceso es traición. Está incluso entre ustedes, que combaten el racismo antiblanco. Y con cuánta energía, ¡qué terrible! Cuanto más lo hacen, cuanto más se distinguen, más sospechosos son. Como punto de comparación, vean ustedes la dulce tranquilidad de aquellos que no tienen nada que probar; los *inocentes*. Ustedes no son el *verdadero* pueblo elegido. Se les miente. Pero, en verdad, ustedes no lo ignoran. Ninguna de sus opciones ideológicas los protege completamente, ustedes no encuentran seguridad en ninguna parte. Igual que nosotros, ustedes se pasan la vida oscilando entre el desamor por ustedes mismos y la autoafirmación. En el fondo, ustedes saben que el filosemitismo que muestra Francia es una máscara. Ustedes son judíos, por lo tanto, dudan.

Yo no sé exactamente lo que es ser judío, lo que me hace ser judío. Es una evidencia, si se quiere, pero una evidencia mediocre, una marca, pero una marca que no me vincula a algo preciso, concreto: no es un signo de pertenencia, no está ligado a una creencia, a una religión, a una práctica, a una cultura, a un folclor, a una historia, a un destino, a una lengua. Más bien sería una ausencia, una pregunta, una puesta en cuestión, una vacilación, una inquietud: una certidumbre inquieta tras la cual se perfila otra certidumbre, abstracta, pesada, insoportable: la de haber sido designado judío...²

Entonces, ustedes dudan. ¿Puedo reprochárselos de forma decente? Estoy obligada a reconocerlo, sus opciones ideológicas, aunque dispares, están determinadas por su condición. Es esa duda la que los hace internacionalistas. Es esa

² G. Perec, *Nací. Textos de la memoria y el olvido*, Madrid, Abada, 2006.

duda la que los hace sionistas. Es esa misma duda la que los hace apologeticos del mito republicano.

En realidad sí, ustedes han sido elegidos, por Occidente, para tres misiones fundamentales: resolver la crisis de legitimidad moral del mundo Blanco (consecuencia del genocidio nazi), relevar de responsabilidad al racismo republicano y, finalmente, ser el brazo armado del imperialismo occidental en el mundo árabe. ¿Puedo permitirme pensar que en el seno de ustedes está la parte amorosa del mundo blanco que los ha empujado a firmar ese pacto con el diablo? Es así que, en el lapso de cincuenta años, ustedes han pasado de parias a “*dhimmis* de la república”, por las necesidades internas del Estado-nación, y a *tiradores senegaleses*,³ por las necesidades del imperialismo occidental.

“*Dhimmi* de la república”, ¿eso les choca? Entiendo. En suelo islámico, el *dhimmi* era un sujeto cristiano o judío que, a cambio de un tributo, recibía protección y hospitalidad de un soberano musulmán. El estatus del *dhimmi* era inferior al del grupo dominante. Esto regía en sociedades pre-modernas. Sería anacrónico juzgarlo —como ya ustedes estarán tentados a hacerlo— a través de lentes contemporáneos. Entonces, es inútil evadir esto por ahí. Hice este pequeño recordatorio histórico únicamente para que observemos juntos las extrañas similitudes entre esa inferioridad estatutaria y la condición de ustedes aquí, en tierra católico-laica. Ese estatuto de *dhimmi*, bajo la ley islámica, que ustedes llenan de injurias, lo elogian después bajo el régimen republicano. ¡Ah! Pero cuán espantosos eran esos sultanes, esos emires y esos califas de tiempos antiguos. Y cuán buenos y fuertes son sus

³ Los *tiradores senegaleses* fueron un cuerpo colonial de infantería del ejército francés reclutados en Senegal, África Occidental Francesa y en todo el África central y del este, zonas principales del imperio colonial francés. [N. de la T.]

protectores de hoy. Ustedes han renunciado a privar a los Blancos de su trono y les han ofrecido lealtad. Ustedes han abandonado la lucha “universalista” al aceptar el pacto racial de esta república: los Blancos, como cuerpo legítimo de la nación, en alto; nosotros, como parias, abajo, y ustedes como pueblo-tapón. Pero están en un incierto punto intermedio, incómodo. Es verdad que ser *dhimmi* es mejor que ser *untermenschen*, pero ustedes siguen a merced de los cambios políticos. Felizmente, son recompensados. De ahí en adelante son parte sólida de la “civilización judeo-cristiana”. Reconózcanlo. Es triste que esa rehabilitación haya estado condicionada por un genocidio, por su auto-expulsión parcial de Europa y del mundo árabe por causa de Israel, y por su renuncia a reclamarse plenamente de Francia, que, no obstante, es de ustedes.

No sé si se dan cuenta de hasta qué punto son ustedes valiosos. Ser *dhimmi* no está del todo mal, pero ser tiradores del imperialismo, bajo su forma sionista, es todavía mejor. Son fuertes, ¿no? Lo admito de buen grado: yo admiro a nuestros opresores. El privilegio de quienes nos dominan es conocer nuestras debilidades. Ser parte de la raza de los señores es lo que nos encanta a todos. Entonces, ellos les dieron Israel, y con ello dieron dos golpes de una sola pedrada: se deshicieron de ustedes como aspirantes a la nación y como revolucionarios históricos, e hicieron de ustedes los mayores ardientes defensores del imperio en tierra árabe. Son más despiadados aún. Lograron hacerlos cambiar su religión, su historia y sus memorias por una ideología colonial. Ustedes abandonaron sus identidades judías multiseculares, desprecian lo yiddish y lo árabe, y se entregan masivamente a la identidad sionista. Todo en sólo cincuenta años. Es como si los brujos los hubieran hechizado. ¿No es la palabra *sionismo* otro nombre para su capitulación?

A pesar de todo, ustedes han resistido largo tiempo.

El reloj es el judío errante. Escuchen ese paso cojo, lento y cansado, que no se detiene jamás.⁴

Pero ustedes se han dejado ganar lentamente, a tal punto, que ha nacido un prejuicio tenaz: todos los judíos son sionistas. De ahí en adelante, si ustedes no lo son, deben probarlo. Ustedes, que soñaban con fundirse en lo “universal”, volvieron a ser judíos en el sentido sartriano del término; pero, para mí, lo peor no está en ello. Después de todo, sus renunciaciones son asunto de ustedes. Lo peor es mi mirada cuando me cruzo en la calle con un niño que tiene un kipá... ese furtivo instante en el que yo me detengo a mirarlo. Lo peor es la desaparición de mi indiferencia frente a ustedes, el posible preludio de mi ruina interior.

La voz: “El vientre es aún fecundo, del cual ha surgido la bestia inmundada, el vientre es aún fecundo, del cual ha surgido la bestia inmundada...”.

“Pero ¿quién es Hitler?”, dice mi primo Boujemaa, de Argelia. Casi me caigo al suelo. Mi primo no conoce a Hitler. Un asno. Atribuí su ignorancia al sistema educativo argelino, podrido a la fuerza, como tienen fama de estarlo los de los pueblos. Para mí, Hitler es mi íntimo. Yo lo conocí en los bancos de la escuela republicana. También ahí conocí a Ana Frank, a quien tanto lloré. Tanto como he aborrecido al hombre de la solución final, al hombre del judeicidio. La escuela me orientó bien. Cuando escuchaba expresiones del tipo “Tacaño como un judío”, yo lanzaba mis miradas furiosas de matona. Pero el asno era yo. Con Boujemaa comprendí algo. Para el Sur, la *Shoah* es —si oso decirlo— menos que “un detalle”. No está ni en el espejo retrovisor. Esa historia no es

⁴ J. Renard, *Periódico 1893-1898*.

mía en realidad, y voy a mantenerla a distancia mientras la historia y la vida de los condenados de la tierra sigan siendo, también, "un detalle". Es por eso que se los digo mirándolos directamente a los ojos: no voy a ir a Auschwitz.

Ustedes deben pensar que les hago una afrenta y que soy maleducada. Falso. La frase de mi primo me es valiosa. Y creo que puede serlo para ustedes de la misma forma si se toman la molestia de escucharla. ¿Qué es lo que dice? Cosas que despejan. Es necesario repatriar el antisemitismo, identificar su territorio geopolítico, su hogar original. El antisemitismo es europeo. Es un producto de la Modernidad. El caso Dreyfus, el desarrollo impetuoso de corrientes antijudías del periodo de entreguerras, el advenimiento del nazismo y el régimen Vichy nos muestran el profundo enraizamiento del antisemitismo en Europa. Ello los ha limitado a ustedes a los eslabones inferiores de la jerarquía de las dignidades, pero no es algo universal. Está circunscrito a un tiempo y un espacio. No, los inuit, los dogones y los tibetanos no son antisemitas. Ni tampoco filosemitas. Ustedes no les importan. Yo no diría eso de los árabo-musulmanes, porque nos hemos frecuentado hace siglos. Pero nosotros tampoco somos antisemitas. Existe una multitud de conflictos entre nosotros, pero no son de naturaleza nazi. Pueden ser religiosos o teológicos. Pueden tener que ver con la estructuración política de nuestras sociedades de origen y de los correspondientes poderes. La mayoría de las veces son coloniales, pero eso es todo. Y eso es, de suyo, un fardo pesado del que necesitamos deshacernos. Ustedes, que son sefardíes, no pueden hacer como si el Decreto Crémieux⁵ no hubiese existido. No pueden ignorar que Francia los ha hecho franceses para arrancarlos de nosotros, de su tierra, de su árabo-bereberidad (si me atreviera, diría que de su

⁵ Mediante este documento de 1870 se otorgó la ciudadanía francesa a los judíos de Argelia cuando ésta aún era colonia. [*N. de la T.*]

islamidad); así como nosotros mismos hemos sido desposeídos de ustedes (y si me atreviera, diría que de nuestra judeidad). Por cierto, no alcanzo a pensar en el Magreb sin lamentar su ausencia. Ustedes dejaron un vacío que no podremos llenar más y por el cual me muestro inconsolable. Su alteridad se radicaliza y su recuerdo se desdibuja.

Definitivamente mi primo me cae bien. Es como un claro en medio del bosque. Cuando pienso en todos esos estafadores que asaltaron nuestra historia, que la allanaron para, por ejemplo, condecorarnos aduciendo que nosotros los protegimos a ustedes contra Vichy, digo, miren esto: nosotros elevados a la categoría de JUSTOS. ¡Qué honor supremo! Y, sin embargo, qué ofensa. Qué perversión. Una escupida en la cara. ¿Cuán cobarde hay que ser para aceptar tal distinción? Porque si los Justos, que arriesgaron la vida para proteger a los judíos, existen en tierras europeas es debido a que una gran parte de sus conciudadanos era antisemitas. Pero, ¿qué significa esa distinción para nosotros, que no habíamos colaborado y que vivíamos también bajo el yugo de Occidente? Porque hacer de un indígena un Justo es inventar un contraste, construir una oposición de todas las piezas entre él y sus hermanos de sangre; es marcar con hierro al rojo vivo la masa indígena con el sello de la infamia antisemita. Si Mohamed V era un Justo, ¿es porque los marroquíes no lo eran? ¡Bastardos! Dejen de mancillarnos. La manipulación no tiene más que un fin: compartir la *Shoah*, diluirla, desenraizar a Hitler y trasladarlo a los pueblos colonizados y, al final, blanquear a los Blancos. Universalizar el antisemitismo, hacerlo un fenómeno intemporal y apátrida, es dar dos golpes de una piedra: justificar el *hold-up* a Palestina y la represión a los indígenas en Europa. Así, esta medalla de los Justos sólo puede colgar decentemente de los cuellos de sus *porta-valijas*. Pero, ¿esperaban ellos una recompensa? Qué mal gusto atreverse a pensarlo. ¿Por qué ofender su pudor con esa clase de puesta

en escena tan vulgar? Todo esto me hace pensar en Charlie Chaplin. ¿Saben que, durante toda su vida, él se obstinó en no negar nunca una judeidad de la cual se sospechaba, aunque no fuera judío? Refutar ese rumor habría equivalido, para él, a entrar en el juego de los antisemitas. ¿Pescan la idea?

Me confundo. Pierdo el hilo. Aún no siento que ustedes estén completamente convencidos por mi primo Boujemaa. Sin embargo, la palabra de los oprimidos es de oro. Así, lo quieran o no, ésta se posicionará siempre delante de ustedes para impedirles dormir en paz porque, luego de que la Modernidad los ha carcomido, ustedes son parte de nuestros opresores *volens nolens*. Ustedes, los “judíos nuevos”.

Voy a intentarlo con Césaire. Quién sabe si, quizá, él encuentre las palabras para convencerlos. Con su verbo de poeta nos invita a tratar de hacer una lectura descolonial del genocidio nazi, la *Shoah*.

[...] que hemos apoyado este nazismo antes de padecerlo, lo hemos absuelto, hemos cerrado los ojos frente a él, lo hemos legitimado, porque hasta entonces sólo se había aplicado a los pueblos no europeos; que este nazismo lo hemos cultivado, que somos responsables del mismo, y que él brota, penetra, gotea, antes de engullir en sus aguas enrojecidas a la civilización occidental y cristiana, por todas las fisuras de ésta.⁶

Y, sin embargo, por la boca de los Sarraut y de los Barde, de los Müller y de los Renan, por la boca de todos aquellos que juzgaban y juzgan lícito aplicar a los pueblos no europeos, y en beneficio de las naciones más fuertes y mejor equipadas, “una especie de expropiación por razones de utilidad pública”, ¿ya era Hitler quien hablaba?⁷

⁶ A. Césaire, *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal, 2006.

⁷ *Ibid.*

Antes de que fuesen experimentados los crímenes de masas en Europa, lo fueron en América, en África y en Asia. Deshumanizar una raza, destruirla, hacerla desaparecer de la superficie del planeta estaba ya inscrito en los genes coloniales del nacionalsocialismo. Hitler no era más que un buen alumno. Si las técnicas de masacre alcanzaron toda la eficacia en los campos de concentración fue porque eso se había experimentado ya con nosotros antes, cada vez con más eficiencia, y si la ferocidad blanca los abatió a ustedes con tal salvajismo fue porque los pueblos europeos han cerrado los ojos ante los “genocidios tropicales”.

La voz: Hay una unicidad de la *Shoah*.

Existe un riesgo al atribuir singularidad al genocidio nazi, y ustedes tendrán razones para señalarlo. La tentación negadora acecha entre los antisemitas. Pero haber dejado que la conmemoración del genocidio nazi se convirtiera en una “religión civil europea”⁸ provoca temer lo peor porque, en una religión, se cree o no se cree. El ateísmo, en ese aspecto, genera discípulos; se reproduce. Aunque le cueste aceptarlo a Claude Lanzmann, los tiempos de la blasfemia han llegado. Contra su “aquí no hay porqué”⁹ es menester, por el contrario, continuar interrogándose sobre la genealogía de ese crimen. Si ustedes realmente le temen al negacionismo, se torna urgente torcerle el cuello a sus ideologías, que los glorifican a ustedes como víctimas superiores y crean jerarquías en el horror. Hay que hacerles justicia a los gitanos, a los homosexuales, a los soviéticos, a los comunistas, que pe-

⁸ E. Traverso, *El final de la modernidad judía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

⁹ C. Torner, *Shoah, una pedagogía de la memoria*, prefacio de Claude Lanzmann, Buenos Aires, Proa, 2002.

recieron al lado de ustedes, así como es urgente reconocer una de las filiaciones del nazismo: la trata atlántica y el colonialismo. Podríamos hacer nuestro el pensamiento de Rosa Luxemburgo: "Me siento en casa, en el vasto mundo, en cualquier lugar donde haya nubes, pájaros y lágrimas".¹⁰ O, por decirlo de otro modo, clamar juntos y más fuerte: no, la *Shoah*, como todos los crímenes de masas, no será jamás un "detalle".

Abdelkebir Khatibi no es tan conocido como Césaire, pero llegará a serlo. Su visión actúa como un desregulador del mecanismo sionista. "La esencia precede a la existencia", dice. "La esencia árabe precede a la existencia de Israel", agrega. Y hace polvo la conciencia infeliz de Sartre que define así: "La conciencia infeliz produce una máquina muy eficaz de ignorancia, ignorancia de sí y del otro, pues la dualidad inicial, inherente a la conciencia infeliz, se volcó: al expropiar a los palestinos, el sionismo les regaló su pecado y su desgracia". Y continúa: "Apresurado por dar su punto de vista sobre el conflicto israelí-palestino, Sartre responde continuamente que su posición es dual (milita a la vez por Israel y por los palestinos) y que él vive esa cuestión en completo desgarró y bochorno. Una posición dual que se puede definir como una falsa neutralidad y como una coartada, que resulta una acusación de acuerdo con el sistema sartriano. Éste se funda, como sabemos, en una moral responsable, capaz de superarse y de violentarse. Esta acusación es puntual, no cuestiona la totalidad del sistema [...]. Aquello que trato de demostrar aquí es que Sartre, al volverse conformista, tiene, en definitiva, la actitud de un sionista condicional, y que se encuentra arrinconado al no conceder a su desgarró un sentido positivamente

¹⁰ Mencionado por E. Traverso en *El final de la modernidad judía*. R. Luxemburgo, *Yo era, soy y seré. Correspondencia 1914-1919*.

revolucionario. Él vive, a su manera, el terror de la consciencia infeliz".¹¹

Y si con Khatibi no fuese suficiente, aún nos queda la palabra de los palestinos. Escúchenla: Ustedes son como ese paracaidista que, habiendo aterrizado en plena noche en un entorno desconocido, se levanta por la mañana y se pregunta: "Pero, ¿qué hacen todos esos árabes a mi alrededor?". ¿Ustedes, apátridas? Ustedes que vivían en Polonia, ¿no eran polacos? Ustedes, que vivían en Yemen, ¿no eran yemeníes? Ustedes, que vivían en esa tierra de Palestina, ¿no eran palestinos? ¿Ustedes, hebreos? ¿Están seguros? ¿No somos nosotros, musulmanes, cristianos y judíos de Palestina, los verdaderos descendientes de los hebreos, de esos que ustedes pretenden que sean sus ancestros? ¿Son ustedes como esos franceses que mistifican una pretendida cepa gala? ¿Nosotros, antisemitas...? Ustedes nos culpan de maldecirlos por judíos, pero ¿no es a título de tales que ustedes nos han colonizado? Ustedes nos reprochan el ceder a la esencialización de los judíos, pero ¿a sus opresores alemanes ustedes los insultan en prosa o en rima? Mírense en su propio espejo y ustedes nos verán. Permaneceremos de pie hasta el final, pues la mayor ofensa que se nos ha hecho es la negación de la historia. En su nombre resistiremos.

¿Quién habitará nuestra casa después de nosotros, padre?

—Ella se mantendrá después de que la hayamos dejado, hijo.

Él palpó su llave como si palpara sus miembros y se calmó.¹²

La palabra de los colonizados es densa, potente. No miente. Pero, en el fondo de mi ser, yo sé que a ustedes no los sa-

¹¹ A. Khatibi, *Vómito blanco* (*White Vomit*), 1974.

¹² M. Darwich, *¿Por qué has dejado el caballo solo?*, 1995 [<http://www.poesiaarabe.com/mahmud%20darwish.htm>].

tisfará. Ella los empuja, los atormenta, estruja su conciencia, pero lo que los hará definitivamente zozobrar es el amor propio. En primer lugar, el respeto que ustedes deben a sus mártires y el recuerdo de sus ojos dolorosos y ojerosos. El recuerdo de sus cuerpos demacrados ante las rejas de los campos, a las que aferraban su desesperanza. Pero también la insostenible instrumentalización de su calvario con fines ideológicos, que hoy constituye la columna vertebral del nacionalismo israelí. Yo les doy completamente la razón. Es verdad, es a sus muertos a quienes ustedes deben darles cuentas.

En segundo lugar, su inseguridad en el seno del mundo blanco. El filosemitismo se desgasta. Igualmente el paternalismo. Demasiado pegajoso para ser verdad. Son dos formas del racismo republicano que, de hecho, no son más que compromisos entre el racismo radical de la extrema derecha y la preservación del Estado-nación blanco.

Como ya les he dicho, ustedes me resultan, a la vez, familiares y extraños. Familiares en tanto no Blancos, indisolubles en la blanquitud antisemita, pero extraños en tanto blanqueados, integrados en un escalón superior de la jerarquía racial. En verdad, entre nosotros, todo es aún posible. Tal vez sea optimista, pero opto por serlo. Tenemos un destino común como tenemos, potencialmente, un futuro político común. Eso dependerá de aquello de lo que su personalidad, formateada por esa maldita Modernidad, se haga cargo: o siguen con el sionismo y la comodidad de ser *dhimmis*, o asumen la consciencia de su eterna condena. Si ustedes prefirieran la segunda opción, podríamos entonces hacer un trecho del camino juntos. Todas las condiciones están reunidas. El momento que estamos viviendo es decisivo. Sobre el tablero internacional, Israel decepciona al imperio, Irán se impone como potencia regional y el injerto sionista nunca ha pegado ni pegará en el mundo árabe, si Dios quiere. En Europa, los nacionalismos prosperan a la sombra de la crisis civilizatoria

y toman como objetivo a los “semitas” musulmanes. ¿Cuánto tiempo piensan escapar aún y apostar a las facultades de aduladores de la bandera para hacer la distinción entre un “semita” musulmán y un “judío semita”?

Pongamos las cartas sobre la mesa. En esta fase, yo podría simplemente contenerme de atormentarlos y trazar mi ruta, porque hoy ustedes y nosotros no estamos situados al mismo nivel en la escala de las opresiones. De ahí que haya un conflicto de intereses. Es cierto. *Pero nosotros tenemos en común el no constituir los cuerpos legítimos de la nación.* Hay una lucha común que podría ser la descomposición del pacto racial y republicano, que funda la nación francesa, para beneficio de los Blancos europeos y cristianos, y que, al interior del mundo judío, privilegia a los judíos europeos en detrimento de los judíos orientales. Ustedes son cada vez más numerosos para tener consciencia de ello. El problema es que, a menudo, sus dudas les confirman la idea de la necesidad vital de una tierra nacional judía. Se los digo a ustedes también; yo no soy moralista. Ustedes son libres de optar, pero esa libertad los hará responsables. Ustedes están condenados a lo binario: será el Occidente o el Tercer mundo, la blanquitud o la decolonialidad, el sionismo o el antisionismo. Ustedes pueden escoger entre prolongar su servilismo en los nacionalismos etnicistas y racistas, o, por el contrario, liberarse de la empresa y del Estado-nación francés y del Estado-nación israelí. Dicho de otra manera, seguir el paso de los orgullosos militantes del Bund¹³ y perseguir su sueño de liberación.

Les guste o no, el antisionismo será, con el cuestionamiento del Estado-nación, el lugar principal del desenlace. Ése será el espacio de la confrontación histórica entre ustedes y nosotros, la oportunidad para que ustedes identifiquen a su

¹³ Movimiento socialista judío, creado a fines del siglo xix en Polonia, que se oponía al sionismo. [N. de la T.]

verdadero enemigo. Porque, fundamentalmente, no es con nosotros que ustedes deben reconciliarse, sino con los Blancos.¹⁴ Estamos ante un juego tramposo en el que las estrellas que tienen los papeles principales somos ustedes y nosotros. Los judíos y los árabes, esos *enfants terribles* y turbulentos que agotan a las buenas almas cristianas que los quieren reconciliar. Entonces, el actor principal es Blanco: Occidente. Se me replicará que Herzl era judío. Ciertamente válido, de no ser porque *la cuestión no es quién tuvo la idea del sionismo sino quién la ha realizado*. El antisionismo será también el espacio de la confrontación histórica entre ustedes y los Blancos, la oportunidad para los segundos de pedirles a ustedes tres veces perdón: la primera por el genocidio; una segunda por no haberlos restablecido, después de 1945, con una ciudadanía europea plena y sin condiciones, y, finalmente, por haberles ofrecido una prisión a cielo abierto: Israel. El antisionismo será también, y por último, el espacio de la confrontación histórica entre nosotros y los Blancos, la oportunidad para los segundos de pedirnos perdón por el cinismo con el cual se han lavado de sus crímenes sobre nuestras espaldas. El antisionismo es ese territorio en el que se revelan en la luz, en el gran día, las dos víctimas principales del proyecto israelí: los palestinos y los judíos, y en donde aparece el beneficiario mayor, Occidente. Cuando los Blancos rompen con su pretendido filosemitismo, toman el camino más corto para poner fin al antisemitismo. No solamente el antisemitismo de extrema derecha, el de los *fachos* vulgares. Aquél de la república. Ese que está agazapado en el fondo de los demócratas, ese que ellos nunca han logrado extirpar y al cual temen despertar a falta de haber renunciado a la blanquitud. Es ése el que los condena a perseguir el

¹⁴ Véase la formación de Youssef Boussoumah: *El sionismo explicado a nuestros hermanos y a nuestras hermanas* [<https://www.youtube.com/watch?v=Xn2DFVj9Xc0>] (en francés).

antisemitismo en todas partes, incluso ahí donde no está, y a vagar a lo largo del precipicio, en el fondo del cual los espera, paciente y codiciosa, la "bestia inmundada". Cuando ustedes rompen con el sionismo, toman el camino más corto para poner fin al círculo infernal en el que el sionismo y el antisemitismo se alimentan sin cesar, y en el cual ustedes nunca pararán de perderse. En cuanto a nosotros, el antisionismo es nuestra tierra de asilo. Bajo su gran patrocinio nos resistimos a la integración por el antisemitismo, continuando la lucha por la liberación de los condenados de la tierra.

A este respecto —me van a detestar— ustedes tienen una deuda para con los "desdentados antisemitas" que somos nosotros. Cuando algunos de nosotros, toscos, se invitan al debate republicano, con sus maneras rudas, de alguna forma les son útiles a ustedes. Cuando, por ejemplo, se meten con la memoria del genocidio, tocan alguna cosa mucho más sensible que la memoria de los judíos. Ellos se meten con el templo de lo sagrado: la buena conciencia blanca. El lugar a partir del cual Occidente confisca la ética humana y la hace su monopolio universal y exclusivo. El hogar de la dignidad blanca. El búnker del humanismo abstracto. El marco a partir del cual se mide el nivel de civilización de los subalternos. De hecho, los indígenas, descortesés y rebeldes con esta regla, al discutirla revelan secretos de familia. Cuando los celamos es porque ambicionamos su lugar en el corazón de los Blancos. Nuestro legitimismo nos perderá, pero, al disputar con ustedes el lugar de los favoritos, ponemos al desnudo la ilegitimidad de las reglas blancas y, en el mismo movimiento, la existencia del príncipe blanco, la verdadera autoridad.

Ya se los he dicho más fuerte. Rechazo los honores y prefiero, al sonar de los clarines, la discreción de las anémonas. Sin embargo, es un hecho histórico. Muchos musulmanes, tanto individuos como autoridades, han salvado a los judíos sin jamás hacer alarde de ello. Asimismo, me encantaría invi-

tarlos a meditar esas palabras de Dieudonné que perturban mi conciencia. En uno de sus espectáculos nos informa de los propósitos de otro humorista francés que habría dicho: “Es indigno, por parte de Francia, que un hombre como Dieudonné pueda todavía expresarse”. Y Dieudonné le responde: “Como judío, él dijo que eso le recordaba las horas más sombrías de la historia, que le recordaba los años treinta. ¡Mierda! Dijo que esperaba las disculpas oficiales de mi parte. Por lo tanto, aprovecho esta tribuna para decirle que puede meterse mis disculpas por el culo, y quiero decirle que, si el viento cambiara de dirección y nos encontráramos de nuevo en un ambiente como el de los años treinta, que no venga por nada a protegerse en mi sótano. En caso de que todo se revierta, yo lo mando directamente a las autoridades”.¹⁵

Yo creo que hay que tomarlo en serio. No son palabras de un simple bufón sino de un producto de su tiempo. Este sistema podrido está haciendo de ustedes monstruos, como de nosotros canallas. Su obra, no obstante, no está acabada. Conozco bien a la gente de mi raza. Aunque maltratados y muy estropeados, aún tenemos gran corazón y cierta práctica de nobleza humana, pero, ¿por cuánto tiempo más? Los dejo, pero no sin antes confiarles dos certezas que son mías y, humildemente, les hacen una “oferta generosa”: ustedes están perdiendo amigos históricos.

Ustedes están todavía en el gueto.

¿Y si salimos juntos?

¹⁵ Dieudonné, espectáculo *Foxtrot*, 2012.

Nosotras, las mujeres indígenas

¡Qué coraje!

Una Blanca en señal de admiración hacia una
*beurette*¹ escapada de un gulag familiar.

“¡Ustedes no harán caer el bigote de su padre!” La que habla es mi madre.

Pasé toda mi vida obedeciendo esa orden, temiéndole, sacralizándola, esquivándola, desafiándola, burlándome de ella, y después obedeciéndola de nuevo. Y así sucesivamente. Mi padre se fue. Con su bello bigote. Yo me sentí aliviada. Experimento incluso un orgullo ingenuo.

Mi cuerpo no me pertenece.

Ningún magisterio moral me hará asumir una consigna concebida para y por feministas blancas.

¡Recite! “*Ana hitt ou oueld enmass kbitt*”.² Sobre mi muslo derecho, tres marcas hechas con rasuradora y recubiertas con *khôl*³ para que la sangre seque. Es un rito patriarcal que se adueña de tu cuerpo, que lo ata al linaje ancestral. Mi abuela paterna lo aprueba. Yo le pertenezco. Mi abuela materna lo

¹ *Beurette*: palabra para designar a una mujer árabe, nacida en Francia, descendiente de emigrantes. [N. de la T.]

² “Yo soy un muro, y el hijo de la gente es un hilo.” [N. de la T.]

³ *Khôl*: sustancia negra que proviene de la carbonización incompleta de diferentes materias grasas, utilizada para maquillaje. [N. de la T.]

aprueba. Yo le pertenezco. Mis abuelos, caídos como mártires, lo aprueban. Yo les pertenezco. Mi padre lo aprueba. Yo le pertenezco. Mi madre, ni hablar, es ella quien me puso las esposas. Yo le pertenezco. La sangre se ha secado y la cicatriz será indeleble. Yo pertenezco a mi familia, a mi clan, a mi barrio, a mi raza, a Argelia, al islam. Yo pertenezco a mi historia y, si Dios quiere, le perteneceré a mi descendencia. “Cuando te cases, *in cha Allah*, dirás: *Ana khitt ou oueld enmass bitt*.⁴ Entonces, tú serás de tu marido”.

La voz: Qué horrible.

Francia es muy fuerte. Le declaró la guerra a mis padres. La batalla es ruda. Quiere arrancarles a ellos mi cuerpo, colonizarlo. Es voraz. Me quiere entera. “¡Son bárbaros!”, grita y grita. Yo lo escucho por todas partes: “¡Son bárbaros!”. Pero la cicatriz no se desvanece. Mis ancestros ganaron la partida.

Yo no tengo nada que ocultar de lo que sucede entre nosotros en casa. Desde lo mejor hasta lo más podrido. En esa cicatriz están todos mis impases de mujer. El mundo es cruel con nosotras. El honor de la familia reposa sobre el bigote de mi difunto padre, a quien amo y a quien Francia aplastó. Yo debo ponerle atención y velar por él. Sólo nosotros sabemos el precio de un bigote de colonizado caído. Mi hermano tiene vergüenza de su padre. Mi padre tiene vergüenza de su hijo. Ninguno de los dos está de pie. Yo levanto su virilidad caída, su dignidad pisoteada, su exilio. A través de ellos, yo levanto a mi madre. No, mi cuerpo no me pertenece. Mi madre continúa ejerciendo su soberanía sobre él. Pero soy una cómplice consciente. Comparto las riendas de mi vida con ella y con toda mi tribu. De todas maneras, si yo se las hubiera quitado, se las hubiera brindado a los Blancos. Antes muerta. Prefiero

⁴ “Yo soy un hilo, y el hijo de la gente es un muro.” [N. de la T.]

gestionar, adaptarme a cada situación. El racismo es perverso. Es un diablo. Vean cómo, en su presencia, todo se vuelve paradójico y brumoso. ¡Rápido, una antorcha! La morgue blanca. Inflamada de sí misma subestimó a nuestros hombres. ¿Es el racismo a tal grado idiota? Desprecia tanto a su adversario que lo cree inofensivo. Se imagina que nuestros hombres son de cuerpos inertes y desactivados. Llegas, les quitas sus mujeres, y ellos te lo agradecen con un “gracias, amo”. ¡Caramba! En realidad ellos existen, respiran, forman un grupo, un cuerpo social que tiene intereses que defender. Un cuerpo que actúa defendiendo sus privilegios. Retomemos la idea. Cuando, por ejemplo, el patriarcado blanco declara: “Oh, hombre indígena, soy apuesto, inteligente, mucho más de lo que jamás serás tú, y te voy a quitar a tu mujer”, se imagina a un hombre que capitula y le responde: “Pero sírvase, siéntase en casa”. Ignora que se dirige a un adversario, a un enemigo temible que defenderá su bien. Y es eso lo que hará el macho indígena. El defenderá sus intereses de hombre. Su resistencia será implacable: “¡Nosotros no somos maricas!”. Es así que nosotras nos convertimos en campo de batalla. Seremos maltratadas. Sumisas para unos, traidoras para otros.

Sin embargo, el padre de “Georgette” nos previno:

¡Que el mar se los trague a todos! ¡Ustedes no me escuchan! ¡Crees que lo que cuenta la maestra es lo correcto! ¡No hay bien que pueda provenir de ellos, no lo hay! Y si no me crees, ya verás... Recuerda lo que ha dicho tu padre. Cuando yo ya no esté aquí, lo constatarás. Vas a decir: “¡Mi padre tenía razón!”. Pero será demasiado tarde... Me saboteas la educación de mis hijos. Y tú eres veneno en mi casa, veneno que yo alimento, que visto, que curo cuando está enfermo. Yo trabajo como un perro toda la tarde por basura. Pero yo, ¡yo no soy Si Slimane! Su mujer y sus hijos se han cagado sobre su barba blanca. Él trabaja toda su vida

por ellos... Al trabajo como un perro, como una rata... Al final, ella puso a los hijos contra él. Yo lo había dicho: si te casas con una mujer de aquí, es una catástrofe. Y yo me casé con una mujer de mi pueblo y resultó una catástrofe peor. La señora La Biquette quiere hacerse la occidental. ¡Ella es peor que la moda de las minifaldas! ¡Pero yo no soy Si Slimane! ¡Los voy a matar a todos! Uno por uno. No le tengo miedo a la justicia de los hombres. La justicia de aquí, de los perros, yo la mando a la mierda... Yo escribo tranquilamente la palabra de Dios sobre el cuaderno de mi hija y mira los resultados: tu madre me lanzó la bomba atómica. Cuando yo la traje aquí, ella ni sabía decir buenos días, buenas noches, y ahora se quiere subir a mis espaldas. El jefe se sube todo el día, y cuando llego a casa, ¡es tu madre! Ella sembró la malicia en tu cabeza... Pero yo prefiero matarlos a todos ustedes. O entonces llevármelos a todos a Marsella. Y van a comer crepa seca con cebolla. Así, ustedes comprenderán que yo, yo soy el padre.⁵

Hermanas, ¿se acuerdan del telefilme *Pierre y Djemila*? Él, guapo, amoroso, atento. Blanco. Ella, bella, amorosa, aterro-
rizada por su familia. Árabe. Esa película estaba dirigida a nosotras, las hijas de los inmigrantes. Nos interpelaba. Nos decía cuán detestables eran nuestras familias y cuán deseable la sociedad francesa. Una película que nos desviaba de nosotras, de nuestros padres, esos *zoufris*⁶ explotados que penaban para hacernos vivir, y de nuestras madres, mujeres inmigrantes que penaban al criarnos. La película nos explicaba, a nosotras sus hijas, que ellos nos trataban mal y que nosotras no teníamos más que una escapatoria: librarnos de ellos. Al principio, se los digo francamente, creí en ese eslogan que te

⁵ F. Belghoul, *Georgette!*, Kontre Kulture, 2013.

⁶ *Zoufris* es una palabra árabe que fue adoptada del francés cuando los trabajadores escuchaban a los colonos decir "les ouvriers". [*N. de la T.*]

acompaña a todas partes, que se desliza por todos los poros y se incrusta en tu piel. ¿Quizá lo creyeron ustedes también? Luego dudé y, finalmente, no me fui. Pero hubiera podido, como tantas de nosotras. Sin duda, desde entonces, la adolescente que yo era estaba beneficiada por la experiencia de nuestras hermanas mayores que (a menudo) se quebraron los dientes contra el espejismo del apuesto príncipe blanco. Un encantamiento que les costó una bagatela: la ruptura familiar, la estigmatización de su madre, culpable de haberlas “malducado”, la vergüenza que se cierne sobre todos, pero también la culpabilización y, sobre todo, la mala reputación... ¿Sabemos cuántas de nuestras hermanas se han suicidado, presas en el fuego de la batalla que libraron los dos patriarcados? El Blanco, conquistador y seguro de sí mismo, y el otro, el indígena, dominado y acorralado. Un hechizo que proyectaba hacer de nosotras cómplices, complementarias del sistema racista que debía dar el tiro de gracia a esa odiada familia magrebí. Y todo eso apenas dos o tres decenios después de las independencias africanas. Esa vieja receta no ha caducado. ¿No alcanzó la cúspide con los flamantes éxitos del movimiento Ni Putas Ni Sumisas? Las elites francesas son únicas. Observen su actitud de cara al sexismo de la Francia de arriba, al de la Francia de abajo y al de la Francia que está debajo de la Francia de abajo. Esa Francia de las alturas, que no dudó en publicar en la portada de una famosa revista la foto de Simone de Beauvoir desnuda para festejar el centenario de su nacimiento. ¿Hubiera podido imaginarse a Sartre en cueros en la portada de un conocido periódico? Sin duda es necesario ver en ello la expresión de una sensibilidad, de una fibra bien francesa. Artística. Estética. ¿Quién puede, mejor que la élite francesa, ver y sentir eso que, detrás de la feminista, hacía a “la mujer”? Es una élite satisfecha de sí, que ofrece lecciones, camina diez centímetros por encima del suelo y es obstinadamente indiferente a lo real. Lo real maltratado y

despreciado para beneficio de una autosatisfacción sin límite. Desde nuestro puesto de observación, el espectáculo es edificante. ¿Qué vemos? Primeramente, la indiferencia cuasi total de esa élite frente al patriarcado blanco que estructura la sociedad francesa, y determina la vida de millones de mujeres. Y, sin embargo, todos los índices muestran que la condición de las mujeres francesas se degrada (violaciones, violencias conyugales, cortes salariales, explotación del cuerpo femenino para fines comerciales...). Luego, hacen fila para denunciar radicalmente las violencias cometidas a mujeres de los suburbios, cuando el autor es negro o árabe. El sexismo de los muchachos de barrio es una barbaridad sin causa ni origen. Vean a todos esos falócratas blancos que se descubren feministas cuando la gente de los suburbios aparece. No tienen palabras suficientemente duras para crucificarlos, ni compasión suficientemente fuerte para compadecernos. El mundo blanco, en su conjunto, muchas veces se ha pronunciado, con voz temblorosa, contra el chico malo de las ciudades.

Last but not least, manifiestan una solidaridad de clase, casi unánime, para apoyar a Dominique Strauss Khan y compañía, y encontrar las más extravagantes circunstancias que atenúen el caso. Esa élite es una con su machismo: se refiere a la violación blanca con eufemismos, siembra confusión, adrede, entre la violación y el libertinaje, e ignora toda forma de compasión frente a las víctimas cuando el autor es blanco y de las altas esferas. Por el contrario, contra nuestros hermanos, es como en las corridas: se envía al matador.

Bajo presión, algunos de nuestros hombres se ponen una máscara blanca. Pero les queda mal. Los desfigura fatalmente. ¿Se cuestionan ellos su violencia hacia nosotras? Tú dirás. Ellos son feos porque no abdicen de su virilidad sino para complacer a los Blancos. Y no porque nosotras suframos su violencia. Abdican ante el poder. Cuando codician una mujer blanca, son caballerosos, prevenidos, románticos. Cualidades

insospechadas en la intimidad de nuestros hogares en los barrios populares. Yo prefiero los buenos machos fornidos, que se asumen. Yo se los digo, mis hermanas, hay que actuar rápidamente. Si nuestros hombres se reforman por un comando de los Blancos, no nos conviene porque, de hecho, ellos no se reforman. Fingen. Son comediantes que hacen su papel con mayor o menor talento. Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza. Y somos nosotras las que pagamos los platos rotos. Como nado en mis contradicciones, lo reconozco, prefiero lo auténtico a la copia. Porque son menos los problemas que da la realidad de la dominación masculina que su deshumanización. Lo peor es que eso no es nada nuevo. Esos negros, de máscara blanca, tienen ilustres predecesores. Es chistoso, pero los pioneros del feminismo en el mundo islámico eran... hombres: Qasim Amine, Mohammed Abduh, Tahar Haddad, Taha Hussein, Mohammed Rachid Rida...⁷ La mayoría de comentadoras musulmanas de ese fenómeno se felicitan por ello y ven en él un humanismo excepcional, una filantropía caída del cielo. Esa inocencia me deja sin palabras. ¿Por qué razón habrían de abdicar los hombres, de forma voluntaria, de sus privilegios? ¿Por qué diablos animarían ellos una lucha que amenaza su poder sobre las mujeres? En Europa las primeras feministas eran, obviamente, mujeres. ¿Por qué el mundo islámico creó tal incongruencia? Por mi parte, no veo en ello ningún misterio. Las élites de esas sociedades ya estaban atravesadas por la idea de su "retraso" civilizatorio. La liberación de las mujeres, cuando es propugnada por hombres, no puede, de ninguna manera, explicarse por un impulso promujeres sino, antes bien, seguramente por el complejo del indígena humillado por el poderío colonial y

⁷ Qasim Amine, Mohammed Abduh, Tahar Haddad, Taha Hussein y Mohammed Rachid Rida fueron figuras del reformismo del islam. [N. de la T.]

deseoso de elevarse al nivel de las supuestas normas del colonizador. Esos muchachos me cansan. A propósito de la virilidad, ¿han caído ustedes en la cuenta, hermanas, de la emoción que posee a un demócrata blanco cuando una persona de los suburbios declara su homosexualidad ante micrófonos y cámaras? Escuchar a un chico de suburbio hacer su *coming out*: un placer para el Blanco civilizador, un logro para el indígena retrasado. Porque para un *kboroto*⁸ hacer de su sexualidad una identidad social y política significa entrar en la Modernidad por la puerta grande. El Blanco se siente al borde del éxtasis. Todas esas palabras, que se precipitan a las puertas de la conciencia del indígena, aún arcaica pero orientada a un destino de Hombre, lo acorralan: “asumirse”, “completarse”, “realizarse”, “romper cadenas” y “romper tabúes”. El indígena está sitiado, pero hipnotizado. A veces, porque los suyos son sofocantes, cede a la agresión. Inmediatamente es llevado a la cúspide. Estoy harta de esos héroes insignificantes. Pero el demócrata blanco entra en trance. Cuando se encuentra ante ese personaje insospechado, le sobrevienen espasmos, unas ganas irreprimibles de abrazarlo, de estrecharlo entre sus brazos y comulgar con él. Gracias a esa inesperada conversión, ha cumplido su misión civilizatoria. Ha conseguido una milagrosa victoria contra un enemigo que lo aterroriza y se burla de él: la temible e insolente virilidad islámica. Ésa que lo vuelve loco; la que hace babear a los falócratas. “Ellos le ponen velo a sus mujeres. Pueden tener cuatro. ¡Los muy canallas!” Hay que parar de mentirse. Los Blancos, cuando se regocijan del *coming out* del macho indígena, lo hacen a la vez por homofobia y por racismo. Como todo el mundo sabe, “el marica” no es del todo un “hombre”, de modo que el árabe que pierde su poder viril no será un hombre. *Y eso está bien.*

⁸ *Kboroto*: procede del dialecto magrebí. Califica, en un contexto de autorridiculización y humor, a un “árabe maleducado”. [N. de la T.]

Está incluso *demasiado bien*. Y de igual manera es muy tranquilizador. Está de más decir que, asimismo, el mensaje será captado, absolutamente, del otro lado, en lo periférico, no es de sorprenderse por la competencia viril y homofóbica que se instalará en el campo de enfrente y que sentirá un maligno placer de exagerar una sexualidad fabricada por la mirada colonial, en esa guerra solapada que libran fuerzas antagónicas e irreductibles. Pero, al final de todo, parece que en los círculos filantrópicos hay preocupación por nuestra suerte, por nosotras las chicas. ¿Eso es en serio?

Hermanas mías, estamos en el derecho de cuestionar, ¿no? ¿Por qué las mujeres blancas, y sobre todo las feministas, que tienen conocimiento fino del patriarcado, se han dejado regir por esta unión sagrada contra los muchachos de los suburbios? ¿Será que han sido embrujadas? Yo no lo puedo creer. La verdad es que, presas en un conflicto de intereses, ellas han privilegiado la solidaridad de raza. Como Le Pen, ellas prefieren su familia a su vecino... Mientras que los indígenas sabemos, desde los tiempos de *Pierre y Djemila*, que son escasos aquellos que quieren nuestro bien. No somos más que marionetas, instrumentos de la vanidad blanca. Ese baile de hipócritas tiene, sin embargo, una virtud: nos obliga a regresar a lo real y a reubicarnos. Nos fuerza a la lucidez. Espantemos los mitos, disipemos la niebla. Veamos a nuestros padres, a nuestros hermanos, veamos a las mujeres de nuestros barrios. Y observemos a las élites blancas. Y, después, redescubramos a nuestras madres, a nuestros padres, a nuestros hermanos. ¿Son ellos los enemigos? No existe una respuesta fácil a esta pregunta. Mentiría si respondiera con un no sincero e inapetible. Pero yo decido conscientemente decir no, porque mi liberación no será posible sin la de ellos. Yo digo, como Assata Shakur: "No podemos ser libres mientras que nuestros hombres estén oprimidos". No, mi cuerpo no me pertenece. Hoy sé que mi lugar está entre los míos. Más que un instinto,

es un planteamiento político. Pero, antes de convertirse en un logro consciente, ese regreso fue posible por una voluntad colectiva de sobrevivencia y resistencia. Mi conciencia es el producto de ello. Nuestro yo colectivo reaccionó creando su propio sistema inmune. ¿Qué será de Djemila —en la que nos convertimos nosotras— cuando, una vez pasado el tiempo del idilio, Pierre la deje para irse a otros cielos? ¿Qué será de su autonomía financiera? ¿En qué se convierte la mujer indígena, aislada y vulnerable, en una sociedad hostil que la discrimina, la exotiza y la instrumentaliza? ¿Encontrará refugio ante los suyos después de su traición? Algunas veces sí, y otras será un problema. Sea lo que fuere, ella sufrirá el oprobio. Entonces, ¿por qué correr ese riesgo? Ésa es la pregunta a la cual debemos responder, sobre todo cuando se es de condición baja. En otras palabras, como la mayoría de nosotros. Una amiga me decía: “Yo nunca he sido feminista. Jamás lo he considerado. Para mí, el feminismo es como el chocolate”. ¡Tiene razón! Reprocharnos no ser feministas sería como reprocharle a un pobre no comer caviar. Porque, ¿cuál es nuestro rango de acción entre el patriarcado blanco y dominante y el “nuestro”, indígena y dominado? ¿Cómo reaccionar cuando la estrategia de sobrevivencia del último consista en exponer sus pectorales, hacer alarde de su virilidad? Es a esta ecuación a la que nuestro yo colectivo ha debido responder. Un *yo* que ha comprendido, como si nada, el difícil compromiso entre la integridad, la salvaguarda del grupo y la liberación del individuo. Un compromiso entre los hombres y las mujeres indígenas, eso que unas hermanas africanas llaman “nego-feminismo”. En esta batalla, nosotras no hemos sido pasivas. Hemos hecho nuestra parte con los medios que hemos tenido a mano. Algunas de nosotras se han alejado de los hombres blancos; otras se han aproximado, no sin establecer sus condiciones; otras han exigido la conversión al islam; otras se han puesto el velo. Esto por muchas razones, que van

desde la búsqueda espiritual hasta la resistencia política, pasando por una fuerte consciencia de sí y de su dignidad. Porque, en definitiva, no somos cuerpos disponibles a la consumación masculina blanca. Y nos rehusamos a ser cuerpos explotables por la sociedad del espectáculo. Al mismo tiempo, reconstruimos los lazos con nosotras mismas. Nosotras pertenecemos a la "comunidad", y le aseguramos nuestra lealtad. ¿Es una paradoja pasar por la bendición colectiva? ¿Una puñalada por la espalda a la causa de las mujeres? No, es la condición para una emancipación concreta, porque es en ella donde está el desgarramiento perpetuo, el "*no man's land*" de la *beurette* o de la *black* desencarnada. Además, este margen de libertad negociada nos va a permitir tener un poco más de control sobre nuestras vidas. Es considerable y es mejor que nada. En este contexto, la dimensión "chocolate" del feminismo adquiere toda su fuerza: el hombre indígena no es nuestro principal enemigo. La crítica radical del patriarcado indígena es un lujo. Si un feminismo asumido había de ver la luz del día, no podía más que tomar los senderos sinuosos y empinados de un movimiento paradójico que pasara, obligatoriamente, por una alianza comunitaria. Al menos mientras exista el racismo.

Hermanas, comencemos por un acto de liberación. Un simple pensamiento. Aquel de adjudicarnos el derecho a esta pregunta: ¿tenemos, necesariamente, que adherirnos al feminismo? Y, entonces, ¿por qué es esta pregunta, en sí, una intolerable transgresión? Y, si así fuera, ¿piensan ustedes que es necesario inventar un feminismo nuevo? Yo prefiero permanecer prudente y examinar la cosa de cerca. Vivimos un momento complejo, y esa complejidad vuelve más difícil nuestra autodefinición. Sea como fuere, existe una necesidad de aclarar, de analizar para librar luchas adaptadas a nuestra condición de mujeres no Blancas del Occidente. En pro de las necesidades de nuestra causa, acepto utilizar el concepto

feminismo decolonial. Si bien no me satisface completamente, es un compromiso entre cierta resistencia al feminismo que hay aquí y en el Tercer mundo, y la realidad masiva y preocupante de violencias multidimensionales que nos son practicadas, violencias producidas por los Estados y el neoliberalismo.⁹ Considerémoslo como un arreglo entre la resistencia al feminismo, a sus formas occidentaló-centradas,¹⁰ y su penetración afectiva en los mundos no blancos, luego su adopción y, después, su reapropiación por una parte de nosotras. Es una gran obra. Comencemos por despejar el camino.

¿Es el feminismo universal y atemporal, un pasaje obligatorio para aspirar a la liberación, a la dignidad y al bienestar? No lo creo. Como todo fenómeno social, está situado en el tiempo y el espacio. Hay que saber comprender las condiciones de su origen. Primeramente, lo confieso, tengo un reclamo contra nosotras mismas: muy a menudo las feministas del Sur se enamoran del movimiento feminista. Se parte de que es un fenómeno superior. La subyugación es tal que las feministas musulmanas, por ejemplo, no dudan en hacer anacronismos históricos para inscribir el feminismo en la génesis de la historia islámica. Toda la dignidad del islam está, entonces, contenida en la capacidad de esas militantes de probar que es muy feminista en la letra y sexista en la lectura que de él ha hecho el patriarcado local. A partir de ahí, ellas están condenadas a demostrarlo y a permanecer prisioneras de los términos de un debate impuesto por otras. Ellas pecan por adhesión ciega al paradigma de la Modernidad, por la idea de que

⁹ A propósito, véase T. Bhattacharya, "Comprendre la violence sexiste à l'ère du néolibéralisme", disponible en [revueperiode.net].

¹⁰ El feminismo europeo es, evidentemente, plural. Puede ser de Estado, liberal, neoliberal, imperialista o, al contrario, radical, antiliberal, antiimperialista y antirracista. De lo que se trata aquí es de su versión dominante. [N. de la T.]

los conflictos de género actuales son en principio determinados por la naturaleza de sociedades islámicas y menos por las estructuras económicas y políticas globales y las relaciones Norte/Sur. Así, las sociedades en las cuales el movimiento feminista es inexistente o marginal son consideradas como poseedoras de un retraso civilizatorio. Según esta lógica, haría falta salir de ese retraso y trasplantarlo en los diferentes espacios/tiempos, haciendo caso omiso de las realidades socio-históricas y también geopolíticas de los países concernientes, del impacto de la Modernidad en las relaciones de género y en su transformación, pero asimismo descuidando las condiciones históricas de la aparición del feminismo, que lo hacen ser un fenómeno específicamente de Europa y, más ampliamente, de ese espacio geopolítico que llamamos Occidente.

Hermanas, seamos metódicas y hagamos nosotras las preguntas importantes. ¿Existe, verdaderamente, una conciencia feminista espontánea de las mujeres blancas? ¿Cuáles son las condiciones históricas que han *permitido* el feminismo? No se puede dejar de resituar las premisas de la *posibilidad* del feminismo en un momento geopolítico preciso, aquél de la expansión capitalista y colonial, hecha posible por el “descubrimiento de América”, y en otro momento fundacional, el de la Revolución francesa como condición para el surgimiento del Estado de derecho y del individuo ciudadano. La Revolución francesa convertida en promesa, la del reconocimiento de la ciudadanía universal plena, completa, que, evidentemente, no ha sido sostenida porque esa ciudadanía estaba, desde el principio, reservada a los hombres, pero devino horizonte posible para las mujeres porque, en adelante, gracias a los principios de la Revolución, iban a poder resolver la ecuación: si el individuo es un ciudadano y la mujer un individuo, entonces la mujer es una ciudadana de pleno derecho... Al feminismo le tomará mucho tiempo desarrollarse (su apogeo se ubica en los años 1970), pero será siempre contenido en el contexto de las de-

mocracias liberales, fundadas sobre la idea de la igualdad de los ciudadanos, y en las cuales las mujeres blancas han obtenido derechos, ciertamente por su propia lucha, pero *también* gracias a la dominación imperial.

La historia del Occidente [escribe Domenico Losurdo] está frente a una paradoja. La nítida línea de demarcación entre blancos, por una parte, y negros y piel rojas, por otra, favorece el desarrollo de relaciones de igualdad al interior de la comunidad blanca.¹¹

Interesante, ¿no? No olvidemos que en la época de la Revolución la trata de negros ya existía y que Francia era paríctipe de ese comercio. Los conflictos de interés “de raza” entre el Sur y el Norte no estaban fijados en esa época. Los pueblos del Norte que no eran todavía del todo “blancos” podían visualizar peligrosas convergencias con los pueblos colonizados. La Revolución francesa coincide con la Revolución haitiana e interactúa con ella. La gente sin recursos se manifiesta para pedir la abolición de la esclavitud, contra la “aristocracia de la epidermis”. Pero los Estados coloniales en vías de constitución supieron siempre, hábilmente, integrar ciertas capas del proletariado, y mujeres, a través de su brazo social y político. Es también así como la raza blanca fue inventada. Lo que quiero decir, hermanas, es que las sociedades europeas eran horriblemente injustas para con las mujeres (inmolaron a miles de “brujas”), pero que, gracias a la expansión capitalista y colonial, las blancas han mejorado enormemente su condición en detrimento de los pueblos colonizados. Entonces, dejemos de admirar exageradamente un mundo que no ha engendrado fenómenos políticos sino para resolver sus

¹¹ D. Losurdo, *El pecado original del siglo XX*, Barcelona, Oriente y Mediterráneo, 2015.

propias contradicciones, justificadamente o no, pero que no tienen nada que ver con vanguardia alguna iluminadora del mundo. ¿No es eso a lo que nos invitan James Baldwin y Audre Lorde?

A Baldwin, quien la acusa de culpar demasiado a los hombres negros, la feminista afroamericana responde:

“Yo no culpo a los hombres negros. Lo que digo es que es necesario que nosotras revisemos nuestras formas de combatir nuestra opresión común, porque si no lo hacemos, nos destruimos entre nosotros. Tenemos que comenzar por redefinir lo que es una mujer, lo que es un hombre, y cómo entablar nuestras relaciones”. Baldwin responde: “Pero eso exige redefinir los términos de Occidente”.¹²

“Pero eso exige redefinir los términos de *Occidente*.” Hermanas, ¿puedo proponer que prolonguemos la reflexión de Baldwin? La expansión del capitalismo por el mundo es lo que ha exportado los sistemas políticos, los conflictos que estructuran el mundo blanco entre la izquierda y la derecha, y entre progresistas y conservadores, los Estados-nación, las lenguas, los modos de vida, los códigos de vestimenta, las epistemologías, las estructuras de pensamiento... No hay ninguna razón para pensar que el feminismo se ha escapado de ello. Para mí, el feminismo, efectivamente, forma parte de los fenómenos europeos exportados. El poderío del imperialismo es tal que el conjunto de fenómenos que estructuran el campo político, económico, cultural occidental, es impuesto en el mundo con más o menos éxito: a veces chocan con la resistencia de los pueblos, a veces penetran como resbalados en mantequilla. Y se convierten en realidades. Informan y moldean lo cotidiano. Pero todos esos países tie-

¹² Entrevista cruzada, *Essence Magazine*, 1984.

nen historias específicas y, sobre todo, sistemas económicos y políticos específicos que determinan y dan forma, entre otras cosas, a las relaciones hombres/mujeres. Ustedes quizá lo sepan. Pero antes del “gran encuentro” con Occidente, había lugares en los cuales las relaciones de dominación de género no existían, había incluso regiones del mundo en las que el género femenino no existía.¹³ Había también regiones con un patriarcado local específico, es decir, uno no cristiano-centrado, y no necesariamente heterosexista. De hecho, antes de la gran noche colonial había una extrema diversidad en las relaciones humanas que no puedo romantizar, pero que no se puede ignorar. Como recuerda Paola Bacchetta:

Los colonizadores no sólo impusieron sus propias nociones de género y sexualidad a los sujetos colonizados. El efecto de tal imposición fue empeorar la situación de las mujeres y las minorías sexuales.¹⁴

Con un retroceso de cincuenta años, sabemos, particularmente gracias a los intelectuales descoloniales de América Latina que, si bien las independencias formales tuvieron lugar, la “colonialidad del poder” no ha desaparecido. En efecto, las jóvenes naciones liberadas han seguido el paso de sus viejos maestros, han copiado sus sistemas políticos sin distancia crítica, han adoptado las formas de los Estados-nación europeos, en particular las francesas, cuyos límites se habían experimentado, penosamente, durante las dos guerras llamadas mundiales, las formas de jurisdicción, de democracia, de

¹³ O. Oyewumi, *La invención de la mujer* [de próxima aparición traducido al español por Editorial en la frontera, GLEFAS, México, 2017].

¹⁴ P. Bacchetta, “Reflexiones sobre las alianzas feministas transnacionales”, en *El sexo de la mundialización, género, clase, raza, y nueva división de trabajo*.

relación con la ciudadanía, la libertad, la emancipación... Así, la diversidad de formas sociales dio lugar a una progresiva homogeneización. La diversidad desapareció o sufrió una metamorfosis. A menudo ha resistido y se ha recompuesto. Es esto lo que ha ocurrido en la mayoría de los casos. El feminismo como idea, pero también como forma de lucha, se vuelve a veces una realidad que hay que aceptar cuando las mujeres se apropian de él y lo redefinen, ya sea secular, islámico o articulado a las culturas locales, pero también hay que aceptar rechazarlo si las mujeres lo rechazan.

Es lo que sugiere Baldwin cuando condiciona la redefinición de la feminidad y de la masculinidad a una puesta en cuestión de Occidente. Y tiene mil veces la razón. No se puede pensar en el tipo de relaciones sociales, la familia, las relaciones de género o la sexualidad si no se piensa la naturaleza del Estado, y las relaciones Norte/Sur, el neoliberalismo y sus metamorfosis. Más aún, hay que cuestionar las nociones de igualdad, de emancipación, de libertad, progreso, e incluso negarse a estar conforme con el modelo liberal del individuo.

Hermanas, necesitamos un pensamiento global que visualice una alternativa a una civilización occidental en declive y que ha alcanzado su límite. Dicho en otros términos: no se pueden pensar el género y los tipos de relación hombres/mujeres, sin poner en cuestión de forma radical la Modernidad y sin una reflexión sobre la alternativa civilizatoria. No es combatiendo los síntomas de la violencia masculina hacia nosotras como vamos a transformar nuestra realidad, sino atacando las estructuras. En esta lucha, nuestra movilización, como mujeres no blancas, será decisiva. Ustedes me dirán que todo esto suena bien, pero que durante este tiempo nos asfixiamos.

Sí.

A la pregunta de "por qué ustedes no han presentado los cargos", la víctima negra de una violación responde a quien la entrevista, también negro:

Yo nunca he presentado los cargos porque quería protegerlos. No podría soportar ver a otro hombre negro en prisión.¹⁵

Eso es lo que provoca la rabia de Audre Lorde:

Resulta vital tratar sin descanso la cuestión del racismo, y del racismo blanco contra el pueblo negro, reconocerlo como un ámbito legítimo de investigación. Asimismo, debemos examinar la manera en la cual hemos absorbido el sexismo y el heterosexismo. Estas son las normas del dragón en el que hemos nacido, y debemos examinar sus distorsiones con la misma apertura e implicación que se movilizan contra el racismo...

Nuestras comunidades no pueden ahorrarse esa introspección. Los hombres deben aprender a respetarnos y comprender nuestro sacrificio, así como nosotras comprendemos la importancia de protegerlos.¹⁶ Ese debate entre nosotros es prioritario. ¿Y nos ocuparemos de ello?

James Baldwin continúa: "Las mujeres lo saben mucho mejor que los hombres". Audre Lorde: "Y ¿por qué? Por las mismas razones que hacen que los negros sepan lo que los blancos piensan. Es una cuestión de sobrevivencia".

Sí, nosotras sabemos más, y es por esa razón por la que nosotras somos mejores estrategias... o astutas, dirían otras personas. Nosotras sabemos, claramente, que nuestros hom-

¹⁵ "This sexual assault victim didn't report her rape because she wanted to protect me", *The Huffington Post* [http://www.huffingtonpost.com/gordon-braxton/this-sexual-assault-victim_b_5125310.html?utm_hp_ref=fb&comm_ref=false].

¹⁶ Sobre la noción de sacrificio, véase H. Boutelja, "Universalismo gay, homoracialismo y matrimonio para todos", Grupo Decolonial de Traducción [<http://www.decolonialtranslation.com/espanol/universalismo-gay-homoracialismo-y-matrimonio-para-todos.html>].

bres están igual de oprimidos que nosotras, bajo otras modalidades.

“¿Sabes lo que le sucede a un hombre cuando se avergüenza de sí mismo, cuando no encuentra empleo? ¿Cuando sus calcetines apestan? ¿Cuando no puede proteger a nadie? ¿Cuando no puede hacer nada? ¿Sabes qué le pasa a un hombre cuando no puede enfrentar a sus hijos porque tiene vergüenza de sí mismo? Eso no es como ser una mujer...”, dice James Baldwin. Y prosigue:

El hombre negro tiene un pene. Y ellos se lo han arrancado. Un hombre negro es un ***** cuando trata de ser un modelo para sus hijos y de proteger a su mujer. Es un crimen mayor en esta república. Y todo hombre negro lo sabe. Y toda mujer negra paga el precio por ello. Y, de igual manera, todo niño negro.

En Europa, las prisiones están rebosantes de negros y de árabes. Los controles del rostro no son, prácticamente, más que para los hombres, y ellos son los objetivos de la policía. Es ante nuestros ojos que ellos están disminuidos. Y somos nosotras a las que ellos intentan, desesperadamente, reconquistar, a menudo por medio de la violencia. En una sociedad castrante, patriarcal y racista (o sometida al imperialismo), *existir es existir virilmente*. “Los policías matan a los hombres y los hombres matan a las mujeres. Yo hablo de violación, hablo de homicidio”, dice Audre Lorde. Un feminismo descolonial no puede dejar de tomar en cuenta este “género en disputa” masculino indígena, porque la opresión de los hombres repercute, inmediatamente, sobre nosotras. Sí, sufrimos frontalmente la humillación que se les hace a ellos. La castración viril, consecuencia del racismo, es una humillación que los hombres nos hacen pagar a un precio muy alto. En otras palabras, cuanto más diga el pensamiento hegemónico que nuestros hombres son bárbaros, más frus-

trados van a estar, más nos van a oprimir. Son los efectos del patriarcado blanco y racista que exagera las relaciones de género en el ámbito indígena. Por ello, un feminismo descolonial debe tener como imperativo refutar, radicalmente, los discursos y prácticas que estigmatizan a nuestros hermanos y que, en el mismo movimiento, presentan como inocente al patriarcado blanco. Creo percibir que Lorde tiene conciencia de ello cuando le dice a Baldwin:

Resulta vital para mí ser capaz de escucharte, de comprender lo que te define, y para ti escucharme y comprender lo que me define. Porque por más que evolucionemos al interior de este viejo modelo, eso no le servirá a nadie, como nunca nos sirvió a nosotros.

Eso tiene implicaciones políticas y estratégicas. Significa que nosotros tenemos que emprender con los hombres una reflexión sobre la masculinidad, como a ello nos invita el muy lúcido Baldwin, cuando le dice a Lorde: “No hay ningún modelo de masculinidad respetable en este país. Parte del horror de ser negro en Estados Unidos es estar atrapado en el papel de imitación de una imitación”.

La trampa de la imitación. ¿No vemos ahí una de las numerosas dimensiones del fenómeno yihadista, tipo DAESH, que actúa como una fuerza contrarrevolucionaria? ¿No es en esa trampa en la que caen sus promotores y sus combatientes, en esa, la trampa de la tosca imitación? El Occidente colonial creía aniquilar la potencia viril de nuestros hombres. Y la multiplicó a su imagen. Hoy día, nos explota en la cara no sin la complicidad activa de algunas de nuestras pequeñas hermanas, no obstante programadas para convertirse en *beurettes*, pero que, ante la llamada la *yihad*, responden: ¡presente! Cuando sus hermanos se van a salvar el honor perdido, ellas

les siguen y, con ellos, reinventan un modelo de familia mitificado en el que los papeles están naturalizados pero son reconfortantes: los hombres hacen la guerra y las mujeres hacen los niños. Los hombres, sus héroes; las mujeres, las fieles penélopes que firman así la quiebra de un progresismo que ha vivido sin compartir el poder, un progresismo falsamente universal pero verdaderamente blanco, que no ha cesado de querer domesticarlos y esconderles el futuro: "No, nuestros hombres no son maricas", nos dicen ellas. Así, el ciclo se cierra.

De cara a esta urgencia de seguridad, no será suficiente implorar u oponerse a los grandes principios. Si nosotras debíamos tener una misión, esa sería destruir la imitación. Eso será un trabajo muy minucioso. Para ello, será necesario averiguar en la virilidad desbordada de testosterona del macho indígena la parte que resiste a la dominación blanca, canalizarla, al neutralizar la violencia contra nosotras para orientarla hacia un proyecto de liberación común. Esta masculinidad, en el fondo blanca, habrá que compensarla oponiéndole algo que lo valorice de igual manera. Eso se llama *respeto*. No es tan complicado, pero cuesta caro.

Yo creo que el sentido negro de la masculinidad y de la feminidad es bastante más sofisticado que el sentido occidental.

Queridas hermanas, ¿qué piensan ustedes de esta cita del hermano Baldwin? Yo la encuentro enigmática, porque parece engañosa, en tanto que nuestras vivencias contradicen esta afirmación. Pero siento que contiene un saber enterrado en nuestras profundidades. Está llena de un poder potencial e, incluso, de una promesa. Tengo ganas de creerla, pero habrá muy pronto quien me acusará de ceder a un patriotismo indígena. Pero no, no me importa, porque yo me decidí por el optimismo y el triunfo del amor revolucionario.

Nosotros, los indígenas

*El chance a las canciones, Francia tiene razón,
hay que darle un chance a las canciones,
hay que darle un chance a las canciones.*

Charles Trenet

Se cuenta que Josy Fanon sufrió un fuerte trauma el día en el que, en octubre de 1988, los estados mayores del ejército argelino ordenaron disparar sobre la multitud de manifestantes. Ella gritó: "Pobre Fanon, los Condenados están de regreso". Se suicidó el 13 de julio de 1989, apenas unos días después de la fiesta de Independencia.

Se cuenta que Marthe Moumié hizo el juramento de repatriar a Camerún los restos de su difunto marido, Félix Moumié, el célebre independentista, asesinado por los servicios franceses en Suiza, y enterrado en Guinea. En Conakry, ella se encontró con el guardián de un cementerio, quien le indicó el impreciso lugar de un ataúd, tirado en el suelo de un callejón, como si fuese basura. La tumba estaba profanada. La militante, que había dedicado su vida a la independencia de su país, se derrumbó. Moumié, ¿alguien habrá rezado por ti? Algunos años más tarde, ella sería violada y asesinada por matones. Algunos dicen que el poder quería liquidar a un mal testigo, otros dicen que no se trataba más que de un crimen canalla. Ella habría sido matada por los hijos de la Independencia... por dinero.

Se cuenta que Djamila Bouhired, la gran *moujahida*¹ adulada por todo su pueblo, no tiene medios para curarse. El Estado argelino, cuya caja estaba siempre llena —y del que se decía, además, que podía pagar la deuda francesa—, no cuidó de ella. Ella escribió una carta en la que se quejó de ese tratamiento indigno. Poco antes, el régimen había dejado arruinarse la casa familiar de Larbi Ben M'hidi, uno de los más ilustres mártires de la Revolución argelina, asesinado por Aussarresse. El mantenimiento de la casa, que se había convertido en lugar de peregrinaje, resultaba muy costoso.

Se me rompe el corazón.

Se cuenta que los archivos filmados, que datan de épocas coloniales, muestran soldados franceses ejecutando, fríamente, a indígenas a quemarropa. Y también se dice que en Francia, en el periodo poscolonial, los reporteros filmaron, casi en directo y ante millones de telespectadores, la ejecución de un joven de los suburbios que intentaba hacer explotar un tren. Se llamaba Khaled Kelkal.

Me siento mal.

Se dice que cada vez más descendientes de colonizados se vuelven hacia la banalización de la extrema derecha de Le Pen, quien los desprecia con pasión y jamás se arrepintió del uso de la tortura en Argelia.

Se dice que esos hijos de los inmigrantes querrán, cada vez en mayor número, cerrar las puertas de la inmigración a todos los migrantes que vienen a tocarlas a Europa, porque Francia no puede más “acoger toda la miseria del mundo”.

Se dice, asimismo, que un puñado de los nuestros toman las armas para matar a gente en las terrazas de los cafés, a ciegos, o a la salida de escuelas, entre las cuales hay judíos, hay niños.

¹ *Moujahida*: forma femenina de *moujahidin*, que significa “combatiente, resistente, de connotación espiritual musulmana”. [N. de la T.]

Me sofoco. Tengo la impresión de que una mano sádica me sostiene la cabeza dentro del agua y me impide recobrar el aliento. Cuanto más lucho, más acrecienta esa mano su presión.

Ya no hay escapatoria posible. Somos parte del problema.

Las larvas o los monstruos, el lacayo o el verdugo, el adulator o el kamikaze. Así es la alternativa que se nos ofrece. Hemos realizado la profecía blanca: llegar al no-ser, o a bárbaros. Nuestras complejidades y matices se volatilizaron. Hemos sido devastados, despojados de nosotros mismos, vaciados de toda sustancia histórica. Pretendemos ser eso que una vez fuimos, pero no somos más que caricaturas fantasmagóricas y desarticuladas. Juguetemos con retazos de identidad, dispersos, pegados con una goma de mala calidad. Nuestros propios padres nos miran perplejos. “¿Pero quiénes son ustedes?”, piensan.

Perdedores. Mi optimismo no renacerá sino sobre el sustrato de esta verdad última. *Nosotros somos perdedores* que moran sobre el osario de nuestros ancestros y contemplan, impotentes, la masacre industrial de los congolese, de los de Ruanda, Siria, Iraq. Somos *perdedores*. Será éste, o ninguno, mi punto de partida. Pero este renacimiento se niega a toda falsificación. Somos fugitivos y adoramos las fábulas que prolongan esta huida. Nos colgamos de pasados gloriosos. Pasados que idealizamos y que engrandecen artificialmente la estima que nos tenemos, a veces al punto de imitar a nuestros maestros y ser condenados no más que a pálidas copias, que no logran ser convincentes, ni con el refinamiento cultural ni con el crimen. Nos vamos al pasado a buscar la prueba de nosotros mismos. Ante la mítica civilización arabo-andaluza, única capaz de rivalizar con la supuesta grandeza de la civilización occidental, no somos más que hijos de *fellahs*,² venidos

² *Fellah*: campesino o labrador, no propietario de su tierra, en algunas zonas árabes. [N. de la T.]

de los aduares de Aurès o de Rif, y no del Egipto de los faraones. Hollywood ha hecho películas sobre Cleopatra pero no sobre Soundiata Keita, ¿no es cierto? Los muy pretenciosos rascacielos de Qatar, que rivalizan con los de Nueva York, son más agraciados a nuestros ojos que aquellos, ancestrales, de Sanaa, en Yemen. Y hay que ver ese orgullo patético que aflo- ra ante ese verso del Corán que trata del átomo. Ya que sin el átomo, base de la bomba nuclear, y sin la bomba nuclear, base de Hiroshima... *Hiroshima, mon amour*. Esta civilización de muerte es, para nosotros, un apoyo a lo cotidiano.

¡Siento piedad de nosotros! No tengo ni casa ni palacio. Ustedes tampoco. No soy ni duquesa ni marquesa. Ustedes tampoco. No tenemos ningún título nobiliario. No somos los hijos de papi, pero sí los hijos de nuestros padres y nuestras madres. Para la mayoría, ellos eran obreros, mano de obra, amas de casa o conserjes. Nacieron como condenados de la tierra y terminaron como inmigrantes, a partir del primer exilio, de los campos a las ciudades de sus propios países, consecuencia del colonialismo, y luego del segundo, de su país a Francia, consecuencia del colonialismo. Eso es todo. Y es suficiente para hacer de nosotros principales actores de una historia del presente de Francia. Es *a fortiori* que sabemos exactamente quiénes somos y qué queremos. Entonces, regresemos a nuestros viejos, es más digno que contarnos historias que funcionan como placebos y nos alejan de nuestro destino.

Durante esa época, el discurso oficial no se ocultaba. La inmigración obrera era muscular. Se importaban brazos para las necesidades de la reconstrucción de posguerra. En Europa, los brazos estaban ocupados en reconstruir sus propios países. Los empresarios fueron a buscar al Magreb, a África subsahariana, a las Antillas. La derecha lo hará sin complejos, la izquierda admite de buena gana su explotación, pero evade las consecuencias.

La voz: No seamos demasiado severos para con nosotros mismos. ¿No es Francia también una oportunidad para el inmigrante?

El inmigrante iba a encontrar, finalmente, el Santo Grial. Iba a poder reivindicar sus derechos. Cuando desembarcó en Marsella, se encontró cara a cara con ella, la democracia. La abordó, se agachó y encontró los derechos del hombre, se volteó a la derecha, se dio un golpe con la libertad. Y, cuando tomó a la izquierda, se tropezó con la fraternidad. Aún no lo sabía pero, algunos decenios más tarde, habría de darse el encuentro último. El encuentro con la laicidad que iba a completar la integración de su progenie. Por esa época la laicidad se hacía desear, se escondía. No había que mimar mucho al inmigrante. Si se le hubieran dado todos estos valores de un solo golpe no habría sabido qué hacer con ellos. Se debía, en principio, a los impuestos que él tenía que pagar: para empezar, el impuesto del sudor, del trabajo en cadena, de los turnos laborales, de la mina, del taladro. Tenía que probar sus competencias, cumplir su destino de burro diez horas por día, cinco días por semana, durante treinta o cuarenta años. Porque los valores de Francia se heredan o se merecen. Y después, si era elegante, el inmigrado sabía dejarse morir antes de jubilarse.

Pero, ¡hagan callar a esos charlatanes! Es el blues de nuestras canciones lo que cuenta mejor del inmigrado.

“Oh, avión, llévame en vuelo”³

Oh, avión, llévame en vuelo hacia la Argelia querida de mi corazón. Oh, avión, llévame en vuelo hacia los míos. Oh, avión, mi corazón está atormentado, mi nostalgia es consu-

³ “El Ghalia”, título original “Ya tayyra tiri biya”, traducción al francés de la autora.

mida por las llamas. Llévame a divertirme a Argel, y a visitar a Sidi Abderrahmane. En el exilio no he encontrado más que pena. Cada día mis sufrimientos aumentan. Oh, avión, llévame a Orán, a visitar el país de Sidi el Houari. Oh, avión, el exilio es triste. Pobre de aquel que está lejos. Llévame a Constantine, a visitar el país de Sidi Rached. Oh, avión, el exiliado vive en el servilismo, mientras que su país es luminoso y alegre. Llévame a pasearme por las montañas cabiliás, de Tizi-Ouzou hasta Bejaïa. Oh, avión, se tierno conmigo. Comprende las penas del exilio. ¡Qué maldición! Llévame a Batna, a casa de los Chaouis, a Annaba y a Sétif. Oh, avión, llévame en vuelo a la Argelia querida de mi corazón, llévame hacia los míos.

“Yo no soy de aquí”⁴

Yo no soy de aquí, no soy de aquí. Es el destino el que me trajo. Deseo que por lo menos las torturas del exilio me dejen algo. Una flauta larga, una larga flauta ha herido mi corazón y mi alma. La angustia se prolonga, no veo su final. La melancolía, el sufrimiento, sus días, espero verlos huir. Si yo tuviese alas, alzaría vuelo y los encontraría a ustedes. Si tuviese alas iría adonde estuvieran. Mi corazón sanaría, sólo ante ustedes yo encuentro paz. Yo no soy de aquí, es el destino el que me trajo. Tú, que vas hacia allá, me frustras. Quiero visitar mi país y pasearme por cada esquina. Yo no soy de aquí. Mi país está lejos. Nostálgico, mi corazón está triste. Si me encontrara con los míos sería feliz.

⁴ “Nora”, título original “Manicb menna”, traducción al francés de la autora.

“Oh Francia, oh Francia, ¿qué le has hecho a las personas?”⁵

Yo dejé mi país libre, como una estrella reluciente, me fui al país de los impíos, al país de la oscuridad. Cuando tomo la palabra, mi lengua da siete vueltas en la boca. Ellos no tienen ni orgullo ni dignidad, y sus mujeres, en las calles, caminan libres y despreocupadas. Me hago mal con este exilio que juro no prorrogar. El árabe, en la tierra de ellos, es miserable, no valdrá nunca nada, aunque fuera el coronel Bendaoued.⁶ Oh Francia, oh Francia, ¿qué le has hecho a las personas? ¿Qué le has hecho a las personas? Sólo te gustan los inmigrantes con pico y pala. Cuando había trabajo, ¡cómo amaban a los morenos! Nos daban el trabajo sucio, las alcantarillas y las escobas. Oh Francia, oh Francia, ¿qué le has hecho a las personas? Ahora que ya no hay trabajo, nos dicen que se acabó. Regresen a su pueblo. Oh Francia, oh Francia, no te gustan los árabes más que con pico y pala. Enviaron a la policía y a los CRS.⁷ Dijeron “despidan a los árabes, así sean inmigrados o estén de vacaciones”. Oh Francia, oh Francia, ¿qué le has hecho a las personas? Ahora que hay desempleo nos desprecian. Han olvidado la fábrica, las excavaciones, la mina. Oh Francia, oh Francia, ¿qué le has hecho a las personas? Los chismosos se ríen de nosotros hasta babear, la cabra bala y el asno rebuzna. Oh Francia, oh Francia, ¿qué le has hecho a las per-

⁵ “Zadi el Batni”, título original “Ya Franca, ya Franca”; traducción al francés de la autora.

⁶ Ben Mohamed Bendaoued (1837-1912) fue uno de los primeros oficiales musulmanes en el ejército francés antes de ser naturalizado francés. Hay un proverbio de Argelia que se refiere a un incidente en el que se le negó besar la mano de una dama de la alta sociedad francesa: “Árabe, seguirás siendo árabe aunque te llames coronel Bendaoued”. [N. de la T.]

⁷ CRS: Compañías Republicanas de Seguridad, fuerzas de la Policía Nacional francesa. [N. de la T.]

sonas? La policía llega a la plaza. No hay trabajo, ni tráfico, ni negocios.

“Como pan y agua”⁸

Yo como pan y agua, pero mantengo la cabeza alta. Oh, hijo mío, oh, hijo mío, cuánpreciado me es mi país. Puedo soportar las carencias y el hambre, pero no la humillación. Oh, hermanos míos, hermanas mías, oh, mis hermanos y hermanas, los franceses me repugnan. Es verdad que no tengo más que un abrigo, pero no quiero que me llamen *bicot*.⁹ Oh, Dios mío, mi fe es mejor que la de ellos. A esos que critican el país que se los lleve el río. Oh, mi país, oh, mi país, nadie me engañará. Sé que tengo los bolsillos vacíos, pero con mi dignidad soy igual a ellos. Es el Houari (Boumediene) que me educa. Yo trabajo el decimosegundo y decimotercer mes y traigo mi dinero. Soy un argelino astuto. Yo como pan y agua pero tengo siempre la cabeza alta. Oh, hijo mío, oh, hijo mío, cuánpreciado me es mi país.

“Llego”¹⁰

Donde los franceses ya no hay más pan para el árabe, no hay espacio. Se han vuelto contra los morenos. Parece que han enviado de vuelta en express a uno en féretro. Yo llego, llego, prepárenme un té. París y Marsella, se acabó. Jaurès y Barbès, se acabó. No más trabajo, no más paseos. La policía acecha con los CRS. No tengo cédula ni nómina de pago. Yo llego, llego, prepárenme un té. París y Marsella, oh, madre,

⁸ “El Mazouni”, título original “Nakoul et khobz ou el ma”, traducción al francés de la autora. [N. de la T.]

⁹ *Bicot*: palabra despreciativa y racista para un africano del norte, que equivaldría a ciertas en español como “meteco”. [N. de la T.]

¹⁰ “El Mazouni”, título original “Rami Jay”, traducción al francés de la autora.

se acabó. Los franceses en su oficina, eso vale para ellos. Al francés en su oficina le va muy bien. El árabe es barrendero. Veinte años exactos de arduo trabajo en un país extranjero. Todo se ha ido en el alcohol, no he hecho nada bueno. Yo llego, llego, prepárenme un té. París y Marsella, oh, madre, se acabó. La patria es mejor que la vida en el extranjero. En casa no tenemos gente miserable. ¡Que viva Sétif, Bel Abbès, Túnez y Mequinez! Nuestro Magreb está siempre vivo. Donde los franceses no hay más pan para el árabe, no hay espacio. Se han vuelto contra los morenos. Parece que han enviado de vuelta en express a uno en féretro.

Explotación, injusticia, pasado colonial, crímenes policiales, humillación, desprecio, desarraigo, racismo, “racismo desdentado”, angustias identitarias, nostalgia e idealización del país, refugio en el islam, relación trastornada con las mujeres blancas. Son muchos, aquellos autoproclamados expertos, sociólogos de bazar, antropólogos por dos pesos, que pretenden encontrar la clave de nuestros misterios en la interpretación del Corán y de los pliegues de nuestras famosas costumbres fósiles; entonces, la mayor parte de nuestros secretos están en nuestras canciones, precisamente ahí mismo, al alcance de la mano, en esos fragmentos de la memoria inmigrada. Recuerdo un día en el que mi padre me dijo que no olvidaría jamás a ese amigo de la familia que lo recomendó en esa empresa que lo iba a contratar. No puedo contradecir a mi padre, a él, que conoció el hambre y la pobreza. Francia era nuestra salud, y la de la familia más cercana que se quedó en Argelia y que mi padre nutrió durante tres decenios con su salario miserable. Argelia nos traicionó. No nos ofreció ninguna perspectiva a pesar del sueño de nuestros padres de regresar. Ése será nuestro eterno dilema: quedarse y sufrir humillación, irnos y pasar hambre. Pero, si se le hubiera preguntado, mi padre hubiera dicho que siempre preferiría a

su madre antes que a Francia. También era por ella que había escogido el exilio. Ella murió, él estaba separado de ella por un mar y por su condición de indígena. Él la encontró de nuevo de forma prematura, lo mató su trabajo. Nos dejó haciendo de nosotros inmigrados de por vida y aprovechadores.

“No es porque Houria está bien vestida que está limpia.” La maestra nos daba una lección sobre las apariencias y nos enseñaba a no fiarnos. Yo estaba en la primaria, debía tener ocho años. Ese día aprendí que el “hábito no hace al Blanco”. Mi maestra dio en el clavo y nunca cicatricé. Se tiene la patria de la infancia, ¿no? Mis viejos lo supieron y prometieron lavar la afrenta. Algunos años más tarde, entramos en la gran escena, todos juntos, como príncipes.

Tuve mi revancha.

Empezamos quinientos pero, por un rápido refuerzo, llegamos a cien mil. Eso pasó en 1983, en la marcha por la igualdad y contra el racismo. Inundamos París y nos impusimos, por primera vez, en la escena política. Y no la dejaremos más. Pero, ¿quiénes son ellos?, ¿dónde estaban escondidos?, ¿de dónde vienen?, se preguntan en los salones, los departamentos de redacción, las organizaciones políticas. De las barriadas, de las ciudades de tránsito, de los barrios populares de Marsella, Lyon, Lille y París. “No somos la presa de la policía.” Ése era nuestro grito reivindicatorio. Alrededor de nuestro cuello ya llevábamos el *keffieh*¹¹ palestino, para rememorar las masacres de Sabra y de Chatila. Fue una catástrofe para la izquierda socialista, que estaba por negociar su giro liberal y que nos vio, impetuosos, como un riesgo de refuerzo y radicalización de la extrema izquierda. Mitterrand preparaba su gran traición: el abandono al proletariado blanco por el bien de la socialdemocracia. También fue una catástrofe para el *lobby* proisraelí, obligado así a conocer sus primeros sudores helados. Hasta inicios

¹¹ *Keffieh*: pañuelo distintivo de la lucha palestina. [N. de la T.]

de los años 1980, bajo los cielos protectores de la República francesa, el sionismo se llevaba como un encanto y corrían tiempos felices. Se paseaba por los bulevares. ¿No era Israel un proyecto socialista? Pero, ¿quiénes son esas cucarachas, sin complejo alguno ante el genocidio nazi, sin dudas, sin aparentar aflicción? Decenas de miles de *bicots*, que escapan a todo dispositivo moral que enmarca a los bienpensantes blancos y traza el camino de la izquierda blanda. Así, apareció un nuevo fenómeno: la emergencia de un cuerpo político indígena. ¿La *Shoah*? El sujeto colonial conoció decenas. ¿Los exterminios? A gogó. ¿El humo, las redadas? Muchos. El indígena no es sujeto de emociones teledirigidas. Después de todo, las independencias estaban frescas, tenían menos de treinta años.

La marcha por la igualdad “marca una ruptura”, escribe Abdelmalek Sayyad. Aparece como el primer evento desde Mayo del 68, porque “llevó la inmigración a la existencia política. Y esa existencia política cuestionó la república misma, construida sobre la negación de la existencia política de los indígenas. La movilización de decenas de miles de indígenas [...] cambió en la práctica ciertos asideros fundamentales del pacto republicano. La Nación francesa, sus perfiles culturales, su identidad etnocentrada, su relación con el mundo, las fronteras de la ciudadanía que instauró, atropelladas por los colonizados del exterior treinta años antes (con las independencias), sufrió el choque de la irrupción de los colonizados del interior en la escena política, en diciembre de 1983”, explica Sadri Khiari.¹² Igualmente doloroso que eso ha podido ser lo que experimentaron los degollados por la bandera y los aduladores de una Francia eterna y gala, el mensaje estaba claro: Francia no será nunca más como en las

¹² S. Khiari, *La contra-revolución en Francia. De De Gaulle a Sarkozy (La contre-révolution coloniale en France: de De Gaulle à Sarkozy)*, cit.

películas de Fernandel.¹³ Nuestra presencia en suelo francés africaniza, arabiza, berberiza, criolliza, islamiza, ennegrece a La primogénita de la Iglesia,¹⁴ otrora blanca e inmaculada, con la seguridad del oleaje que pule los bloques de granito con pretensiones de eternidad. Nosotros transformamos Francia. Dicho de otra forma, ella se integra a nosotros. Dicho en otros términos, nosotros participamos en la elaboración de la norma identitaria y, con ello, en el cuestionamiento del pacto republicano, que es también un pacto nacional-racial. Nos convertimos en actores políticos. Y nuestra existencia amenaza al poder. No lo sabíamos, pero éramos peligrosos. Peligrosos pero muy inofensivos. Sí, inofensivos por amnésicos. Hemos estado embriagados por nuestras victorias, esas independencias heroicas que les hemos arrancado a precio de ríos de sangre. Esa sangre valía la libertad de por vida, pensábamos. De ahí en adelante, no había que luchar *más que* por la igualdad. Hoy resulta risible, porque comenzamos a comprender que somos indisolubles en la identidad blanca y cristiana, pero también porque el proyecto igualitario no era más que un proyecto integracionista, que ambicionaba hacer de nosotros franceses “como los otros”, en el marco de la nación imperialista. Se pasó la página demasiado precipitadamente, al punto de que nosotros nos autodesarraigamos de nuestra historia de luchas y del Tercer mundo. “Toda revolución está acompañada de una contrarrevolución. Es casi una ley de la historia”.¹⁵ El colonialismo se metamorfosea, se ha adaptado, y ha conti-

¹³ Fernandel (1903-1971) fue un actor, comediante, cantante y director francés conocido por sus papeles cómicos y su descripción de la vida rural del sur de Francia. [*N. de la T.*]

¹⁴ “La primogénita de la Iglesia” se llama a Francia por la conversión al catolicismo del rey de los francos, Clodoveo, en 496.

¹⁵ S. Khiari, cit.

nuado desplegando sus tentáculos. Han surgido nuevas palabras: “ayuda al desarrollo”, “ayuda humanitaria”, “derecho de injerencia”, “no toque a un compañero” (sos Racismo)... Apenas estábamos digiriendo nuestras victorias cuando ya éramos acunados por las palabras de la ideología *soft*.

Debimos haber escuchado al padre de *Georgette*!:

—Tú bromeas, hija... ¡Pero ignoras lo que te espera! Si me escuchas, te prevengo... Había un militar que llevaba el nombre de su padre: Bendaoued. Era de familia adinerada. Hizo sus estudios y entró en el ejército hasta alcanzar el grado de coronel. Un día hubo un problema en su trabajo con un soldado, que llevaba el nombre de su país: Lefrançois. Ambos, cara a cara, tuvieron que presentarse ante el tribunal militar. Y el tribunal le dio la razón al soldado. El coronel no creía lo que veían sus ojos: ¿cómo podía ser posible decirle que estaba equivocado? ¿No era él coronel?

—Y, después, ¿qué hizo?

—Se suicidó... Entonces, mi pequeña gatita, eso sucede si te atienes a las palabras. He ahí lo que te sucede si esperas que te miren.¹⁶

Lo que dice el papá de *Georgette* es lo que los antillanos ya sabían, íntimamente, hace cuatro siglos. Ellos son “franceses” hace cuatrocientos años, pero a todo italiano, portugués o polaco le sería suficiente una sola generación para llegar a ser un *verdadero* francés, mientras que esa dignidad será siempre rechazada, en los hechos, a los viejos deportados africanos que se quedan, relegados, en el Hexágono, o en el polvo del imperio que son los Caribes, como si fueran visitantes de por vida. Demasiado mestizos, no suficientemente blancos.

¹⁶ Belghoul, *op. cit.*

Lo que dice el papá de Georgette es lo que los *barkis*¹⁷ y sus hijos han experimentado con dolor, y es con lo cual han luchado hasta hoy. Sea cual fuere su adhesión al proyecto de la Argelia francesa (voluntaria o por coerción), los *barkis* no llegaron nunca a ser franceses, un lujo que sólo los europeos podían darse. La historia no miente. El hombre del 18 de junio¹⁸ los abandonó y los entregó desarmados a los independentistas argelinos. En cuanto a la metrópolis, ésta los estacionó en reservas con sus hijos. Demasiado árabes para ser franceses. Demasiado indígenas para ser blancos. Lo que dice el papá de Georgette es que si los *barkis*, que se sacrificaron por la idea de Francia, no lograron llegar a ser blancos, y sus hijos nunca, hasta hoy, han sido “integrados”, ¿qué será de nosotros? Lo que dice el papá de Georgette es que entre los Blancos y nosotros está la raza. Es constitutiva de esta república. Se ubicará siempre entre nosotros. Si debíamos sobrevivirle, eso no será posible contra sino con los hijos de los *barkis*. Eso supone que ellos identifiquen la república colonial como su principal verdugo, y que nosotros hagamos lo que corresponde. El problema *barki* no será jamás un problema argelino. Tiene una nacionalidad. La del general De Gaulle.

Hermanos, ¿se acuerdan de que el líder de la marcha era hijo de un *barki*? ¿Sí? En ese caso, continuemos.

Hablan los partisanos del Black Power: “La ausencia total de poder engendra una raza de mendigos”.¹⁹ Eso es lo que nosotros somos, y así nos quedaremos si no nos decidimos a tomar partido por nosotros mismos, a pensar en el poder, en la

¹⁷ *Harkis*: soldados indígenas musulmanes que, en tiempos de la Argelia colonial, estaban comprometidos con el ejército francés en unidades llamadas *barkas*. [N. de la T.]

¹⁸ Se refiere a Charles de Gaulle. [N. de la T.]

¹⁹ Eclesiásticas negras del Consejo Nacional de Iglesias, *New York Times*, 31 de julio de 1966.

estrategia y los medios para alcanzarlo. Nosotros seremos mendigos mientras no nos decidamos a romper con nuestros tutores, esos que deciden por nosotros, sin nosotros y contra nosotros. Seremos mendigos mientras aceptemos como universales las divisiones políticas que dividen el mundo blanco y a través de las cuales ellos conciben los conflictos sociales y las luchas que engendran. Seremos mendigos mientras permanezcamos prisioneros de su filosofía, su estética y su arte. Seremos mendigos mientras no cuestionemos su versión de la Historia. Asumamos la ruptura, la discordia, la discordancia. Arruinemos el paisaje y anunciemos nuevos tiempos. Decidamos no imitarlos, inventar y nutrirnos de otra parte. Si nos dicen 1789, ¡respondamos 1492!

Adoptemos el punto de vista de los indígenas del continente americano. ¿Qué nos dicen? Al contrario de la izquierda blanca, que explica el mundo a partir de eso que llama expansión capitalista de Europa hacia las Américas, esos indígenas dicen que no se trata solamente de un sistema económico, al que han visto arrasarlos, sino de una globalidad caracterizada por el capital, la dominación colonial, el Estado moderno y el sistema ético que le es asociado, es decir, religión, cultura, lenguas. En otros términos, en 1492, eso que se impuso en las Américas es, antes que un sistema económico, una civilización: la Modernidad.²⁰ Nos dicen expansión capitalista, por lo tanto lucha de clases sociales, nosotros respondemos: expansión colonial, por lo tanto lucha de razas sociales.

²⁰ R. Grosfoguel, "Decolonizing Post-colonial Studies and Paradigms of Political-Economy: Transmodernity, Decolonial Thinking and Global Coloniality", *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 1, vol. 1, 2001, pp. 1-37 [<http://dialogoglobal.com/texts/grosfoguel/Grosfoguel-Decolonizing-Pol-Econ-and-Postcolonial.pdf>].

Las palabras. Existen sus palabras. Y existen nuestras palabras. Las nuestras tienen cualidades mágicas. Nos deshipnotizan y nos liberan de venenosas herencias.

“Indígena”. “Blanco”. “Raza social”. “Campo político blanco”. “Colonialidad del poder”. “Poder indígena”. “Mayoría decolonial”.

Nosotros, que nos comprometemos con la lucha descolonial, nunca hemos sido tan libres como desde que esas palabras han venido a nuestro encuentro. Desde entonces sabemos quiénes somos, dónde nos situamos, conocemos nuestras debilidades, sabemos de nuestra fuerza. Somos los *indígenas de la República*. Reinamos sobre un territorio político que hemos conquistado por allanamiento. Desde entonces suscitamos rabia, violencia, miedo o respeto. Pero paternalismo jamás. Nadie abre el pico para hablarnos de integración. Y, por intuición, voltean siete veces la lengua en la boca antes de dirigirse a nosotros. Oh, hay siempre una vulgaridad a punto de escaparse de una boca aventurera o mal entrenada. Pero, en nuestra presencia, los prejuicios y el paternalismo se hacen pequeños. Cuando avanzamos, ellos se alejan. Declararse indígena es una victoria contra el “indigenato”.²¹ Pero es, en principio, una victoria contra sí y contra el propio narcicismo. ¿No se deshizo Malcom del apellido “Little” para sustituirlo por “X”, prueba de su intransigente lucidez? La pereza —o la comodidad— nos hace preferir la consigna “¡Black is beautiful!”. ¿Por qué no? Pero, ¿por qué no quemar esa etapa? Otros lo han hecho antes que nosotros, otros lo han hecho *por nosotros*. Recojamos todas esas flores que se esparcen por nuestro suelo. Por supuesto que *black*, árabe, musulmán y roma *is beautiful*. Es una etapa de nuestra conciencia, pero

²¹ *Indigenato* se refiere al estatuto legal del Imperio francés usado hacia colonizados en sus colonias. Se refiere a que los sujetos racializados todavía viven bajo esta condición en Francia. [N. de la T.]

“black is —en primer lugar— political”. Así como “indígena”. Son palabras que dicen: “Nosotros no queremos jugar más el juego *de ustedes*. De aquí en adelante, jugaremos el *nuestro*”.

Pero ese juego será político o no será.

En Francia, en Europa, en Occidente somos *indígenas de la República*. Para el Tercer mundo somos blancos. La blanquitud no es una cuestión genética. Es relación de poder. Ya nuestros hermanos, a quienes hemos abandonado por ahí, nos miran de reojo. No podremos escondernos por mucho tiempo más detrás de nuestro dedo. Debemos asumir nuestra parte en el crimen. Dicho de forma eufemística, nuestra integración. Ciertamente nuestra historia, nuestras ataduras, nos vuelven más sensibles a la causa del Tercer mundo, más espontáneos, en tanto nuestra suerte aquí depende de la suerte de los pueblos del Sur, con los cuales se nos equipara. Pero una parte de nosotros se ha aburguesado y defiende sus pequeños privilegios de indígenas aristócratas contra esos piojosos del “interior”, que fuerzan las puertas de Europa y que nos avergüenzan. Somos cómplices de la explotación del Sur. Dichosamente fuertes bajo sus cielos, no gustan de nosotros. No hay ningún futuro aquí para los “coroneles Bendaoued”. ¿Y si nos aprovechamos del racismo para inventar territorios políticos nuevos? ¿Y si nos aprovechamos del “fracaso de la integración”? ¿Me atrevería a decir, incluso, que es necesario felicitarse por el fracaso de la integración? El territorio de nuestros opresores es movedizo. Cuando la nación se desangra, ellos inventan Europa, y cuando Europa se desangra, ellos encuentran refugio en la blanquitud cristiana, que sirve como geografía política y se expande hasta Estados Unidos y Australia. Si hubiese que imitar a los Blancos, la oportunidad es ahora o nunca para desplegarse más allá de las fronteras de la Nación e ir a buscar nuestras solidaridades en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Portugal o en Australia. Porque con los sujetos coloniales de las metrópolis coloniales formamos ese grupo de condenados del

interior, a la vez víctimas y explotadores. Sería inconveniente confundirnos con el gran Sur, porque hay, objetivamente, conflicto de intereses entre ellos y nosotros, debido a la redistribución parcial del saqueo, pero también a que nuestras vidas están más protegidas, a que los ejércitos extranjeros no hacen la ley entre nosotros y a que nosotros no tenemos bombas que nos caigan sobre la cabeza. No tengo lecciones que darles, pero los pueblos del Sur deben parar de mirar hacia el Norte y en su lugar buscar privilegiar las alianzas Sur/Sur. Si es verdad que los conflictos de intereses, las fracturas y divisiones (entre Estados-nación, étnicos, religiosos, de género, de color) son numerosos en sus países, existe una unidad de condición de la mayoría de los pueblos del Sur, que sufren una violencia doble: la militar, política, económica y cultural del Occidente, y la autoritaria y dictatorial de sus propios gobernantes. En cuanto a nosotros, formamos una unidad histórica y social en el Norte. Nos corresponde hacer una unidad política.

Pero, me dirán, se puede imaginar que el pueblo colonizado pueda reconstruir esta unidad rota e integrar sus nuevas experiencias, nuevas riquezas, en el marco de una nueva unidad que ya no será la unidad anterior, pero que, sin embargo, será una unidad.²²

¿Es posible reanudar Bandung y recrear un tipo de Conferencia Tricontinental al interior de Occidente? Ya veo mo-fas y habladurías sobre la Quinta Columna. Dejémoslos con sus sarcasmos y concentrémonos en nuestro horizonte. ¿Quién mejor que nosotros podría convertirse en fuerza de propuesta? ¿Quién mejor que nosotros puede coaccionar, con el juego de relaciones de fuerza, a los Blancos antirracistas y antiimperialistas para combatir las políticas imperialistas

²² A. Césaire, "Cultura y colonización" en *Discurso sobre el colonialismo*, cit.

y neoliberales de su país, ayudar a descolonizar sus organizaciones, y renunciar a dictar cuál es la mejor forma de lucha? ¿Quién mejor que nosotros puede crear las condiciones para las grandes alianzas entre los pueblos del "Tercer mundo" dentro de Occidente y el proletariado blanco, para resistir la tercer-mundialización de Europa? El conjunto de enfoques podría emparentarse con una *división internacional del trabajo militante*: en el plano nacional, con un internacionalismo doméstico, y en el plano internacional, con un internacionalismo descolonial, para contener los efectos devastadores de la crisis del capitalismo, que es, también, una crisis civilizatoria, y, así, participar en la transición hacia un modelo civilizatorio más humano, simplemente dicho.

Para llegar ahí, será necesario deshacernos de nuestra ideología espontánea: el integracionismo.

Todo joven negro americano que escribe, se busca y se experimenta y, algunas veces, en su mismo centro, en su propio corazón, encuentra a un Blanco que debe aniquilar.²³

Quien habla es un hermano blanco. Jean Genet. Tiene razón pero, ¿por qué nos dice eso? ¿Será filantropía pura de su parte? Escuchémoslo con atención. Él nos lo implora. Nos pide ayuda. Aniquilar al Blanco que está en el centro de nosotros mismos es aniquilar al Blanco en el centro de él mismo. Él sabe que somos los únicos que podemos librarlo de ello. Es lo que los partisanos del Black Power ya sabían:

Nuestra situación es la siguiente: la consciencia impotente se une al poder inconsciente y amenaza, así, los fundamentos mismos de nuestra nación.²⁴

²³ J. Genet, prefacio a *Los hermanos de Soledad*.

²⁴ "Eclesiásticas negras del Consejo Nacional de Iglesias", *New York Times* (31 de julio, 1966).

La locura de los occidentales se volteará, fatalmente, contra ellos —bajo la forma de violencia económica o terrorista—. Los grandes líderes de la Europa de los mercados no han dudado en despedir a Grecia como se despide a un vulgar lacayo. Ellos iniciaron, con una tranquilidad desconcertante, la tercer-mundialización de quienes consideran la cuna de la civilización y, con ello, de toda Europa. Así, nuestra misión (¿civilizatoria?) no será concluida si no respondemos a la súplica de Genet. Aniquilar a ese Blanco en el fondo de nosotros es librarlo a él, es preparar el “gran reemplazo”. El Humano en el lugar y el espacio del blanco, el Humano en el lugar y el espacio del negro. La dignidad de Genet está en juego. ¿Comprendemos su súplica?

Pero, ¿qué ofrecerle a los Blancos a cambio del “salario de la blanquitud”? Es una cuestión abierta, a la cual Genet responde sólo la mitad. Él se sabía liberado por nuestra lucha, pero la mayoría de Blancos, que harán cálculos a muy corto plazo, se sentirán amenazados. Para nuestro infortunio, el desarrollo de una fuerza política decolonial reforzará las franjas más racistas y reaccionarias. Incluso éstas serán galvanizadas. Las fuerzas nacionalistas verán en ello la confirmación de sus fantasmas y nos van a instrumentalizar para reforzar la resistencia blanca navegando sobre el miedo del imaginario colonial, disponible y vivaz. Será necesario anticipar ese momento, porque el resto del campo político blanco, en el cual se encuentran nuestros aliados, desplegará, entonces, todas sus fuerzas para intimidarnos. Dirán: “Ustedes le hacen el juego al Frente Nacional, tienen toda la responsabilidad de sus progresos electorales”. Este chantaje será permanente, pero habrá que mantenerse y responder sin escrúpulos: “Ustedes le hacen el juego al Frente Nacional si no optan, de una vez por todas, por los barrios populares y la inmigración. Ustedes tienen toda la responsabilidad de los avances de la extrema derecha. No haremos ninguna concesión. Será el paraíso o el

infierno para todos". Entonces, caminaremos sobre un hilo, porque la amenaza será real. ¿Nuestra acción va a reforzar el campo político blanco o, por el contrario, lograremos quebrarlo y construir una mayoría descolonial? Está en nosotros encontrar el "ofrecimiento" que convenga. Éste debe contener, al menos, una promesa: la paz. Seguramente, ése será el bien máspreciado, pero, ¿estarán ellos lo suficientemente conscientes para hacer de él su principal objetivo político? Es un reto. Pero ellos se obstinan en traficar con esa palabra, en corromperla y en perderla en los pantanos de la mala fe, o de la buena conciencia, entonces serán responsables de todo aquello que les sobrevendrá, porque, como todos sabemos: donde no hay paz, no hay justicia. Dos jugarán el partido y, si no estamos unidos en la victoria, lo estaremos en la derrota.

Es ahora cuando regresa a mí este recuerdo, contado por Fatouche Ouassak:

Mi madre, con mucho disimulo, me contó que, cuando me acompañaba a la escuela, yo trataba de soltar mi mano de la suya porque, a medida que la escuela y la maestra se divisaban, ella percibía que yo tenía vergüenza de ella, de sus vestimentas y sus colores chillones, de su pañuelo, del acento árabe en su francés... Y ella me apretaba todavía más la mano, hasta llegar al destino, incluso presionando, a veces, hasta hablar con la maestra.²⁵

¡DIGNIDAD! Esa palabra, dignidad, no sabría definirla de forma precisa. Pero cuando yo me encuentro con ella, con la dignidad, yo la sé reconocer. Ella está en la relación entre una madre y su hija, y en la relación fluida que ha permitido a la hija recibir las enseñanzas y aprender a mirar a los Blan-

²⁵ F. Ouassak, "Nuestros padres inmigrados, una comunidad de destino", *El indígena de la república* 2 (diciembre de 2006).

cos directamente a los ojos. Ella es consciente de sí y del otro, de la finitud de esos dos polos antagónicos que la muerte reconciliará.

La dignidad está en nuestra facultad de distinguir las estrellas de las lentejuelas. De todos los artificios con los cuales se adornan los Blancos para mantener la distancia y subyugarnos. Ella está en esa ocurrencia implacable de Zhou Enlai,²⁶ cuando un periodista francés le preguntó: “¿Cuáles son, según usted, los impactos de la Revolución francesa?”. La cruel respuesta, de quien conoce las estrellas, fue: “Es muy temprano para decirlo”.

La dignidad es saberse responsable de uno, de diez, de mil. Es nuestra capacidad de amarnos y amar a ese Otro, a ese irresponsable, a empujarlo a impedir que su locura se despliegue aún más y, con él, salvar eso que queda por salvar de este pobre mundo.

La dignidad, ¿quién lo puede decir mejor que Malcom X?

Amo a todos los que me aman. Pero puedo asegurarles que no amo a aquellos que no me aman.

¿La dignidad? Simple como el amor revolucionario. Ahí nos empujan nuestras alas, y alzamos vuelo.

²⁶ Zhou Enlai, primera persona en ocupar el puesto de primer ministro de la República Popular China a partir de 1949, bajo el mandato de Mao Zedong. [N. de la T.]

¡Allahou Akbar!

*Dios está muerto, Marx está muerto,
y yo mismo no ando muy bien.*

Woody Allen

Alá es bello y ama lo que es bello.¹

No hay más dios que Dios.²

“Hemos apagado en el cielo las estrellas que no volverán a alumbrar más”.³ Se sintieron humanos para alardear de ese crimen. Del desencantamiento del mundo y su conflicto con la Iglesia, de la cual tomaron una verdad universal que no hace a los franceses poco orgullosos. Ellos mataron a Dios, decretaron el fin de la Historia y han divinizado la razón, que califican de “humana” por falsa modestia, pero que piensan ontológicamente francesa. Porque la Revolución francesa es la madre de todas las revoluciones modernas. Ésta prefigura la república contra el orden monárquico, le ofrece la Declaración de los Derechos del Hombre a la humanidad y consagra su carácter universal. Anuncia la secularización de la sociedad, que evolucionará ha-

¹ Hadiz, citado por Muslim. [N. de la T.]

² “... y Mohamed es su profeta” (profesión de fe en el islam). [N. de la T.]

³ R. Viviani [<http://www.museedeseineport.info/MuseeVirtuel/salles?Viviani/Viviani.htm>].

cia una hipersecularización (por medio de la acción conjugada del anticlericalismo, seguramente justificado en el contexto de la época, del capitalismo y de la razón de Estado), haciendo *tabula rasa* de toda trascendencia, al punto de que la laicidad acaba por confundirse con impiedad colectiva, y la neutralidad del Estado con el ateísmo de Estado —que, sin embargo, es una creencia como cualquier otra—. Así, cuando un francés Blanco se cruza en el camino con un francés musulmán, no se encuentra tanto a un amigo o a un enemigo como a un enigma. ¿Quién es este humano que se empeña en postrarse, cinco veces al día, en posturas degradantes, ayuna un mes bajo temperaturas a veces muy calurosas, oculta cuerpo y cabellos a las miradas concupiscentes y contribuye, mes a mes, año a año, a construir la mezquita de la ciudad en la cual crecerán sus hijos, abonando con limosnas la restauración de sus corazones en lugar de ofrecer sus limosnas a los comedores de caridad para los pobres? ¿Quién es esa criatura insensata a quien se le ofrecen las Luces en bandeja de plata pero se obstina en volverse hacia La Meca, como un girasol que solamente el sol puede subyugar?

Esa criatura sabe algo que escapa a la razón Blanca. Instintivamente, porque también reconoce las estrellas, no le otorga ninguna confianza al mito de la Modernidad, que hace promesas pero no cumple ninguna. Sus cicatrices, de tiempos benditos de las colonias, aún sangran. Sabe como nadie de la fragilidad de lo moderno y la solidez de lo arcaico. Y, cuando invierte, no moviliza una razón abstractamente universal sino la suya, esa que le es propia y que procede de su experiencia y su condición.

Vivimos un momento negativo. Todo parece morir. Es el fin de las grandes narrativas y proyectos emancipatorios. Más que a una crisis de perspectiva, asistimos a un colapso moral, a una crisis de sentido, civilizatoria, que se confunde con una crisis de la conciencia occidental. Y que, cada vez más, se parece a un suicidio. Al marasmo y la desaparición

de las utopías políticas y de toda forma de “religiones civiles” (que pueden ocupar el espacio de lo religioso cuando éste se torna escaso), el indígena opone así su propia racionalidad. Esta hipótesis es compartida con Ashis Nandy:

¿Por qué deberíamos adoptar nosotros las prioridades y jerarquías de Occidente? Los éxitos de ustedes, durante el siglo xx, ¿son tan deslumbrantes? La Segunda guerra mundial, los genocidios, la destrucción del medio ambiente y ¿qué vendrá aún? He aquí los efectos de una civilización “moderna” que ha privilegiado al individuo sobre la metafísica, a la Historia sobre la eternidad, al progreso sobre la tradición, a los valores viriles sobre la sensibilidad. [...] En la continuación lógica de esta maravilla de la tecnología moderna llamada Segunda guerra mundial, y quizá de esta confrontación de culturas llamada Vietnam, se ha tornado evidente que la pulsión de dominio sobre los hombres no era el simple subproducto de una economía política viciada. Antes bien, ésta venía también de una visión del mundo convencida de la superioridad absoluta del hombre sobre el no-humano y el subhumano, de lo masculino sobre lo femenino, del adulto sobre el niño, de lo histórico sobre lo ahistórico, de lo moderno o progresivo sobre lo tradicional o salvaje. Cada vez más se revela con mayor claridad que los genocidios, los desastres ecológicos y los etnocidios no eran más que el reverso de tecnologías psicópatas y de ciencias corruptas, en maridaje con nuevas jerarquías laicas, responsables de haber reducido grandes civilizaciones a un conjunto de ritos vacíos. Las viejas fuerzas de violencia y codicia en el hombre, reconozcámoslo hoy, simplemente han encontrado una nueva legitimidad en las doctrinas de salvación laica, en las ideologías del progreso, de la normalidad y la hipervirilidad, así como en las teorías del crecimiento acumulativo de la ciencia y la tecnología.⁴

⁴ A. Nandy, *The Intimate Enemy. Loss and Recovery of Self under Colonialism*, Oxford, Oxford India Paperbacks, 2009.

A menudo he escuchado esta frase: “el inmigrado es una oportunidad para Francia”, pronunciada por humanistas que, de cara a la extrema derecha, intentan demostrar —bastante futilmente— la utilidad del inmigrado. Esta “utilidad” es económica, la mayoría de las veces. El inmigrado paga sus impuestos, consume en Francia y crea riquezas. ¿De verdad? ¿Y, si hubiese otra utilidad? Por ejemplo, aquella de transportar con él y conservar la memoria de sociedades solidarias, donde la conciencia colectiva es fuerte y cada quien se siente responsable del grupo, aquella de resistir a la atomización de la sociedad, al individualismo demente. Aquella de proteger al individuo contra la vida desnuda, en lugar del “cada uno para sí”. Se habrá dicho mucho sobre el islam y el “comunitarismo”, salvo esta evidencia cegadora que es su fundamento. Nuestros sabios nos lo decían: “Que Dios nos guarde de la palabra *yo*”. Por fidelidad a este adagio, el inmigrado ha hecho lo que ha podido para preservar el sentido último en una Francia que exalta el “*yo*” liberal, consumidor y hedonista. Un “*yo*” que sirve de motor al mercado y aplasta todos los “*nosotros*” titubeantes, comenzando por el “*nosotros*” de los poscoloniales, oportunamente estigmatizado como tribal. Contrariamente a las elites de este país, burguesas, arrogantes y cínicas, el inmigrado tiene la experiencia del proletariado Blanco. Lo conoce. Sabe cómo éste ha sido entregado, desarmado, privado de Dios, del comunismo y de todo horizonte social, al gran capital. El inmigrado se ha cruzado, reiteradamente, con su mirada dolorosa, que asiste al desmoronamiento de su familia, de sus solidaridades y de sus esperanzas. Asimismo, es posible que la haya podido leer, a veces, como una triste confesión. “A ustedes, al menos, les quedan algunas cosas a las cuales agarrarse.” Sí. Es de la fe que el indígena adquiere su poder. El inmigrado es un hombre político que no es reconocido como tal. Es un guía. Sus instituciones

son poderosas y sus instintos de sobrevivencia son agudos. A los espejismos de una civilización que engendró al hombre nuclear, en ambos sentidos del término, desde allá donde se sitúa, desde allá adonde ha sido relegado —el lugar del Otro radical—, él le responde a ese que pretende competir con Dios: ¡Allahou Akbar!⁵

Y a ello agrega: No hay más dios que Dios. En el islam, la trascendencia divina ordena humildad y consciencia permanente de lo efímero. ¿No están sus votos, los proyectos de sus fieles, marcados por el “*In cha Allah*”? Nosotros comenzamos un día y un día finalizamos. Sólo el Todopoderoso es eterno. Nadie ha podido disputarle el poder. Sólo los vanidosos lo creen posible. Es de este complejo de vanidad que han nacido las teorías blasfemas de la superioridad de los blancos sobre los no blancos, la superioridad de los hombres sobre las mujeres, la superioridad de los hombres sobre los animales y la naturaleza. No hay necesidad de ser creyente para interpretar esta filosofía desde un punto de vista profano. Creyentes o no, es una sabiduría totalmente “racional” y fácil de ser asumida por todos. Precisamente, en el momento en el que esa vanidad alcanza el punto del paroxismo, en el que el hombre nuclear ha agotado la tierra, ha asfixiado el aire y contaminado los mares, y en el momento en el que la naturaleza se venga de este maltrato, le toca a las víctimas de este orden despiadado recordarlo de cara al mundo: ¡Allahou Akbar! ¡Un punto de vista —al fin y al cabo— universal! Escuchado por otros, “Otros radicales”, los indios hopis: “Y el camino del Gran Espíritu se ha vuelto difícil de ver para casi todos los hombres e, incluso, para

⁵ ¡Allahou Akbar!: “Allah es grande, Allah es el más poderoso”. [N. de la T.]

⁶ *In cha Allah*: “Si Allah quiere”. En castellano, *ojalá* viene del *insha-llah* arabo-musulmán. [N. de la T.]

muchos indios que han escogido seguir el camino del hombre blanco. Hoy día, las tierras sagradas donde viven los hopis son profanadas por los hombres que buscan carbón y agua en nuestro suelo, para crear más energía para las ciudades del hombre blanco. No se debe permitir que eso continúe. De ser así, nuestra Madre Naturaleza actuará de tal manera, que casi todos los hombres sufrirán el fin que ya ha comenzado”.⁷

Pero este grito —¡*Allabou Akbar!*— aterroriza a los vanidosos que ven en él un proyecto de destitución de su estatus. Y tienen mucha razón en temerlo, porque su potencial igualitario es real: volver a poner a los humanos, a todos los humanos, en su lugar, sin jerarquía alguna. Sólo una entidad está autorizada para dominar: Dios. Ese poder no le está permitido a nadie más, ni contra sus semejantes ni contra Dios. Así, los blancos encuentran de nuevo su lugar al lado de todos sus hermanos y todas sus hermanas en humanidad: el de los simples mortales. Se puede llamar a eso una utopía, y lo es pero reencantar el mundo será tarea ardua porque absorber la miseria, responder a la desesperanza y la quiebra de los ideales es un fardo demasiado grueso para un “tercer pueblo” fragilizado, precario y desorganizado. Reencantar el mundo es un reto demasiado pesado para una comunidad que, a falta de resolver la crisis económica, limita los daños intentando reducir la crisis de sentido. La apuesta está, en parte, ganada. Pocos lo saben, pero el islam salvó a más de un alma —de la prisión, de las drogas, del suicidio— y ha guiado a más de uno en el camino de la resistencia. Respeto. Pero la mayor parte está por hacerse, y todas las otras utopías de liberación serán bienvenidas, de donde vengan, espirituales o políticas, religiosas, agnósticas o culturales, en tanto respeten la naturaleza y al ser hu-

⁷ “Carta de los indios hopi al presidente Nixon”, 1970.

mano, que no es, fundamentalmente, más que un elemento entre otros.

Si los impases sociales, los horizontes obstruidos, relacionados con la desacralización del universo social, sumergen a una parte de la juventud blanca en movimientos que exacerban los nacionalismos europeos y cristianos, una pequeña parte de la juventud de los barrios se hunde en un romanticismo guerrero. En él son exaltados el autoritarismo y el sacrificio en nombre de una causa que tiene el apocalipsis por horizonte. Eso se produce en detrimento de una visión política que piensa los sistemas y no renuncia a la complejidad. Un pensamiento en el cual el "Occidente" es una categoría histórica y jamás una esencia. Y lo mismo vale para todos los grupos humanos que forman la humanidad, cuyas opciones en contexto son dialécticas y cambiantes. Ahora bien, los grupos en busca de plenitud y de verdad absoluta tienen en común que se inventan enemigos imaginarios (que son a veces grupos sociales determinados) y pocas veces sistemas. En ese universo infrapolítico, son los héroes de una epopeya estimulante, en lugar de los ciudadanos respetados que sueñan ser y los indígenas que se rehúsan a seguirlo siendo. Es el producto marginal pero significativo de la despolitización progresiva de la juventud de los barrios, programada por la socialdemocracia. Al final de esta lógica aparecen los monstruos. Hace cincuenta años, James Baldwin ya se inquietaba por ello:

¿Qué ocurrirá con toda esta belleza? Porque los negros, incluso si algunos de nosotros, negros y blancos, no lo ven todavía, son muy bellos. Y cuando me baso en la tabla de Elías [...] nosotros hablamos de la venganza de Dios —o de Alá— me pregunto: y cuando esa venganza sea consumada, ¿qué pasará entonces con toda esta belleza? Yo sentía también que la intransigencia e ignorancia del mundo blanco quizá harían inevitable

esa venganza [...], una venganza histórica, cósmica, fundada sobre la ley que reconocemos cuando decimos: “Todo lo que se eleva caerá”.⁸

Malcolm X, convertido en Malek El-Shabazz, fue asesinado porque era bello. “Nunca he odiado a nadie.” Ese par de palabras en su boca tienen el efecto de una bomba. “El cantor del *Black Pride* no odia ya más a los blancos”, dicen los diarios. Pero no se disipa la duda. Sonríe con fatiga. Los medios de comunicación estadounidenses proyectan sobre él su propio *pathos*. Sin embargo, la literatura negra está ahí para educarlos y sanarlos. ¿Por qué no se agachan para recoger eso que tantas generaciones de negros les han ofrecido como poesía y espiritualidad?

Nosotros hablamos de los blancos. Ellos son hijos de Dios así como nosotros, dice. Aun si ya no actúan según la ley divina. Dios nos lo dice claramente. Tenemos que amarlos. No hay si..., y... o peros. Veamos, si los odiamos, estaremos rebajados a su nivel [...]. Y, no obstante, no se puede escapar a la verdad, subrayó. Si dejamos de amarlos, serán entonces vencedores.

—¿Cómo es eso?

—Habrán logrado la destrucción de nuestra raza, de cierta forma. Nos habrán hecho tocar fondo.⁹

Entonces, Malcolm X fue asesinado porque era bello. Se rehusaba a la destrucción de su raza. La idea de que Malcolm haya podido odiar a los blancos es despreciable. Malcolm no miente. No tiene razón para mentir. El odio lo hubiera hecho virar fatalmente hacia el mundo de los blancos. ¿Era ésa la

⁸ J. Baldwin, *La próxima vez el fuego*, Buenos Aires, Sudamericana, 1964.

⁹ J. H. Griffin, *Negro como yo*, Madrid, Capitán Swing, 2004.

ambición de una vida? Imitar a su enemigo. Odiar. ¿Serán serios esos medios de comunicación cuando lo acusan de no ser más que el reflejo inverso de eso que ellos son? ¿Son ciegos? ¿No estarán más bien conmovidos por su belleza? Malcolm no odia al blanco. Él odia el poder Blanco. Es la razón por la que ha dedicado su corta vida a *rebajar todo lo que se eleva*.

Porque, ¿qué hacen esos blancos irguiéndose por encima de su cabeza, limpiándose sobre él, pisoteándolo mientras que el destino de ellos, el que se enseña en la Biblia, su propio libro, es *regresar al polvo*?

Malcolm es un momento. Es un tiempo. Ese momento preciso antes del odio. Lo previene. Como Baldwin, teme por la belleza de los negros. ¿No es el odio racial un sentimiento blanco? ¿Estamos listos para malbaratar nuestra belleza? ¿Vamos a zozobrar? Él le teme a la venganza, pero sabe que, llegado el momento, no la condenará. ¿No ha consagrado la mitad de su vida a prevenirla? ¿Ama a los blancos? No, ellos no lo merecen, pero él crea las condiciones de posibilidad para ello. Es lo que hizo hasta el día de su muerte. Intentaba *rebajar todo lo que se eleva*. ¿Venganza o revolución? Revolución, responde. Malcolm es asesinado durante un mitin. Muerto en combate. Malcolm X es un sol. Su belleza resplandece. Ella nos irradia. *Black is so beautiful* cuando la lucha consiste en hacer descender a aquellos que cometen el sacrilegio de elevarse al nivel de Dios.

De la belleza, la poesía, la espiritualidad, es eso de lo que carecen, cruelmente, nuestras sociedades modernas y secas.

Los blancos saben bien que su sociedad está seca. Se saben egoístas e individualistas. Y sufren. Pero carecen de imaginación para pensar otros horizontes. Porque ya no tienen memoria. Han olvidado lo que eran antes de haber sido devorados por la Modernidad. Ya no se acuerdan del tiempo en el que eran solidarios y tenían aún culturas, cantos, lenguas regionales, tradiciones. En cuanto a nosotros, eso es un poco

diferente. Ante la adversidad conservamos esa memoria. De ahí nuestro nexo con la familia y la comunidad. Pero, como ellos, somos aspirados. Y pronto, como ellos, hemos reemplazado la palabra “solidaridad” por “tolerancia” y por todas esas espeluznantes palabras que hielan la sangre. La disolución de nuestras identidades da testimonio de ello. No hace tanto tiempo que sabíamos definir a un africano, un argelino, un musulmán. Nuestra opinión era clara. Hoy, todo es confuso. ¿Qué quiere decir “africano” cuando el continente asiste, impotente, a la fuga de sus cerebros? ¿Qué significa “argelino” después de una guerra civil que ha dejado más de 200,000 muertos? ¿Qué quiere decir “musulmán” cuando La Meca está bajo la tutela de la familia Saud y el islam está amenazado por la macdonalización? ¿Qué significa “francés” cuando el pueblo está desposeído de su propia soberanía para beneficio de los poderes del dinero? ¿Qué quiere decir “europeo” cuando los pueblos de Europa no han movido un dedo para salvar a Grecia?

En cuanto a mí, ¿qué soy? ¿Qué soy yo, que ni sé hacer la *kesra*¹⁰ y el *makroud*¹¹ de mi madre? Esa *kesra* que preparaban nuestras abuelas clandestinamente, poniendo en peligro su vida, para revitalizar a los combatientes de la independencia, esa *kesra* que nutrió dos generaciones de trabajadores inmigrados, que no faltaba en la mesa del *ftour*¹² durante el ramadán y gracias a la cual nos sabíamos diferentes. ¿Diferentes de aquellos que comían *baguette*, pero con quienes lo compartíamos a gusto? ¿Que qué soy? Yo lo sé... una mujer moderna e integrada, que no sabe hacer *la kesra* y a quien se le ha enseñado el orgullo de traicionar a su madre.

¹⁰ *Kesra*: galleta de sémola de trigo. [N. de la T.]

¹¹ *Makroud*: dulces argelinos. [N. de la T.]

¹² *Ftour*: comida de ruptura del ayuno durante el ramadán. [N. de la T.]

Pero basta de lágrimas y arrepentimientos. El pasado ya fue. Somos la suma de nuestras cobardías y resistencias. Sere-mos aquello que habremos de merecer. Es todo. Es una ver-dad para todos, blancos o negros. Es ahí que cabrá la pregunta del gran NOSOTROS. El Nosotros de nuestro reencuentro, el Nosotros de la superación de la raza y de su abolición, el Nosotros de la nueva identidad política que deberemos in-ventar juntos, el Nosotros de la mayoría descolonial. El No-sotros de la diversidad de nuestras creencias, convicciones e identidades, el Nosotros de su complementariedad y su irre-ductibilidad. El Nosotros de esa paz que habremos merecido, una vez pagado el alto precio. El Nosotros de una política del amor, que nunca será una política del corazón, porque para realizar ese amor no será necesario amarse o sentir lástima. Bastará con reconocer y encarnar ese momento “preciso an-tes del odio”, para rechazar el odio tanto como sea posible y, con la energía de la desesperanza, conjurar lo peor. Será el Nosotros del amor revolucionario.

Entonces, comencemos por el principio. Repitamos tanto como sea necesario: ¡Allahou Akbar! Desviemos a Descartes y hagamos *descender todo lo que se ensalza*.

Pienso, luego soy, soy... una *khoroto*. Eso será suficiente como epitafio de mi tumba.

ÍNDICE

PREFACIO

Ramón Grosfoguel	5
AGRADECIMIENTOS	19
¡FUSILEN A SARTRE!	23
USTEDES, LOS BLANCOS	35
USTEDES, LOS JUDÍOS	51
NOSOTRAS, LAS MUJERES INDÍGENAS.....	67
NOSOTROS, LOS INDÍGENAS	89
¡ALLAHOU AKBAR!	111

**JOSÉ GUADALUPE
GANDARILLA** (coord.)

LA CRÍTICA EN EL MARGEN

HA CIA UNA CARTOGRAFIA CONCEPTUAL
PARA REDISCU TIR LA MODERNIDAD

Akal/Inter Pares

978-607-95641-7-9

Para mantener la lógica de su sistema social y económico, la Modernidad alimenta una zona oscura, una sombra que hace posible la imposición de modelos, de instituciones y conceptos; es decir, reproduce la colonialidad. Desde diferentes puntos de análisis, los autores aquí reunidos exigen la recuperación de la pluralidad; hacen del margen —es decir, de todo aquello que fue marginado, relegado— un observatorio para cuestionar el autoproclamado “centro”.

ENRIQUE
DUSSEL

**FILOSOFÍAS
DEL SUR**

**DESCOLONIZACIÓN
Y TRANSMODERNIDAD**

Ateneo/Inter Pares

978-607-95641-1-7

La obra de Enrique Dussel se ha destacado por cuestionar radicalmente el protagonismo de la filosofía eurocéntrica. En su propuesta se ofrece un sitio, como esquemas críticos, a todas las tradiciones de pensamiento, a los “excluidos” en el diálogo internacional contemporáneo. El presente libro constituye una síntesis, seleccionada por el autor, de sus principales aportaciones en la descolonización filosófica y la política de liberación.

SIRIN ADLBI SIBAI

**LA CARGA
DEL FEMINISMO**

**HACIA UN PENSAMIENTO
ISLÁMICO DECOLONIAL**

Akal/InterPares

978-607-95641-8-6

Para romper con la crisis de estatismo en el pensamiento arabo-islámico, y con la inercia que lo empuja hacia una Modernidad excluyente y ajena, Sirin Adlbi Sibai se propone dar paso a un nuevo pensamiento que penetre en los discursos sobre feminismo islámico bajo la sospecha de las imposiciones dialécticas, formales, verbales y epistemicidas de la colonialidad. No obstante, su búsqueda no está limitada: intenta alcanzar “una liberación verdadera y multidimensional de todas y todos los individuos en general, y de las mujeres musulmanas en particular”.

El presente libro se terminó de imprimir el día 15 de septiembre de 2017 en los talleres de Imprimex, ubicados en Antiguo Camino a Culhuacán No. 87, Colonia Santa Isabel Ind., Del. Iztapalapa, CP 09820, en la Ciudad de México.

El tiraje consta de 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Fraguada en la militancia política, la de Houria Bouteldja es una voz viva, con punta. Su fuerza proviene de la inconformidad, del malestar ante un mundo que se afirma en la exclusión racial y que ha ejercido el colonialismo —ideológico, económico y político— sobre las nuevas generaciones. Su “nosotros” no es un *nosotros* universalista, no estamos *todos* mencionados (diremos, en paráfrasis al texto).

El presente libro puede leerse como un manifiesto descolonial para el siglo **XXI** o, más puntualmente, como una invitación al *amor revolucionario*, que no pertenece al romanticismo, sino a la justicia. Es éste un llamado a descolonizar el mundo, a reconocer que el privilegio de unos cuantos se construye sobre la opresión de muchos. Si bien es cierto que Houria escribe desde su contexto como pensadora franco-argelina, lo hace desde la vivencia propia, en los barrios racialmente segregados de París.

La cualidad más importante de los textos que marcan hito es encontrar, desde una particularidad, lo que es común a los humanos. Al mencionar *indígenas*, la autora se refiere a “los colonizados” por Francia, y al evocar *judíos*, los invita a reconocer su pasado común. Esta misma convocatoria podría leerse en clave latinoamericana, con los pueblos autóctonos excluidos, con la invitación a *reconocer* las diversas historias y filosofías en el territorio común. El testimonio de un iracundo autorreconocimiento aguarda en estas páginas que no se conforman con exponer, o sólo señalar con reticencia teórica... Reside aquí un modo apasionado por convocar las historias, las conciencias, a un solo cauce.



www.akal.mx

